PROTOCOLOS EXCEPCIONALES

Estación fantasma



DIMAS TAMUREJO

LIBRERO VIRTUAL

Protocolos excepcionales
Estación fantasma

@dimastamurejo

Título: Protocolos excepcionales. Estación fantasma.

Diseño de cubiertas: Alexia Jorques
Corrección y maquetación: Rosina Iglesias
Barcelona–Registro de la Propiedad Intelectual 02/2021/4349

A mis padres, Mercedes y Martín, y a mi hermano Raúl.

El resultado de un problema varía en función de la persona que lo intenta resolver. Tal vez si otra persona se hubiera encargado de aquel marrón el desenlace hubiera sido diferente, pero nadie en la empresa esperaba que aquel señor con traje llegara tan lejos por un asqueroso dedo sin dueño.

«Los buenos directivos se pueden contar con los dedos de una mano».

Gabriel, sindicalista.

I

El señor Salvador era un tipo peculiar. Anticuado o *vintage* eran adjetivos que también le sentaban como un guante. Sin embargo, estas dos palabras se quedaban cortas porque, aunque hubiera nacido un siglo antes, lo hubieran definido de la misma manera. Era serio, formal, educado y con un gran sentido del deber rezumando por cada poro de la piel.

A sus cincuenta y muchos años, su frondoso pelo cano era la envidia de muchos de sus jóvenes compañeros. Su ligera presbicia era la excusa perfecta para ponerse unas gafas de ver de cerca que le daban un aire distinguido. El vicio de vestir siempre con traje, chaleco y corbata a juego era toda una provocación para los sindicalistas de la oficina. Y hablar de usted a todo ser viviente en cuanto tenía ocasión descolocaba a los *millennials* que, de vez en cuando, aparecían por las oficinas para hacer trabajos puntuales. En la sección de Montjuïc de la empresa de transportes de Barcelona, más de uno se preguntaba con recelo cuál era el verdadero cometido de aquel señor trajeado que desde hacía seis meses ocupaba una de las doce mesas de la oficina. Otros hacían cábalas intentando adivinar qué hacía en su anterior trabajo. Y el señor Salvador alimentaba el mito contestando con evasivas cuando lo interrogaban. Sin embargo, no todos perdían el tiempo preguntándose por los orígenes y objetivos de aquel hombre tan educado. Algunas personas como Patricia se dedicaban a trabajar.

Y el señor Salvador estaba fascinado con ella. Siempre que podía, la observaba con disimulo cuando pululaba entre las mesas. Era un derroche constante de energía positiva. Cuando no escondía su sonrisa bajo la mascarilla quirúrgica, cantaba; cuando no cantaba, hablaba sin parar por el «manos libres» de su móvil. Era menuda, pero cuando la ocasión lo requería no tenía problemas para arrastrar un enorme cubo de basura que dejaba tras de sí un intenso aroma en el ambiente de gel hidroalcohólico con toques de comida pasada. Los pocos empleados que habían intercambiado palabras con ella coincidían en que era una mujer encantadora. Sin embargo, la mayoría de la plantilla la ignoraba, como ignoraba al resto del personal externo que deambulaba por la empresa. Ya fuera por falta de tiempo o altivez, los que no recordaban su nombre la llamaban «mujer» o «señora de la limpieza». Algunos se desahogaban criticando su trabajo. Según el señor Salvador, los que más se quejaban eran los que hacían menos horas y cobraban el doble que ella. Y aquello a Martín Salvador Casanova le resultaba indignante. Aunque no tanto como cuando Patricia se encontró con un dedo en el pasillo y, al parecer, a nadie le importó.

LUNES

—Pues sí que empezamos bien la semana —dijo el señor Salvador fisgando dentro de la nevera colectiva de la sala de descanso.

—Ya te digo, si lo llego a saber no me presento a la prueba —contestó Ana mientras se echaba sacarina en el café—. Imagínate, una candidata se ha sacado los ejercicios del bolso. ¡Los había hecho en casa! ¡Una enchufada! —respondió.

—¿Y nadie se ha quejado? —preguntó el señor Salvador sin quitar la mirada del interior de la nevera.

—¡Qué va! Nadie se atrevió a decir nada. La tía se quedó en jarras mascando chicle y mirándonos a todos como si fuésemos idiotas.

—¿Eso no se puede denunciar? ¿No estás en el sindicato? —preguntó el señor Salvador.

—¡Vaya! ¿Denunciar? Menuda novedad, Salvador. Si quieres, me puedes acompañar y te afilias.

—No, gracias, que seguro que tus amigos quieren llevarme después a quemar autobuses —contestó él mientras inspeccionaba un tarro de cristal con restos de atún.

—La verdad es que llamé a un compañero del sindicato en cuanto terminé la prueba, aunque no creo que me pueda ayudar, porque con el Departamento de Seguridad los sindicatos no se mojan mucho… —contestó Ana.

—Me temo que entonces tendrás que quedarte aquí castigada una temporada más.

—Castigada tampoco, pero aquí tengo la sensación de que soy una profesora de colegio. Y además este trabajo es aburridísimo, quiero más… ¿Tú no te aburres? —dijo ella bajándose la mascarilla para degustar su café.

—La verdad es que cuando entré pensaba que iba a tener mucho trabajo. Pero, con esto de la pandemia y el teletrabajo, está todo estancado —contestó el señor Salvador.

—¿Y tú no has pensado en volver a tu trabajo anterior? ¿No te

habían hecho una oferta? —preguntó Ana.

—Estoy ya mayor para volver… —mintió el señor Salvador después de sacar una manzana de la nevera.

—Pues estás tan mayor como yo. ¿Me estás llamando vieja? —bromeó Ana.

—Querida, usted a mi lado es una jovenzuela.

—Salvador, te están buscando —interrumpió un *millennial* asomando la cabeza y su mascarilla por la puerta de la cocina.

—Joven, dígale usted a los de Prevención que se esperen sentados en sus poltronas, que yo no pienso teletrabajar —dijo el señor Salvador indignado.

—No, la que te busca es la mujer de la limpieza… —contestó el *millennial*.

—¿Patricia? —preguntó extrañado el señor Salvador.

—¡Yo qué sé! La loca que limpia y canta… Dice que quiere enseñarte algo…

II

A media mañana del lunes, coronavirus aparte, el protagonista de todas las tertulias era un tal Lionel Messi, que, después de 21 años de esfuerzo y muchas copas, dejaba el Fútbol Club Barcelona. Al parecer, el chaval se había ofrecido a cobrar la mitad del sueldo, cifra que según los expertos rondaría los 20 millones de euros anuales. Sin embargo, no pudo llegar a un acuerdo con su amado club. Y mientras algunos periodistas deportivos comparaban las lágrimas del muchacho con las que derramaban los cocodrilos, otros argumentaban que el futbolista le había dado la gloria a la historia del fútbol y tenía todo el derecho a marcharse, a cobrar y a llorar lo que le viniera en gana. Y aquella cantinela radiofónica se escuchaba en uno de los vestuarios de la empresa. Al otro lado de la puerta, en el pasillo, el señor Salvador, en cuclillas, observaba el dedo cortado con detenimiento. Detrás, Ana y Patricia fisgaban sin querer acercarse mucho.

—¿Eso es un dedo? —preguntó Ana con curiosidad y asco.

—El anular para ser exactos, estimada Ana —contestó el señor Salvador sin inmutarse.

—A mí me parece más el de la peineta —apuntó Ana.

—Ese seguro que no es.

—Muy convencido te veo.

—Me la han hecho muchas veces.

—¿El qué?

—La peineta.

—Eso será porque siempre llevas traje y hablas a la gente como si estuvieses en una película de Humphrey Bogart —replicó ella con sorna.

El señor Salvador, sin hacerle caso, clavó una rodilla en el suelo.

—Ya sabes, Patricia, que yo no soy el encargado de los miembros amputados de esta sección —comentó en broma el señor Salvador.

—Es que no encuentro al jefe. Se lo he mostrado a un chico de la oficina y me ha dicho que no era su trabajo. Y después se ha hecho un *selfie* y se ha ido riendo… —contestó ella asomando la nariz por encima de su mascarilla.

—¡Menudo idiota! —dijo Ana.

El señor Salvador, para poner un poco de distancia con aquel dedo, se puso en pie. Al hacerlo, recordó que estaba ya oxidado para ponerse en cuclillas y también para realizar trabajos de campo. Aquella era una de las razones por las que había dejado su anterior empleo. Husmear debajo de las alfombras tan solo le había traído dolores de cabeza, pesadillas, algunas cicatrices y, por precaución, una excedencia voluntaria. Y aunque la intuición le decía que aquel asunto olía mal y también que la opción más racional era regresar a su mesa a esperar a que llegara el día de su jubilación, no pudo evitar dar un paso al frente.

—Yo me hago cargo, Patricia; no te preocupes —dijo el señor Salvador.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Ana.

—Para empezar, ponerlo en hielo y preguntar si alguien ha perdido un dedo.

—Yo, la verdad, no he visto a nadie con más quejas y carencias de lo normal... —dijo Ana.

—¿Y cómo dices que lo has encontrado? —preguntó el señor Salvador a Patricia.

—Estaba pasando la mopa desde la puerta de la estación abandonada y cuando he llegado aquí me he dado cuenta de que lo estaba barriendo —contestó nerviosa.

—Tranquila, solo es un dedo… —dijo el señor Salvador.

—Es que tengo mucho que limpiar y encima me toca hacer la estación abandonada… Parece que no vino nadie a limpiarla el fin de semana y, como tiene que venir algún político a verla…, no puede esperar… y con el repelús que me da esa estación… y ahora lo del dedo… —contestó Patricia.

—No te preocupes. Han descubierto amianto y han precintado el acceso a la vieja estación. ¿No has visto la cinta precinto que han puesto? —explicó Ana.

—Amianto, covid… Al final tendré que hacer eso del teletrabajo —dijo el señor Salvador.

—Unos tanto y otros tan poco, yo estoy deseando trabajar desde casa y no quitarme el pijama en todo el día —contestó Ana.

—Si no os importa, continúo, que me queda mucho y yo no puedo trabajar desde casa. ¡Gracias, Salvador! —comentó Patricia mirando el reloj.

—No hay de qué —respondió él observando a Patricia hasta

que desapareció por una de las puertas del pasillo empujando el carrito de la limpieza.

—Patricia es una chica majísima —soltó Ana con una sonrisa maliciosa.

—Mis intenciones para con Patricia son estrictamente profesionales, hemos tomado juntos algún que otro café de la máquina y le hecho una oferta para que venga a limpiar a mi casa. Esa muchacha tiene toda la sección como los chorros del oro, y la mujer que limpia en mi piso nunca tiene tiempo para nada —aclaró el señor Salvador sacando de su bolsillo un teléfono móvil con teclas en lugar de pantalla táctil.

—¡Ah! ¿Pero el teléfono ese tiene cámara? —preguntó Ana al ver que el señor Salvador intentaba fotografiar el dedo con aquel artefacto del pasado.

—¡Y radio FM! —contestó él orgulloso de su pieza de colección.

—Anda, anda, ya te hago yo las fotos y te las envío a tu correo —dijo Ana sacando su iPhone del bolsillo.

—Muchas gracias, hágale fotos por todos los ángulos, por favor, y no escatime usted en carrete —dijo el señor Salvador señalando al dedo amputado.

—Cuando me hablas de usted es que el asunto se pone serio… —dijo Ana mientras fotografiaba.

—Deformación profesional, estimada Ana.

—¿Y luego qué hacemos, rodeamos el dedo con tiza? ¿Acordonamos la zona? ¿Llamamos al CSI?

—Dígamelo usted, estimada Ana; al fin y al cabo, la que está

opositando para una plaza en el Departamento de Seguridad de la empresa es usted.

—La verdad…, yo… taparía el dedo con un cubo, me sentaría encima y llamaría a Seguridad —contestó Ana.

—Pues no es mala idea, pero en estos casos lo mejor es llamar a los Mossos para que lo custodien, por si aparece un cadáver.

—¿Y lo dejamos aquí hasta que vengan?

—No hace falta, estimada Ana, total ya lo ha movido bastante Patricia. Lo mejor es ponerlo en frío.

—¿Y dónde piensas guardarlo? En el botiquín me parece que no hay contenedores para dedos… —bromeó ella.

—Creo recordar que he visto un tarro de atún abandonado en la nevera… —dijo el señor Salvador mientras recogía el dedo con un *kleenex*.

III

Dejaron el pasillo de suelo gris, paredes blancas y decenas de puertas a juego para volver allí donde se habían hecho las reuniones improvisadas más cortas y productivas de la compañía: la sala de descanso.

Por suerte, no había nadie allí y pudieron trabajar sin interrupciones. Lo primero que hicieron fue utilizar los productos de desinfección anticovid para limpiar la mesa y la encimera de la cocina. Después se hicieron con el tarro de atún abandonado de la nevera y lo lavaron a conciencia. El veterano señor Salvador se puso unos guantes de látex del botiquín para introducir el dedo en el recipiente. Finalizada la operación, ambos se sentaron frente a frente con el bote de cristal haciendo de centro de mesa.

—¿Y ahora qué? ¿Lo guardamos en la nevera? —preguntó Ana escondiendo la sonrisa debajo de su mascarilla.

—Lo mejor, estimada Ana, es llamar al 112 —dijo el señor Salvador mientras alejaba el teléfono de la cara para ver mejor y tecleaba los números.

—¿Estás seguro? La última vez que llamamos a la Policía, los jefes nos dieron un toque de atención por no haber informado primero al Departamento de Seguridad.

—Esto es un tema serio, no hay tiempo que perder —dijo el señor Salvador con condescendencia.

—Supongo que tienes razón; cuando nos echaron la bronca, era

solo un cadáver, un mendigo que murió congelado en el techo de la estación. Caso cerrado. Por eso llamamos primero a Emergencias antes que a Seguridad... —contestó Ana con más condescendencia.

El señor Salvador cortó la llamada y levantó la mirada del tarro.

—Ya me explicará otro día lo del mendigo. ¿Cuál es el número de Seguridad?

—Tienes que llamar desde el fijo. ¿En tu mesa o en la mía? —preguntó Ana.

El señor Salvador tenía todo apuntado en un papel para no dejarse detalle alguno sobre aquel dedo. Sin embargo, todo se quedó en el aire cuando un empleado del Departamento de Seguridad le contestó y le dijo que no podía atenderle. El señor Salvador le explicó con altivez que se había encontrado un miembro amputado en la sección de Montjuïc, pero su interlocutor le informó que tenía un cuerpo arrollado entero en las vías y poco personal para cubrir las incidencias leves. Así que, después de unos minutos, la llamada terminó sin pena ni gloria ni dedo en la base de datos.

—Eso habrá sido por el covid, queda poca gente en las oficinas; todos los que pueden, trabajan desde casa… —le aclaró Ana sentada al otro lado del escritorio.

—Pero ni siquiera anotó mis datos, creo que se lo ha tomado a broma… —se quejó el señor Salvador mirando a Ana a través de la mampara de metacrilato que lo protegía de los peligrosos virus de sus compañeros.

—Eso depende del que te atienda, a más de uno le gusta tensar

la cuerda, sobre todo los que tienen que venir a trabajar… —contestó ella mientras el señor Salvador empezaba a rebuscar entre los cajones de su escritorio.

—¡Esto es indignante! ¡Con el paro que hay! La gente se muere por el covid y las empresas están haciendo ERTES, el país se hunde… Deberíamos estar dando saltos de alegría por conservar el empleo… —replicó el señor Salvador sacando del cajón un tampón de tinta azul.

—¿Se puede saber que pretendes hacer?

—Tomarle la huella dactilar, estimada Ana.

—¿Y después? ¿Qué harás?

—No lo tengo claro —mintió el señor Salvador—, pero, como no hagamos algo con el dedo, pronto se descompondrá y no podremos encontrar a su dueño.

—Pues tengo una amiga a la que le encantan estos temas, es ayudante de forense.

—¿En qué hospital está? —preguntó el señor Salvador.

—En la Oficina de Atención al Cliente de Diagonal… No me mires así, ella dice que el mercado está saturado y aquí tiene más estabilidad y mejor sueldo.

—Así va el país.

—Si quieres, le mando las fotos del dedo. ¡Menuda es Justicia! Seguro que te hace un informe completo antes de que termine el turno de tarde.

—¿Justicia? —preguntó el señor Salvador.

—Es el apellido.

—Entonces tiene usted una amiga que se apellida Justicia, que

es ayudante de forense y que trabaja en atención al cliente… —dijo el señor Salvador con incredulidad.

—La gente que trabaja allí abajo es de lo más variada y algunas personas están desaprovechadas; hay arquitectos, abogados, cantantes de grupos de rock, profesores de taichí, hasta hay un concejal de la CUP…

«Pues no serán muy buenos en lo suyo… y del concejal…, mejor no digo nada…», pensó el señor Salvador.

—¿Me sacas unas fotos a la huella? —preguntó el señor Salvador para cambiar de tema justo en el momento en el que empezó a sonar su teléfono.

Era una llamada del supervisor, a la que el señor Salvador atendió mientras limpiaba el dedo de tinta.

La conversación telefónica con su jefe fue corta y entrecortada: unos monosílabos, un par de suspiros, tres peros y una mirada al techo. Finalizada la llamada, el señor Salvador se levantó, se puso la americana y cogió el recipiente de cristal.

—¿Te llevas el dedo al despacho de Ernesto? No han pasado ni cinco minutos desde que has hablado con Seguridad y ya te llaman a consultas. ¡Aquí hay caso! ¿Quieres que le mande las fotos a mi amiga?

—Por ahora, mándamelas a mí, por favor. Voy a ver a Ernesto.

—Está bien, pero no dejes mucho rato abierto el tarro, que ya empieza a oler a muerto… —dijo Ana al verle desfilar hacia el despacho.

—Peor olía el atún revenido, señora —contestó el señor

Salvador con la cabeza erguida.

—¿Ya te he dicho que cada vez que me hablas de usted me haces sentir como una vieja?

IV

Ernesto era el supervisor de toda la sección y tenía tres rasgos característicos: era pelirrojo, tenía una espesa barba a juego y una facilidad extrema para soltar tacos de gran calibre en cualquier momento. Con todos aquellos rasgos, se había ganado el apodo del Vikingo.

Estaba tan curtido y castigado que, aunque era un par de años más joven que el señor Salvador, parecía mayor que él. Llevaba tanto tiempo trabajando para la empresa que algunos decían que había empezado cavando el primer túnel con pico y pala. Era tan metódico y perfeccionista que siempre tenía algo que decir sobre los informes o los trabajos que realizaban sus subalternos. Nunca se inmutaba; por muchos problemas o marrones que le pusieran sobre la mesa, por inverosímiles que fueran, nadie jamás le había visto perder los papeles. El señor Salvador estaba convencido de que, si algún día un diplodocus arrasara la oficina con la intención de comerse a los empleados, Ernesto sin apartar la vista de su ordenador gritaría a través de la puerta abierta de su despacho algo cómo: «no es para tanto, en el noventa y siete se comió a cinco empleados; pero no es un diplodocus, si lo fuera, se estaría comiendo las putas plantas, ¡joder!».

Una vez más, el tarro volvió a ser el centro de la conversación, esta vez en el despacho de Ernesto que, siguiendo la normativa, tenía una mampara de metacrilato transparente en un lado de su escritorio.

—Así que era verdad lo del dedo, ¡Joder! Haberme llamado

primero a mí en vez de liarla con los de Seguridad. ¡Coño! —dijo cuando el señor Salvador puso el tarro sobre la mesa.

—Pues cuando vienen los carteristas nunca lo llamamos, ni cuando alguien se desmaya, ni el día que se pelearon los manteros delante de las puertas de la estación.

—¡Pero esto es otra historia! Sí es que lo es. ¿Estás seguro de que se trata de un dedo? Desde aquí parece una salchicha de esas de tofu que se come Ana en el almuerzo —dijo Ernesto acercando los ojos al tarro.

—Pues me ha llamado usted con una rapidez pasmosa para tratarse de una salchicha.

—¡Menos coñas, Salvador!

—Eso del tarro es un dedo y parece que a nadie le importa excepto a Patricia y a Ana.

—¿Patricia? ¿Y esa quién es?

—La empleada de la limpieza, don Ernesto —contestó Salvador mirando al techo con incredulidad.

—Será la que limpia entre semana, porque la del *finde* hubiera mandado el dedo debajo de la fotocopiadora de una patada. Qué lástima que no hubiera sido ella, y no me vaciles, no me hables de usted. ¡Coño!

—Esto es un puñetero dedo… Puede que tengamos un cadáver en la empresa.

—Calma, calma… —dijo Ernesto haciendo gestos con las manos para sosegar al señor Salvador—. Puede que lo haya traído una rata desde las vías, ya sabes que se tiran mucho y siempre hay prisa por

reanudar el servicio.

El señor Salvador lo miró pensativo. Aquella posibilidad no se la había planteado; de hecho, se acababa de dar cuenta de que todavía no tenía ninguna hipótesis.

—Yo sigo pensando que hay que llamar a los Mossos.

—Quita, quita… En cuanto lo notifiquemos, se entera la prensa y cagada la hemos.

—Mucho mejor, así encontraremos al dueño…

—A ver, Salvador, te recuerdo que estamos en plena pandemia y a las puertas de una huelga…, y, cuando se colapse la ciudad, el Ayuntamiento nos cortará el grifo y buscará cabezas de turco. Como salga esto del dedo en las noticias, los sindicalistas van a decir que he matado a un empleado y lo he tirado en una zanja. Y los de Riesgos Laborales nos meterán las auditorías por el culo. Y después de la pandemia empezaremos con el amianto. ¿Y sabes una cosa? ¡Al final, a mí todo esto me la trae floja, flojísima! Pero siempre me pillan en medio y me como todos los marrones. Así que no me jodas y nada de llamar a los Mossos, que me la lías.

El señor Salvador había dejado de escuchar desde que Ernesto empezó con el tema de la huelga y solo se limitaba a asentir. Tan solo había prestado atención cuando escuchó lo de la zanja y volvió a perderse pensando que, si tuviera que esconder un cadáver, nada mejor que la estación fantasma.

—¿Salvador? ¿Me estás escuchando? —Volvió a preguntar Ernesto.

—Sí, sí, tienes toda la razón; te pido disculpas, pero, imagínate

que hay un cadáver…, entonces íbamos a salir en TV3 más que los del Procés o la pandemia. Deberíamos inspeccionar la estación fantasma, que por allí no pasa nadie y es el único sitio que no se revisa nunca, ¿verdad? ¿Quieres que eche un vistazo?

—No me pidas disculpas, coño. ¡Vamos! —dijo Ernesto poniéndose en pie.

—¿Ahora?

—Total, pensabas a subir igualmente sin mí. ¿Verdad? —continuó mientras salía del despacho.

V

En el pasillo principal, detrás de unas puertas de metal precintadas por unas cintas rojas y blancas, se encontraban las escaleras que subían hasta la antigua estación y no dejaban a nadie indiferente. Lo que quizás en 1928 fue un referente arquitectónico, ochenta años después a cualquiera que pretendiese subirlas, como mínimo, lo que le podía suscitar era pereza. Cincuenta empinados escalones, todos seguidos, sin ningún descansillo para tomar aire o dejar las maletas con seguridad. El polvo acumulado durante décadas se había enquistado de tal manera en aquel lugar que, por muchas veces que se limpiara, siempre mostraba un decrépito verde gastado.

Las vetustas y oxidadas escaleras mecánicas con revestimiento de madera llevaban desde los ochenta sin subir a nadie. Decían en la Asociación de Historia que eran las primeras escaleras mecánicas de Barcelona y, ya fuera por inundaciones, termitas, empleados con morriña o historiadores sin escrúpulos, el famoso revestimiento de caoba había ido desapareciendo después de cuatro décadas a la sombra. Sin embargo, su esqueleto de metal rezumaba historia por todos sus escalones, por lo que era una verdadera lástima que alguien utilizara las legendarias escaleras mecánicas para guardar escobas, fregonas, cubos y productos de limpieza.

Ernesto pulsó un interruptor y los fluorescentes fueron encendiéndose poco a poco a lo largo de todas las escaleras iluminando el techo abovedado. Las paredes, del mismo color que los

peldaños de cemento, todavía tenían restos de publicidad de años pasados en los que beber coñac y fumar estaba tan bien visto que se anunciaban al lado del caldo de pollo y los potitos para bebés.

—¿Ves el techo? Todo es así. Piedra y puro cemento, nada de uralita. Aquí no hay amianto. Donde sí que había era en la plaza de España en los ochenta, caía del techo como si fuese navidad, mi mujer trabajó allí y las pasó putas… Nadie le hizo ni caso porque en aquellos tiempos todo se hacía con amianto… y ahora todos corriendo… Por suerte, a ella no le han encontrado nada… —Las palabras de Ernesto, al igual que cualquier ruido que hacían, retumbaban por todos rincones de la estación.

El señor Salvador tan solo asintió. Estaba ocupado buscando pistas en el suelo. Pero Ernesto tenía prisa por subir y él tenía la vista cansada para poder encontrar manchas de sangre y otros dedos en aquellas viejas escaleras.

Lo primero que encontraron cuando culminaron el ascenso fue varias sillas sucias y una mesa de trabajo improvisada con dos botes de pintura y una tabla. Sobre ella descansaban herramientas de todo tipo, así como restos de un bocadillo y un cenicero lleno de colillas. En el suelo una pistola de clavos y un taladro cargaban sus baterías enchufados a un ladrón.

—Ya sabes, con el tema del amianto han prohibido el acceso… y los chavales —dijo refiriéndose a los empleados de mantenimiento— no han tenido ni tiempo para recoger, pobrecitos —dijo Ernesto con ironía.

Mientras descansaba de los cincuenta escalones, el señor

Salvador siguió el cable del ladrón en el que cargaban las herramientas. Desde debajo de la mesa improvisada llegaba hasta el marco sin puerta de lo que, años ha, había sido el despacho del jefe de estación. Cuando asomó la cabeza, tan solo encontró lo que parecía una estantería de acero nuevecita a medio instalar y un botiquín destartalado a punto de desprenderse de la pared.

—Aquí pretendíamos montar un pequeño almacén para encarar las reformas de esta estación —explicó Ernesto cuando el señor Salvador volvió a mirar al pasillo—, pero ,ya ves, no hemos podido ni empezar… Cuando vengan los de Riesgos Laborales y vean todo esto así —dijo, refiriéndose a las colillas, el taladro y la pistola de clavos— nos van a empapelar. Yo ya les he avisado…, pero, claro, ahora dicen los chavales que para subir aquí necesitan todas las garantías… —dijo mientras continuaba andando hacia la gran bóveda que albergaba los andenes abandonados.

Ernesto pulsó un viejo interruptor y se iluminaron varias zonas de aquel paisaje subterráneo desnudo, sin bancos ni paneles informativos, ni papeleras. En el fondo, donde debería haber un túnel, un inquietante muro de ladrillos marrones parecía decir: hasta aquí hemos llegado.

—Se me hace raro que, después de subir tantos escalones, continuemos bajo tierra —reflexionó en voz alta el señor Salvador.

—Pues el antiguo túnel todavía subía más… hasta el castillo… Recuerda que estamos bajo la montaña de Montjuïc… —bramó Ernesto haciendo que su voz retumbara en todos los rincones de la estación.

—Se ve bastante limpia, no la recordaba así y tampoco huele a humedad… —dijo Salvador.

—Con tantas putas visitas, tuvimos que hacerle un lavado de cara. No sabes la de bolsas de mierda y colillas que hemos sacado de aquí…

—Por suerte, no hay grafitis —dijo el señor Salvador.

—Esta estación tan solo tiene un acceso… Además, a esos niñatos les gusta que su obra se admire y aquí no viene ni el tato… —aclaró Ernesto mientras se acercaban al foso.

No quedaban ni los raíles; tan solo había rincones oscuros, humedades, una sucia lona de plástico azul y una rasqueta manchada tirada en un rincón.

—¿Esa rasqueta está manchada de sangre? ¿O me lo parece a mí?

—No te hagas pajas, Salvador, que eso puede ser grasa, aceite, pintura o mierda… como la mancha esa del andén…

Sin pretenderlo, el pelirrojo barbudo había descubierto lo que parecía ser un pequeño charco de sangre cerca del foso. Salvador se acercó y se puso en cuclillas con cierta dificultad. Estaba casi seguro de que aquello era sangre, quizás era poca cantidad para un cadáver, pero la suficiente para un dedo amputado. Por eso ni replicó ni quiso discutir con Ernesto. Se limitó a poner una rodilla en el suelo y cachearse a sí mismo buscando algo que le ayudase a recoger una muestra. Tan solo encontró sus guantes de látex.

—Si hubiera aquí un muerto, ya debería oler. ¿No te acuerdas de la mierda de la rata muerta de las taquillas de la estación

principal? ¡Qué peste que echaba la cabrona! —dijo el Vikingo riendo un momento antes de que su teléfono móvil empezara a sonar.

—¡Coño, cobertura! —exclamó antes de contestar—. ¿Sí?… Sí, ahora voy…

Ernesto hizo esperar a su interlocutor y se puso el teléfono contra el pecho.

—Me esperan para una reunión, sigue tú… Cuando salgas, vuelve a precintar la puerta «plis» —dijo Ernesto.

—¿Del dedo? ¿Te ocupas tú entonces? —le preguntó Salvador.

—¡Ah! Sí, sí… Tengo después otra reunión con Sallada en la central de Seguridad para ver si ponemos aquí algún «segurata», así que aprovecharé y le llevaré el tarro… —dijo antes de volver a su conversación telefónica—. ¿Sigues ahí?… Es que voy de culo y encima ahora nos hemos encontrado un dedo… Sí, sí, un puto dedo…

VI

A medida que la voz de su jefe se perdía escaleras abajo, el corazón de Salvador se aceleraba. Cuando se cerró la puerta de metal, el silencio era tal que el señor Salvador tuvo la sensación de que podía oír sus propios latidos. No era la primera vez que subía allí, pero aquella lúgubre atmósfera siempre lo inquietaba. Sin embargo, en peores plazas había toreado, más oscuras y peligrosas, así que no se dejó llevar por miedos irracionales y empezó a observar aquella estación fantasma como la escena de un crimen. Así, llegó a la conclusión de que estaba de acuerdo con su jefe: si allí había un cadáver, ya debería oler a muerto.

Sumergido en aquella silenciosa atmósfera, respiró hondo y se concentró; los nervios habían desaparecido, pero su vejiga no se había dado cuenta todavía. Cuando se sintió preparado, comprobó todos los rincones de la estación hasta que se aseguró de que allí no había muertos ni miembros corporales escondidos por los rincones.

Después buscó algo que le pudiera servir para recoger las pruebas del crimen. Pero al no encontrar nada que le pudiese ayudar decidió bajar hasta las oficinas para buscar algunos utensilios que le ayudaran a preservar las pruebas. Pensó que podría encontrar en su mesa algún sobre o bolsa de plástico, un portafolio tal vez. Del botiquín podría coger otros guantes de látex y unas pinzas o algo parecido para rascar restos de sangre y, sobre todo, quería bajar para hacer una visita al lavabo. Desde que se había quedado solo allí

arriba, las ganas de ir al baño se le habían multiplicado exponencialmente. Y no tenía claro si aquellas ganas eran debido a la ansiedad de estar en la estación fantasma o a que se acercaba su cita anual con el urólogo.

No tardó mucho en conseguir todo lo que necesitaba: un lavabo libre y limpio, sobres de varios tamaños, un cúter, unos guantes de látex, una bolsa de plástico y una caja de cartón para llevarlo todo con disimulo y seriedad. Lo que no consiguió es que alguien le prestara el móvil para sacar unas fotos; quizás más tarde, pensó, cuando su amiga y compañera Ana estuviera menos liada, la invitaría a subir allí arriba, pero en aquel momento tendría que arreglárselas con su móvil de teclas.

Cuando regresó al pie de las escaleras, el señor Salvador se percató de que las cintas precinto estaban en el suelo. Siguiendo las instrucciones de su jefe las había enganchado con disimulo para que nadie se diera cuenta de que se había colado en la estación abandonada. Sin embargo, pensó que quizás las había enganchado mal; cuando las ganas de orinar aprietan no se piensa con claridad, pensó. Pero, a medida que subía, el corazón le volvió a palpitar con fuerza cuando le pareció escuchar el eco de un ruido procedente de la parte de arriba. Y con amargura descubrió que las ganas de orinar volvían a nublar sus pensamientos cuando se dio cuenta de que había alguien escondido en el pequeño despacho abandonado. Por puro instinto sujetó la caja de cartón con un brazo y se llevó la mano al interior de su americana para buscar un arma que no tenía. Así que respiró hondo. Debía pensar rápido.

Pensó que podía ser Ernesto. Quizás había vuelto, pero no tenía necesidad de esconderse. Un grafitero era poco probable. Tal vez podía ser alguien del Departamento de Riesgos Laborales o incluso el dueño del dedo. O peor aún, podía ser el que se lo había cortado. Salvador no sabía qué hacer. Intentó entonces analizar la situación. Primero: el precinto. La persona que lo había quitado no había tenido miramientos, por lo que era alguien a quien no le importaba ser pillado infraganti o que le tuviera miedo al amianto. Segundo: la persona que estaba dentro del viejo despacho había dejado de hacer ruido. Por lo que llegó a la conclusión de que, fuera quien fuera la persona que estaba dentro del despacho, tampoco debía estar allí y también le había oído llegar. Así que, en igualdad de condiciones, sin soltar la caja, sacó su anticuado teléfono móvil del bolsillo interior de su americana, marcó el 112 y puso el dedo encima de la tecla verde. Se acercó al marco de la puerta y asomó la cabeza.

—¿Hola? —El saludo del señor Salvador retumbó por las cuatro paredes del despacho.

El tipo que estaba escondido dentro del pequeño despacho disparó, y un destello cegó al señor Salvador. Le dio de lleno en la cara. Al señor Salvador solo le dio tiempo a cerrar los ojos y pulsar sin pensar la tecla de su teléfono móvil para llamar al 112.

VII

Gabriel disparó al señor Salvador. Lo hizo con alevosía y una cámara réflex con *flash*. En un principio no había subido a la vieja estación con la idea de asustar a nadie, pero cuando vio al elegante señor Salvador no se pudo resistir. No temía a ningún representante de la empresa y le traía sin cuidado la cantidad de euros que cobraran al año. Gabriel rondaba los cuarenta años y, aparte de un tupé que desafiaba la ley de la gravedad, llevaba ya a sus espaldas más de veinte años en la lucha sindical. Formó parte de las mesas de negociación de convenios de la empresa durante años. Había sido detenido por amenazas y agresiones a directivos y de lo único que se arrepentía era de no haberles pegado de verdad. Sin embargo, el día que se ganó más enemigos fue cuando señaló con el dedo a los compañeros que firmaban acuerdos nefastos a cambio de enchufar en la empresa a sus familiares. Después de aquello, se marchó con la cabeza bien alta a un sindicato más guerrero y menos vendido. Allí pudo permanecer en segunda línea, con menos presiones y con libertad para poder hacer lo que le saliera de los ideales. Como, por ejemplo, hacer unas fotos en la estación fantasma. Y cuando se dio cuenta de que el elegante señor Salvador le había descubierto, activó el *flash* de su cámara, esperó el momento adecuado y le disparó una ráfaga de siete fotos a la cara solo para reírse y tocarle los cojones.

Quince minutos después de las presentaciones, el señor Salvador todavía tenía problemas para fijar la mirada sin ver manchas

moradas y negras flotando a su alrededor. Gabriel, al descubrir que no era un directivo, se sintió tan mal por lo sucedido que se ofreció como ayudante. Fotografió la escena del crimen, recuperó para él la rasqueta del foso de la estación, se aseguró de que no había más restos humanos debajo de la lona arrugada y le ayudó a recoger pruebas. Mientras, su cegado nuevo amigo aclaraba a los del 112 que la llamada había sido por accidente.

—Cuando me has dicho que estabas buscando un cadáver, pensaba que era de cachondeo —dijo Gabriel mientras cargaba la caja de pruebas escaleras abajo.

—Lo mismo pensé yo cuando me dijo que me había dejado ciego sin querer —respondió el señor Salvador sujetándose a la barandilla de las escaleras.

—Es que te confundí con un directivo, compañero.

—¿Y acostumbra usted a acechar a los directivos en estaciones abandonadas? —preguntó el señor Salvador.

—Solo a los que cierran de la noche a la mañana una estación abandonada como si fuera Chernóbil…

—¿Tan importante es esta estación? —preguntó el señor Salvador poniéndose bien la mascarilla.

—Esto es patrimonio histórico, compañero. Y ahora seguro que los directivos quieren reformarlo para montarse un chiringuito… Me avisaron los de la Asociación de Historia.

—Están ustedes obsesionados con los directivos. No serán todos tan malos. Es como si yo dijera que todos los sindicalistas son unos vagos que chupan del bote.

—Un directivo siempre será un explotador y un trabajador siempre un explotado. Un directivo puede hacer más daño que mil sindicalistas vagos. Primera lección del ABC del Marxismo. Pertenezco a un sindicato de trabajadores que…

La última vez que le soltaron un discurso para que se afiliara, el señor Salvador rechazó la oferta con la excusa de que ya pagaba una cuota en Legálitas. Una asesoría jurídica que le quitaba las multas, le gestionaba las reclamaciones y le atendía por teléfono las 24 horas del día. Y cuando le explicó aquello casi acabaron a tortas. Por eso, el señor Salvador no replicó al joven del tupé y se quedó callado esperando a que se acabara el discurso o las escaleras.

Cuando se hizo el silencio, el señor Salvador no pudo evitar abrir la boca. Se arrepintió enseguida.

—Para ser sindicalista trabaja usted con soltura —bromeó refiriéndose a la caja con las pruebas.

—Yo he pensado lo mismo cuando me has comentado que trabajas aquí, en el Cementerio de Elefantes —contratacó el sindicalista.

—¿A qué se refiere? —preguntó el señor Salvador desconcertado.

—No debes de llevar mucho aquí. En esta sección acaban los empleados que la empresa no quiere. La empresa prefiere tenerlos sin hacer nada antes que echaros a la calle y tener que pagar una indemnización.

—¿Eso es cierto? —preguntó el señor Salvador desconcertado.

—Eso es *mobbing,* compañero. Enchufan a los suyos y a los que

no comulgan con ellos los envían a un cementerio a ver si se cansan y se piden la baja voluntaria.

—Aquí hay gente muy trabajadora —dijo un desconcertado señor Salvador pensando en Ana y en él mismo.

—No te ofendas, no todos están aquí rebotados. Algunos también curran y mucho.

—¿Y nadie se queja de lo que pasa? —preguntó el señor Salvador.

—Se quejan, pero no denuncian y a más de uno ya le va bien vaguear en todo el día o sacarse una carrera o escribir un libro y cobrar a final de mes —comentó Gabriel devolviéndole la caja—. Si quieres, puedo llamar a Sallada —dijo Gabriel al ver que el señor Salvador estaba pensando en elefantes moribundos.

—¿Quién es Sallada?

—Una de las pocas personas que cuando se enfada me hace temblar; es coleguita. Reparte el bacalao en Seguridad. Le doy un toque y seguro que te ayuda con lo del dedo. Ya verás cuando se entere de que no han gestionado tu llamada.

—Gracias, pero me ha dicho mi supervisor que se ocuparía de todo.

—Como quieras, compañero, pero por favor deja de hablarme de usted, que yo se lo hago a los directivos para sacarlos de quicio.

—Solo si me dejas de llamar *compañero*.

—Lo intentaré —dijo Gabriel sonriendo.

—¿Has pensado en ir a terapia para tratar ese odio visceral hacia los directivos?

—Ellos sí que deberían hacer terapia —dijo Gabriel entre risas —. Venga, vamos a la oficina y descargo las fotos en tu ordenador, que he quedado con una compañera para comer y ya voy tarde.

VIII

La mascarilla ocultó la sonrisa de una dubitativa Ana que no sabía si saludar ofreciendo los nudillos o el codo; y Gabriel, para evitar el contacto, levantó el puño izquierdo como buen sindicalista. El señor Salvador negó con la cabeza ante la incómoda situación.

—Lo siento, compañera, es que me he liado en la vieja estación —se excusó Gabriel.

—Tranquilo, todavía tengo que terminar un par de cosillas. Ya has hecho mucho por venir tan rápido; si te esperas cinco minutos, te invito a comer y te cuento lo de la entrevista —respondió Ana.

—Perfecto, yo, mientras, voy descargando unas fotos en el ordenador del compañero. Estamos investigando un caso. ¿Sabes? —dijo Gabriel dando golpecitos a la cámara que le colgaba del cuello.

—¿Ya te has buscado un ayudante nuevo? —bromeó Ana dirigiéndose al señor Salvador.

—Eso jamás, señora mía.

—Lo de *señora* es para hacerme la puñeta. ¿Verdad?

—Ya sabe usted que me pierden los modales —dijo el señor Salvador.

—Siempre hablando en castellano antiguo. ¿Qué haces en tu tiempo libre? ¿Filología?

—Esgrima antigua, ya se lo comenté, pero no me escucha usted nunca… —dijo el señor Salvador.

—¿Ah sí? Antigua tenía que ser; por cierto, te he enviado las

fotos del dedito a tu correo —dijo Ana antes de contestar a una llamada.

—¿Esgrima? —preguntó Gabriel siguiendo al señor Salvador.

—Esgrima antigua; es menos ortodoxa… —contestó dejando la caja de pruebas sobre su escritorio.

Gabriel ocupó la mesa, se puso unas gotas de gel hidroalcohólico en las manos y se olvidó de las actividades extracurriculares del señor Salvador al intentar que su cámara réflex se entendiera con un ordenador capado por la empresa. Mientras tanto, el señor Salvador, sintiéndose inútil, se puso a contemplar el paisaje que le ofrecían los enormes ventanales de las oficinas de Montjuïc. Barcelona intentaba esconderse detrás de los olmos deshojados que recorrían la avenida Miramar. Entre las ramas se podían distinguir las eternas torres de construcción que rodeaban la Sagrada Familia o el trazado perfecto del barrio de l`Eixample…

—Ya lo tienes —comentó Gabriel sacando al señor Salvador de su contemplación—. ¿Nos vamos a comer? —preguntó levantando la voz para que Ana le oyese.

—Id bajando. Ernesto acaba de llamar. Dirección quiere que cerremos la estación fantasma —contestó Ana rebuscando en los cajones de su escritorio—. Si encuentro las llaves, claro. *¡Merda!,* al final con el horario covid nos cerrarán el bar…

—Si quieres, ya me encargo yo de cerrarla, hoy como con táper —dijo el señor Salvador.

—Genial. Bájate luego y te invito a un café —contestó Ana mostrando la llave que acababa de encontrar.

La sala de descanso del edificio tenía el aforo limitado para evitar contagios, y el calor ya no invitaba a comer en un parque. Así que el señor Salvador aprovechó la soledad de las oficinas de diseño para revisar las fotos del dedo amputado mientras degustaba una contundente ensalada de atún frente a la pantalla de su ordenador. Amplió, revisó e imprimió cada una de las imágenes. Cuando terminó con la manzana que tenía de postre estaba tan absorto en su investigación que no fue consciente del tiempo que había pasado. Pero Patricia le sacó de la duda y de sus pensamientos dejándole de nuevo la pelota en su tejado o, para ser más exactos, el tarro de cristal con el dedo sobre la mesa.

—Ernesto se ha ido a casa y se ha dejado esto en su despacho.

El señor Salvador no se lo podía creer; después de todo el sermón, al final el pelirrojo se había olvidado del dedo.

—¿Lo dejo donde estaba? —preguntó Patricia al ver la cara de estupefacción del señor Salvador.

—¿Qué? ¡Ah! No te preocupes, ya me encargo yo —contestó él.

—Este Ernesto es un caso —comentó Patricia mientras vaciaba una de las papeleras de la oficina.

Él, como siempre, fascinado con la eficiente manera de trabajar de Patricia, llegó a la conclusión de que ella era una de las pocas personas que trabajaba de verdad en toda la sección.

—Patricia. ¿Has oído alguna vez que esto sea un cementerio de elefantes? —preguntó el señor Salvador mientras intentaba que Ernesto le contestara al teléfono.

—Yo de elefantes no sé, pero cerdos aquí hay muchos…

El señor Salvador arqueó las cejas y se limitó a sonreír. Colgó el teléfono al ver que Ernesto no respondía y decidió llamar a otra persona.

—¿Oye? ¿Ocupado? No, no, tranquilo, la partida de la semana que viene sigue en pie… Es que te quiero mandar una huella, a ver si encuentras algo. ¿El que? ¡Ah! Un dedo que nos hemos encontrado en la empresa; sí…, ya te contaré… ¿Seguridad? Lo intenté, pero aquí son peor que los funcionarios. No se enteran o no se quieren enterar. ¿A quién dices? ¿Sallada? Me suena… ¿Es de confianza? No exageres, no será para tanto. De acuerdo, me apunto el nombre. Te estoy enviando la huella por *email* mientras hablamos… Gracias… Te debo una, inspector…

El señor Salvador había decidido pasar a la acción y llevar en persona todas las pruebas al Departamento de Seguridad. Como no tenía mucho espacio en la pequeña mochila que utilizaba para llevar los tápers, colocó todas las fotos y la rasqueta en un gran sobre marrón con el logo de la empresa y se guardó el tarro en el bolsillo de la americana. Antes de cerrar la estación fantasma, se aseguró de que no dejaba a nadie encerrado y, después de un merecido café descafeinado de máquina, salió de las oficinas para tomar el tren de bajada a la ciudad.

IX

El Departamento de Seguridad estaba ubicado en el barrio del Clot. Desde allí controlaban todos los edificios de la empresa, las cámaras de todas las estaciones y todos los sistemas de protección de la red de transporte subterráneo de la ciudad. Desde una gran sala, decenas de operadores analizaban las imágenes que aparecían en sus monitores y en las enormes pantallas colgadas en las paredes. Con un solo movimiento de ratón, podían visionar cualquier rincón de la empresa, desde la recepción de las oficinas de la central situadas en la periferia de la ciudad, hasta el vestíbulo de cualquier estación. Incluso si el operador o el algoritmo informático lo creían conveniente, se podían ampliar las imágenes para ver con nitidez cualquier elemento sospechoso. Como, por ejemplo, la cara de indignación del señor Salvador mirando al objetivo de la cámara en un vagón abarrotado de gente mientras un señor le echaba el aliento en el cogote. Por suerte, todos usaban la mascarilla de rigor. El cómo la llevaran puesta era otro cantar. Por debajo de la nariz, del revés, en la barbilla, con pelusilla… El señor Salvador, aunque ya tenía puestas las dos dosis de vacuna contra el covid, ante aquel hervidero pandémico decidió bajarse en la siguiente estación y continuar su viaje en una bicicleta de alquiler. Y mientras se preparaba para la salida y se acercaba a las puertas del vagón, pudo ver como la que parecía una inocente turista perdida le estaba metiendo mano al bolso de una señora para robarle el monedero.

El señor Salvador no se lo pensó dos veces y avanzó entre la gente a empujones para evitar el robo. Cuando alcanzó a la hurtadora la agarró por una muñeca con una mano mientras con la otra sujetaba los sobres con las pruebas. Así empezó el forcejeo entre la ladrona y el justiciero del traje. En cuanto se abrieron las puertas del vagón los usuarios alérgicos al contacto físico salieron corriendo del tren. Los que se apelotonaban en el andén entraron como una turba al ver el hueco y la carterista aprovechó el momento para zafarse del señor Salvador y huir. Cuando el héroe salió tras ella, quizás tropezó o tal vez alguien le empujó haciéndole trastabillar para darse de bruces contra la pared del andén. Consiguió evitar el golpe con las manos en el último momento, pero los sobres que llevaba salieron volando por un lado y el maldito tarro salió disparado de su bolsillo y fue rebotando por el andén hasta que, al séptimo golpe, reventó en mil pedazos. Cuando quiso reaccionar, no había ni carteristas a los que perseguir, ni señora con el monedero que le diera las gracias, ni tren. Una ráfaga de aire caliente anunció la partida del convoy. Todo había terminado y los pasajeros que abandonaban la estación no le hicieron caso por miedo a que fuera un loco, un borracho o un positivo de covid.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una joven mientras recogía los sobres desparramados por el suelo.

—Sí, muchas gracias —respondió él con las manos en los riñones mientras intentaba localizar su dedo entre los cristales.

En cuanto lo encontró sacó de su bolsillo los guantes de látex para recogerlo y fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía la

cartera.

Primero se llevó las manos a todos los bolsillos negando lo evidente, luego empezó a maldecir al dueño del dedo, a Ernesto, a la pandemia, a la señora del monedero, la carterista, sus compinches y la madre que los parió a todos. No lo dijo en voz alta para no incomodar a la muchacha ni al resto de usuarios. Indignación, pero ante todo temple y educación. Así que, para finalizar el duelo por la pérdida del tarro y la cartera, decidió aceptar su nueva situación y recoger el dedo con el guante de látex como si se tratase de una caca de perro. Después se sentó en el banco del andén y buscó la inspiración al otro de las vías, pero solo encontró el cartel con el nombre de la estación: Diagonal.

—Me acaban de birlar la documentación. Con lo que yo he sido.

—¿Cómo?

—Que me han robado la cartera —contestó traduciendo del castellano antiguo al contemporáneo *standard*.

—Siempre igual, una vergüenza, los detienen y por la tarde están en la calle, no hay justicia en este país —contestó la joven mientras le dejaba los sobres a su lado.

—¡Justicia! —exclamó el señor Salvador.

Según le había comentado Ana aquella misma mañana, Justicia era la ayudante de forense que trabajaba en la Oficina de Atención al Cliente de aquella estación. Hacía el turno de tarde. Ella podría echarle una mano, con el dedo, con la cartera o dejándole visitar el lavabo para refrescarse y descargar la vejiga, pensó el señor Salvador

mientras se despedía de la joven universitaria.

La luz de la calle entraba por las escaleras mecánicas de la estación de Diagonal y se colaba en la Oficina de Atención al Cliente atravesando sus paredes de cristal. Los muebles de diseño de colores claros ayudaban a que los usuarios que visitaban la oficina no tuvieran la sensación de que estuvieran bajo tierra. Y lo que un año atrás había sido un punto de encuentro para reclamaciones, gritos, enfados y quejas de toda índole, en aquel año pandémico se había convertido en una sala vacía debido a la necesidad de una cita previa y al miedo del usuario de contagiarse de covid. Así que, después de dos reclamaciones y un par de cambios de tarjeta, el señor Salvador puso los sobres encima del mostrador.

—Justi, tienes que ver esto —dijo la empleada de pelo rizado después de ver lo que había dentro de los sobres con el logotipo de la empresa.

X

Una vez más, el dedo se convirtió en el centro de la conversación, y la mujer de pelo rizado que acababa de atender al señor Salvador se levantó para ceder el asiento a una chica morena, bajita y delgada. Era tan poca cosa que hasta el uniforme de la talla 36 que llevaba puesto le iba holgado.

—¿De dónde has sacado estas fotos? —preguntó Justi poniéndose unas enormes gafas de pasta.

—De Montjuïc. Lo llevaba al Departamento de Seguridad, pero se me ha roto el recipiente hace un momento aquí abajo cuando me han robado la cartera. Ana, que trabaja conmigo, me dijo que le interesaban a usted estos temas y me preguntaba si me podía ayudar —dijo el señor Salvador en voz baja mirando incómodo hacia la gente que esperaba fuera de la oficina.

—¿Tienes aquí el dedo? —preguntó la chica abriendo los ojos como platos sin inmutarse por el tema de la cartera.

—¿Quiere usted verlo?

—Venga —contestó ella invitándole a pasar al otro lado del mostrador.

Mientras la compañera de pelo rizado atendía a los clientes, el señor Salvador, en la mesa de al lado, parapetado por el mostrador, puso el dedo sobre la mesa.

—¡Qué pasada! ¿Puedo? —preguntó Justi con intención de tocarlo con la punta de su bolígrafo.

—Todo suyo —contestó sonriendo el Señor Salvador

—Es un dedo —afirmó la señorita Justicia.

La compañera de pelo rizado no pudo evitar mirar y poner cara de asco, y Justicia continuó hablando.

—Dedo anular. Mano derecha, de un hombre, de unos 42 años. Esta marca circular más blanca es parcial, pero parece que es de un anillo… quizás divorciado reciente o quizás se le cayó con el corte… Lo hicieron con algo afilado, de un golpe seco y con mucha fuerza. ¿No había más dedos?

—No.

—¿Ves este color amarillento? Es fumador y de tabaco del caro, no del de liar. Se mordía las uñas, claro…, y tiene restos de tinta en la yema del dedo… ¿Le has tomado las huellas? —dijo mirando al señor Salvador.

—Sí.

—¡Qué guay! —contestó mientras olfateaba el dedo.

—Está ya un poco pocho y creo que lleva más de 48 horas separado de la mano…, y…. —Justi volvió a olfatear el dedo.

—¿Lo limpiaste con alcohol?

—Sí —respondió el Señor Salvador asombrado.

Justi cogió unos guantes de látex antipandémicos y con mucho cuidado levantó el dedo hasta ponerlo delante de los ojos.

—¿Ves estos puntitos blancos? ¿Aquí en la uña? Creo que es cocaína.

—Increíble —dijo el señor Salvador—. ¿Cómo lo sabe?

Justi, con cuidado, sacó la lengua, la acercó al dedo poco a

poco y se dispuso a lamer el dedo.

—Pero ¿qué haces? —exclamó la compañera mientras le daba una colleja.

—¡Ains! Que me he emocionado y quería asegurarme de que era coca.

—Pero las cosas no se hacen así, loca; te vas a la farmacia, te compras un detector de esos de drogas y se lo pasas por el dedo.

El señor Salvador arqueó las cejas impresionado.

—Están ustedes desaprovechadas; deberían dedicarse a otra cosa —dijo el señor Salvador vaciando el contenido de los sobres en la mesa.

Después de unos minutos estudiando las pruebas, Justi cogió la rasqueta con la servilleta y puso la palma de la otra mano sobre la mesa con los dedos abiertos. Hizo el gesto de clavársela en el dedo medio, pero la rasqueta era más ancha y también llegaba a otros dedos.

—¿Ves? Al cortar el dedo con tanta fuerza tendría que haber cortado los de al lado, el meñique, o el anular, o los dos. Vamos, una sangría. O le cortaron más dedos o se los dejaron colgando —continuó diciendo Justicia.

—¿Y si cortaron el dedo con unos alicates? —preguntó la compañera mientras invitaba a entrar al siguiente usuario.

—Y luego me llamas friki a mí. No lo creo, mira las fotos, mira la sangre. Yo creo que tenía la mano apoyada en el suelo. Así. ¿Veis? Y zas, de un tajo con fuerza y mala leche se la clavaron.

—¿Y qué hacía en el suelo? ¿No hay más manchas de sangre en

el andén? —preguntó la compañera de Justicia.

—No —contestó el señor Salvador.

—La rasqueta es como las que usamos aquí para quitar los vinilos viejos de los cristales. Yo creo que fue una pelea o un ajuste de cuentas, pero no estaba premeditado —elucubró la compañera de Justi.

—¿Y usted a qué se dedica en su tiempo libre? —le preguntó el señor Salvador a la compañera de Justi.

—Yo soy negra en una editorial, reescribo y corrijo las novelas de misterio de un autor famoso. Y tengo dos novelillas publicadas.

—¡Vaya! ¿Y qué hace trabajando aquí?

—Me gusta escribir sin tener que pensar en llenar la nevera.

El señor Salvador miró a Justi para preguntarle lo mismo, pero ella contestó antes de que él abriera la boca.

—Trabajar en un tanatorio si no tienes padrino es complicado… y en un laboratorio me pagaban 800 brutos por nueve horas al día. Tuve que dejarlo. Ahora con la pandemia algunas noches hago pluriempleo… —dijo Justi mirando a su alrededor—. Esa mochila que llevas, ¿es para los tápers? —preguntó al señor Salvador.

—Sí.

—¿Y has comido? ¿Están vacíos? —preguntó Justi.

—¿No pensarás guardarlo en un táper? —preguntó la chica del pelo rizado con cara de asco.

—Después de todo, carne es carne —contestó Justi.

—¿Carne es carne? Que friki eres tía —replicó la chica del pelo rizado.

—Si quieres, voy a por un café al bar de fuera y traigo un poco de hielo para mantenerlo en frio; mientras, puedes lavar los tápers en la sala de descanso —propuso Justi al señor Salvador.

—Si le doy dinero…, ¿me puede comprar un test de esos de drogas en la farmacia? —preguntó el señor Salvador.

—¿Qué tenemos que hacer para que nos tutees?

—Pues fiarme, porque, ahora que me acuerdo, me han robado la cartera.

XI

A media tarde, el señor Salvador llegó a su destino. Cerca de la avenida Meridiana, en una calle cualquiera, se encontraba el Departamento de Seguridad. Tecnología punta escondida en un soso edificio de cemento gris y ventanas negras. En la recepción un empleado se aseguraba de que nadie entraba sin la debida autorización. Y el señor Salvador, sin cartera ni carnet de identidad, decidió poner el táper sobre la mesa.

—Caballero, tengo aquí este dedo que nos hemos encontrado en las oficinas de Montjuïc, un dedo anular, para ser exactos. Y vengo a entregarlo a Sallada o a cualquiera que quiera hacerse cargo… Si quiere, se lo dejo aquí y me lo tramita usted.

Hasta la cocina lo dejó entrar y hasta allí llegó porque se perdió en aquel laberinto de pasillos de paredes prefabricadas. Cuando por fin topó con las oficinas, lo único que encontró fue una sala desangelada de moqueta gris. Tan solo una mesa permanecía ocupada por una mujer rubia de pelo corto que vociferaba al teléfono mientras mascaba chicle con la boca abierta. Y el señor Salvador, hastiado, tomó asiento frente a ella y colocó algunas fotos sobre la mesa esperando sin prisa a que la mujer al otro lado de la pantalla de metacrilato le prestara atención.

—¿La entrevista? Un paripé… Me dijeron que el puesto era mío… y había más empleados…, como te digo…, y tú ya sabes que no tengo el chocho para farolillos, así que me saqué los papeles del bolso

y se los entregué al jefe delante de todos… —comentó la mujer a su interlocutor.

Y, escuchando aquella conversación telefónica, el señor Salvador comprendió que aquella mujer era la que le había quitado el puesto a su compañera Ana. El ejemplo de la desfachatez del enchufismo que rebajaba el esfuerzo de la gente trabajadora hasta el fondo de un lodazal, pensó el indignado señor Salvador.

—¿Tú no serás el que ha llamado esta mañana por un dedo? —preguntó ella al ver las fotos desparramadas por la mesa mientras tapaba el auricular del teléfono—, y todos decían que era una broma…

El señor Salvador miró más allá de la rubia para buscar al tal Sallada o a cualquier persona que le diera un mínimo de confianza, como un jefe en un despacho, un vigilante de seguridad, un becario o una planta, pero no encontró nada.

—Me temo que sí —contestó él.

—¿Y lo llevas en un táper? ¡Con dos cojones! —dijo ella destapando el auricular—. Oye, te llamo luego —dijo antes de colgar, colocarse una mascarilla y rodear la mesa para sentarse al lado del señor Salvador.

—Nos lo hemos encontrado en las oficinas de Montjuïc —aclaró él.

—¿Y qué hay en los otros sobres?

—Creo que el arma del crimen y muestras de sangre…

Mientras el señor Salvador aclaraba todas sus dudas, la mujer analizaba las pruebas a conciencia. Estaba tan concentrada que,

cuando sonó el teléfono de su mesa, extendió el brazo como una contorsionista para conectar el altavoz.

—Diga —dijo ella sin interés.

—Hola, te llamo de Dirección —respondió una voz de chica que hablaba como si estuviera corriendo—. Está a punto de llegar alguien a la oficina con un supuesto dedo amputado. Voy para allí a recogerlo, nos encargamos nosotros.

La rubia malhablada no pudo evitar echar la vista al teléfono para fijarse en el número de teléfono que la estaba llamando.

—Pero esto es un tema de Seguridad, tendré que abrir una incidencia —dijo la verdulera volviendo a examinar el dedo.

—Como quieras, yo llego en dos minutos. El tema es delicado y Dirección quiere llevarlo directamente, además ni siquiera tenemos claro si es un dedo de verdad o es alguien que quiere sus quince minutos de fama.

—Entonces, si creen que es un *fake,* ¿para qué lo quiere Dirección? —preguntó la rubia mirando al altavoz.

La joven tardó unos segundos en contestar.

—… Mira, a mí me da igual, yo solo vengo a recoger el dedo…

—Ok —contestó la malhablada antes de colgar.

—Nos vamos a comisaría. No pienso ser cómplice de esta panda de impresentables —dijo ella mientras recogía su bolso y su paquete de chicles.

—¿Y yo la debo acompañar por…? —preguntó el señor Salvador con todas las pruebas de nuevo en los brazos.

—Tú lo has encontrado y sabrás responder a las preguntas

mejor que yo. No me digas que no tienes ganas de saber de dónde ha salido. ¡Joder! Puede que tengamos a un asesino en la empresa y lo único que quieren los de arriba es dar buena imagen —contestó ella.

Ya en el ascensor, el señor Salvador tomó la determinación de ayudar a la verdulera que unas horas antes habían enchufado delante de las narices de Ana; en aquel momento, era la única persona que le estaba pidiendo hacer algo coherente con aquel miembro amputado. Y, al fin y al cabo, la malhablada era del Departamento de Seguridad.

—Por cierto, yo soy Salvador —dijo al salir del ascensor.

—Aquí todos me llaman Sallada —dijo ella antes de que una joven trajeada y estirada con pintas de tener una escoba introducida en el trasero la abordara en la entrada del edificio siguiendo las indicaciones del recepcionista.

—¿Sallada? Hola, acabamos de hablar, vengo de Dirección. Me han dicho que tienes un paquete para mí —dijo bajando la voz, ignorando al señor trajeado que tenía a su lado con un táper bajo el brazo y pintas de necesitar una siesta y un Sintrom.

—Aquí no han dejado nada, podemos subir y tomar un café mientras esperamos —dijo mientras observaba como el señor Salvador hacía una pequeña reverencia para despedirse y abandonaba el edificio con disimulo en busca de sus quince minutos de fama.

XII

—¿Dígame?

—¿Salvador? ¿Dónde estás? —preguntó Ana.

—De camino a casa —respondió él.

—Y te has llevado el tarro —afirmó Ana.

—Sí, se lo dejó Ernesto en la mesa y decidí llevarlo a Seguridad. Te dejé una nota.

—No se lo había olvidado, lo había dejado encima de la mesa para que lo vinieran a recoger los de Marketing —contestó Ana.

—¿Los de Marketing? ¿Y esos para qué quieren el dedo? —preguntó él haciéndose el sorprendido.

—No tengo ni idea, pero ha venido a buscarlo una chica de Dirección y cuando le he dicho que te lo habías llevado se ha puesto como una moto. Y ahora me acaba de llamar, se ve que te está esperando en el Departamento de Seguridad…

—Mira, Ana… —dijo el señor Salvador—, al final he decidido llevarlo a comisaría.

—A mí como si te lo quieres llevar a casa, solo te traslado que la señora está un poco mosca. ¿Quieres que le diga algo si vuelve a llamar?

—Dile que me han robado la cartera en el vagón, que si también se ocupan de eso.

—Mejor le digo que tu jornada laboral ya ha terminado.

—Ana, eres un sol.

—Lo sé —contestó ella antes de colgar.

Si el regreso a casa caminando fue largo para el señor Salvador, más larga resultó ser la noche. No pudo pegar ojo. Había guardado un táper con un dedo amputado en la nevera detrás de una cerveza de importación y un par de yogures de soja para que su mujer no lo encontrara. Tampoco le dejó dormir la amarga sensación de sentirse un hombre con prejuicios anticuado al descubrir que Sallada, la persona que le había recomendado el sindicalista del enorme tupé y su amigo el inspector, la persona con más valor y coherente que había conocido en la empresa, se trataba de una mujer y no de un hombre con pelo en el pecho. Y, sin embargo, no le cuadraba que una expolicía estuviera perdiendo el tiempo en aquella empresa y tampoco entendía por qué no le había plantado cara a la chica de Dirección si tenía las ideas tan claras. Quizás fue por ese motivo por el que decidió no llevar el dedo a los Mossos y consultarlo con la almohada. Por eso y porque cuando pasó por la comisaría, vio que no era el único al que le habían robado la cartera, el reloj o las maletas con agresiones incluidas. Y el de la puerta de la comisaría le dijo que las urgencias tenían dos horas de espera y el doble los robos habituales. La pandemia había hecho mucho daño al turismo y los ladrones estaban caninos. Y ya en casa tampoco le ayudó a conciliar el sueño tener que esperar a que su mujer se durmiera para practicarle al dedo un test de drogas a escondidas.

Cuando llegó la mañana del martes, el señor Salvador estaba en la cocina mirando los resultados del test de drogas.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó la mujer del señor

Salvador al entrar en la cocina—. Pensaba que ya te habías ido a trabajar.

—Tengo que pasar por la comisaría para poner la denuncia por la cartera —dijo el señor Salvador escondiéndose el resultado del test en bolsillo del pijama—. ¿No desayunas?

—Llego tarde, me llevo algo y me lo como en el despacho —contestó la mujer del señor Salvador mientras se quedaba mirando con una sonrisa el interior de la nevera.

Durante unos segundos al señor Salvador se le aceleró el pulso pensando que su mujer podía descubrir el táper. Se quedó esperando en silencio sin saber cómo podía reaccionar si se topaba con el dedo. Quizás querría tirar el táper y comprar otro, incluso cambiar de nevera y de marido.

—¿Qué hay en este táper? Es tuyo, ¿verdad? —preguntó ella mientras abría un poco la tapa para ver su contenido.

Fue abrir tan solo un poco el táper y un olor a carne podrida salió del interior del recipiente embriagando la cocina.

—¡Qué asco, Martín! ¡Esto está pasado! —exclamó ella mientras vertía sin mirar en la basura el interior del recipiente.

—Perdona… se me olvidó… —contestó mientras se acercaba a la basura.

—Ya la tiro yo; tú pon a lavar el táper —dijo su mujer.

—No, no, tú vete a trabajar; ya me encargo yo. Tengo tiempo de sobra.

—Uy, ¿qué te pasa? Qué servicial estás. ¿Qué habrás hecho? —preguntó en broma su mujer mientras cerraba la tapa de la basura—.

Toda tuya, pero no te la olvides.

—Tranquila, soy tu hombre.

—¡Mi hombre, mi hombre! —dijo la mujer del señor Salvador mientras sacaba un par de yogures de la nevera y los guardaba en su bolso—. Esta tarde vas a jugar con las espadas. ¿Verdad? Aprovecharé para ir a pilates.

—Se llama esgrima antigua.

—Tú sí que eres antiguo, del Renacimiento…

Cuando el señor Salvador se quedó solo en casa, rescató el dedo con ayuda de un pedazo de papel de cocina y lo lavó con mucho cuidado. Cuando terminó de limpiar la prueba del crimen, respiró aliviado.

—Con lo que tú has sido… —le increpó el señor Salvador al tipo que, en pijama y reflejado en la ventana de la cocina, le miraba con ojeras, despeinado y con un dedo descomponiéndose en las manos.

No pudo decirse nada más porque sonó el teléfono fijo.

—¿Martín?

—¿Inspector?

—Joder, Martín, por fin te encuentro… Tienes el móvil apagado desde ayer…

—Lo desconecté porque no quería que me localizaran los del trabajo. Y el fijo me lo acaban de instalar, pero ya veo que lo has podido conseguir… ¿Pasa algo?

—Sí, claro, la huella que me enviaste está en la base de datos.

—¡Qué rapidez!

—Cinco minutos tardó el ordenador en encontrar un candidato. ¿De dónde la has sacado?

—De un dedo.

—Qué cachondo eres, Martín. No tengo identificado al dueño, pero la huella pertenece a un posible depredador sexual… ¿Podemos vernos? ¿Hola?

—Sí, sí, claro… ¿Cuándo?

—Ya.

XIII

Cerca de la comisaría de la Policía Nacional de la calle Balmes, donde se tramitan los pasaportes y las licencias de detective, existe un pequeño bar anclado en los años ochenta. Por mucho sol que entre por las cristaleras, el bar siempre está en la penumbra y, por mucho que el dueño pase el trapo, sus mesas siempre conservan un color marrón triste y apagado. La combinación perfecta para ahuyentar a los clientes. El lugar ideal para pasar inadvertido o para negociar con información confidencial. El sitio perfecto para poner un táper sobre la mesa.

—¿Otra vez aquí, jefe? —preguntó el único gallego de Barcelona que no había traspasado el negocio a un inmigrante oriental.

El inspector saludó levantando la barbilla.

—¿Algo de beber para acompañar el desayuno? —preguntó el Gallego refiriéndose al táper que el señor Salvador custodiaba bajo el brazo.

—Un agua y un pincho de tortilla, por favor —contestó el señor Salvador contemplando las tapas que sobre la barra se podían ver tras una pequeña mampara de cristal.

—Otro pincho y una caña —replicó el inspector.

Una vez sentados en la mesa más alejada de la puerta, de la televisión y de la máquina tragaperras precintada por el covid, el señor Salvador dejó a sus pies una bolsa de plástico del supermercado

con los sobres de pruebas y puso el táper encima de la mesa.

—¿Y has sacado la huella de esto? —preguntó el inspector entreabriendo la tapa de plástico—. Parece de todo menos un dedo… No me puedo creer que de aquí hayas podido sacar una huella y… ¿un positivo en cocaína? ¿Cómo se te ocurrió hacerle la prueba? —preguntó el inspector mientras se quitaba la mascarilla.

—Aquí tenéis los pinchos y la bebida —interrumpió el Gallego dejando los platillos sobre la mesa.

—¿Y dices que la huella pertenece a un violador? —preguntó el señor Salvador en voz baja cuando se quedaron solos.

—Seis agresiones sexuales, dos consumadas. Una en Madrid, dos en Menorca y el resto aquí en Barcelona… La Científica consiguió sacar ADN de las dos violaciones y varias huellas de alguna de las agresiones… y, por las declaraciones de los testigos, siempre tuvieron la teoría de que se trataba del mismo tipo, y ahora con esto… los de la Judicial están revolucionados…

—Pues ya tenéis el dedo. ¿Y ahora, qué? —preguntó el señor Salvador.

—Ahora tenemos la certeza de que hay un depredador sexual sin dedo pululando por los pasillos de tu empresa. Si por mí fuera, buscaría a la persona que se lo ha cortado y le pondría una medalla —contestó el inspector antes de llevarse un trozo de tortilla a la boca.

—Puede que le hayan cortado más cosas —dijo el señor Salvador.

—La minga y los huevos, espero —replicó el inspector con la boca llena.

—Esta tortilla para ser de cebolla no está nada mal —comentó el señor Salvador mientras encendía su móvil.

—El Gallego es un poco guarrete, pero sus tapas son espectaculares —dijo el inspector mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

El señor Salvador no dijo nada; estaba concentrado en su móvil.

—¿Algo importante? —preguntó el inspector.

—Es que esperaba muchos mensajes y llamadas perdidas preguntando por el dedo. Y no he recibido nada, ni un solo mensaje. Ni siquiera para cotillear.

—Qué raro, quizás no quieren airearlo, por el tema de la mala publicidad, ya sabes, o tal vez estén encubriendo algo. Hablaré con la jueza que lleva la investigación del depredador por si quiere enviar a la Científica para peinar la estación…, aunque teniendo en cuenta que la cadena de custodia de este dedo nos la tumbaría hasta un abogado de oficio recién salido de la universidad, yo preferiría seguirles el juego del silencio y no levantar la liebre, no sea que nuestro «amigo» ponga tierra de por medio…

—Mejor, allí algunos se ponen tensos si no se siguen los protocolos…, y yo me los he saltado todos, y tampoco creo que a los directivos les haga mucha gracia una brigada de la Científica en las oficinas.

—No te preocupes por eso, tú lo que tienes que hacer es tener los ojos abiertos. Ya sabes, busca gente sin dedos, muertos y cositas así, como en los viejos tiempos —dijo el inspector.

—Te recuerdo que yo en los viejos tiempos solo llevaba temas

administrativos en las embajadas… —dijo el señor Salvador mirando con recelo a su alrededor—, además no creo que en el trabajo me dejen investigar mucho.

—Sí, claro, administrativos, qué cachondo —contestó el inspector entre risas—. Tú, si te tocan los huevos, señor administrativo, diles que llamen a este teléfono —dijo, anotando un número en una servilleta—. Es el teléfono privado de la jueza que lleva el caso del depredador sexual. Que los directivos le expliquen a ella eso de los protocolos que me has comentado y ella les meterá el código penal por el culo. Y, por ahora, mientras no aparezca la Científica, silencio total, no queremos espantar al violador. Después llamaré a Sallada para ponerla al día.

—¿Café? —preguntó el señor Salvador llamando la atención del camarero.

—No, pide la cuenta, mejor nos lo tomamos en la máquina de la comisaría. El de aquí está malísimo…

—Oye, por cierto, ¿Sallada qué hace trabajando en mi empresa?

—Hace unos años tuvo que dejar el cuerpo para que le dejaran en paz los de Asuntos Internos.

—¿Trapicheos?

—No, su cuñado… Tenía la mano muy larga con su hermana y con sus sobrinos.

—¿Y ella tiró de placa?

—Más bien de pistola. Le pegó una paliza y cuando estaba medio muerto en el suelo le metió el cañón de la pipa en la boca… Su

compañero la detuvo cuando el pobre diablo se estaba ahogando con su propia sangre… Sallada los tiene bien puestos, te puedes fiar de ella…. Venga, vamos a comisaría para meter esto en una bolsa de pruebas decente y hacemos un informe…

—Como en los viejos tiempos —dijo el señor Salvador.

—Y de paso que te tramiten la denuncia de la cartera… que, por cierto…, manda huevos que a ti te roben la cartera, con lo que tú has sido, Martín…

—Será que estoy mayor ya…

XIV

El señor Salvador decidió tomar un taxi con las ventanillas abiertas para ganar tiempo y ahorrarse los virus y las bacterias del transporte subterráneo. Pero el viaje resultó ser más lento de lo que esperaba porque en la carretera de Miramar, famosa por sus vistas de anuncio y su curva cerrada, al parecer, una moto se había despeñado colina abajo y tuvieron que esperar a que la grúa, que ocupaba parte de la carretera, terminara su trabajo para poder continuar su camino. Así que no se contagió de virus, pero tampoco ganó tiempo. Lo que tampoco se ahorró fue el runrún en la cabeza preguntándose lo que le esperaba al llegar al trabajo. Llegaba tarde, pero tenía una excusa y, como prueba, una denuncia por el robo de la cartera. No tenía miedo a ninguna reprimenda de Ernesto *el Vikingo*, ni tampoco a las represalias del Departamento de Marketing. Lo que le inquietaba era la posibilidad de tener a un violador en serie como compañero o de tropezarse con un cadáver escondido en algún armario. Sin embargo, cuando llegó al trabajo, el pelirrojo no tenía el cuerpo para echar la bronca a ningún subalterno porque estaba ocupado con Ana y una tal Sallada inspeccionando la puerta de la vieja estación.

—Intentaron reventar la cerradura… —dijo Sallada señalando con la barbilla un martillo y varios destornilladores esparcidos por el suelo—, aficionados, seguro que está todo lleno de huellas —continuó diciendo mientras se quitaba el polvo de las manos—. Me imagino que registraron las mesas de las oficinas buscando la llave, pero no la

encontraron y decidieron romper la cerradura —dijo mirando hacia las puertas del pasillo—, y el taller de los mecánicos siempre está abierto, ¿verdad? De allí sacarían las herramientas —dijo incorporándose—. Vamos, que el que hizo esto conocía la instalación —concluyó mientras se sacaba un chicle del bolsillo.

—¡Coño, Salvador! ¿Te llevaste la llave de la puerta? —preguntó Ernesto al verlo.

El señor Salvador arqueó las cejas. Con tanto ajetreo dedo arriba tarro abajo, se había olvidado de la llave de la estación fantasma. Por suerte, se había cambiado de ropa interior y de camisa, pero no de traje.

—¿Hemos tenido visita? —preguntó el señor Salvador mientras le devolvía la llave a Ana.

—Creemos que esta noche intentaron acceder a la estación abandonada —aclaró Sallada prestando atención al táper que el señor Salvador llevaba debajo del brazo.

—Y, si no hubiéramos cerrado la puerta con llave, ni nos enteramos. ¡Manda huevos! —dijo Ernesto—. Por cierto, ¿conoces a Sallada? Viene del Departamento de Seguridad para investigar.

—Esto debe estar relacionado con el dedo —afirmó el señor Salvador mientras saludaba a Sallada con el codo.

—Mira que eres cabezota. Además, no me hiciste ni puto caso y te llevaste el puto dedo —dijo Ernesto negando con la cabeza.

—Pensé que se lo había olvidado y lo llevé a la Policía. —Se excusó el señor Salvador sin querer decir toda la verdad.

—Manda huevos —bramó Ernesto.

—Con dos cojones —dijo Sallada.

—¿Y yo? ¿Tengo que decir algún taco? —preguntó Ana arqueando las cejas.

—¿Y qué te han dicho en comisaría? —preguntó Ernesto

—Me han dicho que van a enviar a un equipo de la Científica —contestó el señor Salvador con sorna.

—Menos coñas, que lo que hiciste ayer es motivo de sanción —dijo Ernesto tomándoselo en broma.

—¿Una sanción? —interrumpió Gabriel apareciendo por arte de magia.

—Éramos pocos y llegó el sindicalista —bramó Ernesto.

—Ya ves, siempre preparado para luchar por los derechos de mis camaradas —dijo Gabriel atusándose el tupé.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No tenías hora en la peluquería? —preguntó Ernesto entre risas.

—Me han comentado que habían robado en las oficinas y los compañeros están preocupados —dijo mientras le guiñaba el ojo a Ana.

—¿Qué compañeros? ¡Si están todos de teletrabajo! —dijo Ernesto.

—Pues aquí hay uno al que quieren sancionar. Y les recuerdo que no se puede sancionar a un empleado sin los pertinentes avisos por escrito y que se debe informar al representante de los trabajadores…. Que, como ya sabéis, soy yo —dijo Gabriel con una sonrisa.

—Al parecer, me salté los protocolos al llevar el dedo a la

Policía en lugar de habérselo entregado a los de Marketing —dijo el señor Salvador.

—¿Los de Marketing? —preguntó Gabriel—. Hijos de puta, seguro que fue un accidente laboral y quieren encubrirlo…

—¿A los de Marketing los insultas y a mí me hablas de usted? —preguntó Ernesto sorprendido.

—Es que a ti te respeto —contestó el sindicalista.

—¡Anda, calla! —Ernesto cortó la conversación y continuó hablando del caso de robo—. Entonces, si las alarmas no saltaron, es que entró por la puerta del personal de Mantenimiento con una llave general —comentó Ernesto.

—Un empleado en busca del dedo perdido —dijo el señor Salvador.

—Pero el dedo ya no está aquí —apuntó Ana.

—Pero el ladrón no lo sabe. O quizás buscaba otra cosa —dijo Sallada.

—¿Y no tenemos cámaras de seguridad? —preguntó Ana.

—En las del exterior solo se ven empleados de aquí y externos, muchos irreconocibles, con gorra o casco de moto, mascarillas… Será difícil sacar algo… —respondió Sallada.

—¿Y dentro de las oficinas? —preguntó el señor Salvador.

—Dentro de las oficinas no hay cámaras… —respondió Sallada.

—¡Menuda seguridad! Para que venga un terrorista y nos mate a todos —dijo Gabriel buscando calentar a Sallada.

—Te crees tú que el terrorista cuando vea la cámara se va a volver a su casa —increpó Sallada—, además intentamos colocarlas

hace unos meses y tus amiguitos del sindicato nos sacaron la ley de protección de datos y nos dieron la brasa con el tema de la privacidad… y al final se tuvo que detener la instalación…

—Como debe ser —dijo el orgulloso sindicalista.

—Yo pondría cámaras ocultas; seguro que vuelve… —dijo el señor Salvador.

—Espiar a los trabajadores, eso está muy feo y además es ilegal —se quejó el sindicalista negando con la cabeza.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Sallada a Ernesto desoyendo al sindicalista.

—¿Estamos locos? ¿Qué hay de nuestras libertades? ¿De nuestros derechos? ¡Hoy son las cámaras y mañana el estado policial!

Ernesto contestó a Sallada haciendo caso omiso también a su amigo el del tupé infinito.

—Es un poco precipitado —contestó Ernesto—. Además, aunque lo autoricen los de arriba, que lo dudo, hay que ponerse en contacto con un profesional para que lo instale todo.

—¡Nah! Eso te lo instalo yo en un periquete —dijo Sallada—, pero el problema no es ese, nos hace falta también una autorización judicial o una denuncia…

—Pues yo tengo por aquí el teléfono de una jueza que seguro que la conformidad de los directivos le trae sin cuidado —dijo el señor Salvador buscando el número en sus bolsillos.

—¡Que os voy a denunciar! Vais contra los derechos de los trabajadores. No puedo aceptarlo —increpó el sindicalista.

El señor Salvador puso la mano sobre el hombro de Gabriel.

—¿Y qué hay de los derechos del dueño del dedo? ¿Y si ha muerto alguien? ¿Y si los directivos están encubriendo un asesinato?

Gabriel, se quedó mirando a un punto indefinido de la puerta y, después de pensárselo unos segundos, contestó:

—Está bien, pero cualquier otra cosa que no tenga que ver con el dedo, en ningún caso se podrá utilizar en contra de los trabajadores. Todo lo que no se refiera al dedo se eliminará. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

—Y otra cosa. Yo nunca he estado en esta reunión —concluyó el sindicalista

—Qué cachondo, eso es lo que yo quería, que te hubieras marchado nada más llegar —contestó Ernesto.

XV

Los pormenores de la instalación de las cámaras espía se trataron a puerta cerrada. Gabriel el sindicalista, avergonzado, prefirió no ser partícipe de la Operación Dedo. Ana tenía mucho trabajo pendiente y la reunión no le habría servido para nada, como muchas otras, aunque aquella historia le había parecido entretenida. El señor Salvador se hubiera quedado con gusto para recordar viejos tiempos, pero Ernesto lo mandó al carajo junto a su amigo el sindicalista con una carcajada y se quedó a solas con Sallada y un montón de tacos para repartirse.

—Muchas gracias por echarme un capote con Ernesto —dijo el señor Salvador delante de la máquina de café.

—Lo que haga falta para tocarle las pelotas a Ernesto… ¿Cortado?

—Café solo. Pensaba que te caía bien.

—Ernesto es un tipo serio en el trabajo y nos llevamos bien, hay confianza… ¿Azúcar?

—No, gracias. Bueno, cuando necesites ayuda, ya sabes, aquí me tienes —dijo el señor Salvador.

—Ahora que lo dices. ¿Haces algo esta tarde, compañero? —preguntó Gabriel con retintín.

—Tengo *entreno* de esgrima, pero puedo ir por la noche…

—¿Esgrima? No te veo yo con unas mallas blancas.

—Es esgrima antigua, vestimos la típica chaqueta blanca, pero llevamos pantalones de chándal, somos más informales, pero es más

divertido.

—Eso quiero verlo algún día. ¿Pero puedo contar contigo esta tarde?

—¿Qué necesitas?

—Que vengas a una reunión a la sede del sindicato y cada vez que te mire me digas que no.

—¿Y ya está? ¿No será una treta para afiliarme al sindicato?

—Para nada; eres un caso perdido. ¿Cuento contigo?

—No faltaba más —contestó el señor Salvador.

Después de intercambiar algunos datos, como la dirección del sindicato o las técnicas centenarias de la esgrima antigua, Gabriel se marchó en busca de aventuras sindicales o de una peluquería y el señor Salvador se sentó a su mesa para trabajar un poco y de paso hablar a solas con Sallada en cuanto tuviera la ocasión, pero no lo consiguió. Cuando ella salió de la oficina, Ernesto la acompañaba intercambiando tacos y exabruptos y prefirió no interrumpir aquella exquisita conversación. Horas más tarde, cuando la llamó por teléfono, no consiguió localizarla y tampoco le contestó a los correos electrónicos que le envío. Pensó que quizás ya estaba preparando el equipo de vigilancia para instalarlo con nocturnidad y alevosía y no quiso molestarla más. También llamó a su amigo el inspector, pero tan solo pudo ver en su pantalla líquida antediluviana una llamada rechazada y un mensaje de su amigo que decía: *ya he hablado con Sallada, buena caza*.

Así que, viendo que el caso del dedo estaba en las manos adecuadas, el señor Salvador respiró aliviado. Fue entonces cuando

recordó que todavía era martes. No hacía ni dos días que había aparecido el dichoso dedo y tenía la sensación de que llevaba dos meses con el táper debajo del brazo. Y todavía no había terminado el día. Tenía que finalizar su jornada laboral, pasar por casa, recoger su espada, reunirse con Gabriel en el sindicato y desde allí al club de esgrima. Y así lo hizo. Llegó puntual como un reloj a la reunión, pero al llegar a la puerta del edificio sindical del barrio de Gracia ya se estaba arrepintiendo de haberse ofrecido voluntario en aquella aventura.

«Por un dedo, aquí me veo», pensó el señor Salvador rodeado de sindicalistas hiperventilados en la sede de la federación de Barcelona. Él, que siempre fue un hombre de honor, con un sentido del deber exacerbado, defensor férreo de la meritocracia y de la cultura del esfuerzo, de repente se encontraba en la entrada de un edificio lleno de sindicalistas que, según su parecer, no se habían hecho el nudo de la corbata ni siquiera para asistir a su propia boda.

No eran muchos, no más de una docena de sindicalistas. Esperaban a la puerta de la sede sindical para entrar en sus respectivos cursos de formación y reuniones sindicales. Y todos se callaron en cuanto el señor Salvador pasó entre ellos directo a la recepción. Y lo hizo con decisión, con la cabeza bien alta. Con su traje, su chaleco, su corbata, su afeitado perfecto y la funda de su espada cargada al hombro. Cualquier entendido hubiera sabido que aquel cilindro era uno de los pocos tubos extensibles preparados para transportar una réplica exacta de una espada ropera del siglo XVII, sin filo para no rebanar a nadie, pero del mismo peso y flexibilidad que aquella arma

mortífera digna de un soldado viejo de los tercios de Flandes. Pero, para aquellos sindicalistas, el señor Salvador tenía pinta de ser un arquitecto o, mucho peor, un directivo al que echarle el ojo o rayarle el coche. Y. segundos después de un prejuicioso e incómodo silencio, Gabriel apareció por las escaleras.

—Salvador, ya estás aquí; vamos, la reunión empezará enseguida.

—Me empezaba a sentir un poco incómodo allí abajo —dijo el señor Salvador mientras seguía a Gabriel por las escaleras.

—Es que por aquí los únicos que vienen con traje son de dirección y solo vienen cuando hay algo gordo.

—Si lo llego a saber, me pongo un chándal… —comentó el señor Salvador.

—Para nada, esta reunión necesita de tu porte y de tu estilo…

—¿Tengo que decir algo en especial?

—Sé tú mismo… —contestó Gabriel.

XVI

—Perdón, pero… ¿usted quién es? —preguntó la jefa del proyecto.

Los pocos asistentes interesados en el patrimonio histórico subterráneo de la ciudad clavaron los ojos en la nuca del señor Salvador. También lo observó con atención el arquitecto, que, sentado a la mesa principal junto a la jefa del proyecto, aguardaba la respuesta del señor del traje y el enorme tubo portaplanos. Incluso la elegante joven que acompañaba a los representantes sentía curiosidad por saber quién era. No como la tarde anterior, cuando le ignoró en el Departamento de Seguridad al abordar a Sallada para hacerse con el dedo. El señor Salvador la recordaba sin duda alguna, igual de estirada, indignantemente joven, con la misma escoba introducida en el recto y la misma mirada de prepotencia.

Gabriel el sindicalista, con una sonrisa divertida en la cara, asintió e invitó al señor Salvador a contestar a la pregunta de la jefa del proyecto.

¿Quién era él? Aquella era una excelente pregunta, ya que, desde que el señor Salvador se había incorporado a la reunión, con su traje, su porte, su estilo y un enorme tubo de plástico negro, se había limitado a negar con la cabeza cada vez que Gabriel lo miraba. Y el señor Salvador, que ya estaba acostumbrado a conversaciones complicadas, se quedó unos segundos callado dilatando aquel silencio incómodo para contestar después con total sinceridad.

—Soy Salvador. Me ha invitado el compañero para hacer el

paripé. Para que ustedes crean que lo tenemos todo controlado… y aquí —dijo dando golpecitos al tubo de plástico—, en lugar de los planos de la estación de Montjuïc, lo que tengo es una réplica de una espada ropera del siglo XVII.

Gabriel se llevó los dedos a la frente y resopló. Y cuando cesaron las risas de los pocos interesados que hacían de público, de nuevo se hizo el silencio cuando los representantes de la empresa se quedaron descolocados sin saber si aquel señor les estaba tomando el pelo o les estaba diciendo la pura verdad.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó la joven con prepotencia buscando un papel en el que anotar su nombre.

—Martín Salvador Casanova… Apunte, apunte… ¿Y usted es?

—Soy Carlota López…

—Encantado de conocerla.

—Y ahora que nos conocemos todos, volvamos al tema —dijo Gabriel antes de comenzar su discurso ensayado—. La antigua estación es patrimonio histórico de Barcelona desde 1929. Tiene una de las primeras escaleras mecánicas del país y ustedes quieren tirarlo todo abajo y montar allí un chiringuito para los directivos.

—No creo yo que una sala de conferencias, nuevos vestuarios y una habitación para la lactancia sean un sinónimo de *chiringuito*. Además, creo que también se ha detectado amianto en las escaleras y es un peligro para los empleados —explicó el arquitecto.

—¿Amianto? Pero si allí los únicos que suben son los que se escaquean para fumar, que seguro que antes se mueren de cáncer de pulmón. Llevan años ocultando lo del amianto; hay secciones en

funcionamiento que son mucho más peligrosas y ahora quieren gastarse el dinero en una estación abandonada —soltó el sindicalista sin miramientos—. Hay más sitios para construir, tienen otras opciones…

—Pero el coste se doblaría, estamos saliendo de una pandemia y en plena recesión y no podemos permitirnos el lujo de gastar más dinero de los contribuyentes —replicó la jefa del proyecto.

—Si continúan adelante, denunciaremos y pararán las obras hasta que todo se aclare. Entonces sí que van a perder dinero del contribuyente —contestó Gabriel.

Y mientras hablaban y discutían sobre el futuro incierto de la estación abandonada, el Señor Salvador se deleitó viendo las caras de los representantes de la empresa que poco a poco iban perdiendo los papeles frente a un sindicalista que no sabía nada de patrimonio histórico, pero tenía muchas horas de vuelo cabreando a directivos y representantes de la empresa.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó el arquitecto al ver que aquella reunión no iba a ninguna parte.

—No tengo ni idea, los compañeros de la Asociación de Patrimonio Histórico —dijo Gabriel señalando a los asistentes que tenía detrás— les comentaron por escrito que no tenían intención alguna de negociar en lo referente a la estación de Montjuïc. Son ustedes los que nos han hecho venir para no decir nada nuevo.

—Nosotros tampoco os hemos convocado —contestó la jefa del proyecto.

—Entonces, ¿quién ha convocado esta reunión? —preguntó

Gabriel.

—El Departamento de Marketing… —contestó el señor Salvador mirando a la joven—. ¿Verdad?

—El Departamento de Marketing convocó esta reunión con el fin de desencallar estas obras —contestó la joven sin mirar a nadie a los ojos—. Un acuerdo entre ambas partes, sin dañar la estación, sería beneficioso para la imagen para la empresa. Ganan los empleados, el patrimonio histórico, la ciudad… *Win, win* —explicó con condescendencia antes de beber un poco de agua.

—¿Y no tendrá algo que ver con el dedo que hemos encontrado? —preguntó el señor Salvador con naturalidad.

Gabriel arqueó las cejas y la mujer expulsó el agua de la boca como si fuera un aspersor.

—¿Un qué? —preguntó la jefa del proyecto.

—Un dedo, un miembro amputado —aclaró el señor Salvador ante la mirada divertida de Gabriel—. Lo encontramos a las puertas de la estación abandonada…

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó la jefa del proyecto.

—Pues pregunte usted aquí a su compañera, que tenía más interés en llevarse el dedo a su departamento que a la comisaría —dijo el señor Salvador sin miramientos.

—El Departamento de Marketing siempre actuará ante cualquier contratiempo que pueda dañar la imagen y, por ende, hacernos perder posibles clientes… —contestó la joven cuando recuperó la compostura.

—¿Un contratiempo? Estamos hablando de que a alguien le han

cortado un dedo y ustedes hablan de perder clientes —dijo Gabriel saltando de su silla como un resorte.

—Está visto que no quieren llegar a ningún acuerdo. Creo que la reunión ha finalizado… —dijo la joven recogiendo sus cosas con prisas…

—Se deja usted el papel con mi nombre; no se lo olvide… —dijo el señor Salvador con una sonrisa mientras ella se guardaba indignada el papel en el bolsillo de su americana.

XVII

El señor Salvador disfrutaba de los pequeños placeres de la vida. Un buen desayuno con la prensa del día. Un paseo por la playa con su mujer antes de degustar una buena paella. Una partida de cartas con el inspector. Dormir toda la noche sin levantarse para ir al lavabo. La llamada de su hija de todos los domingos. No tener que mirar debajo del coche antes de arrancarlo y, por encima de todo, sus entrenamientos de esgrima antigua.

Pasadas las diez de la noche no solía quedar mucha gente en aquella nave industrial del barrio de Poblenou. Sin embargo, aquella era una ocasión especial en el peculiar gimnasio. Los socios que se habían quedado para ver el espectáculo habían enfundado sus espadas, mandobles, floretes y dagas para sentarse en el suelo rodeando a los duelistas. Los más jóvenes, para variar, en lugar de hacerse *selfies,* enfocaban a los espadachines con la intención de inmortalizar el duelo y colgarlo en sus redes sociales. Los más veteranos comentaban la jugada y aplaudían cuando los duelistas se tomaban un descanso y retomaban sus posiciones iniciales.

No todos los días se batían en duelo los mejores espadachines del club. El maestro de esgrima y un tal Martín Salvador. Dos duelistas que, aunque ya estaban entrados en años, se movían por la sala como si fuera una coreografía ensayada. Las espadas zumbaban en el aire. El chocar de los aceros resonaba una y otra vez por todos los rincones de la nave industrial. El profesor de esgrima se enfrentaba a un digno

rival capaz de ponerlo entre la espada y la pared. En aquel arte marcial no solo se luchaba en línea recta como en la esgrima olímpica. En la esgrima antigua se enfrentaban siguiendo los tratados de armas blancas de épocas pasadas y de cualquier manual centenario que cayera en manos de los socios. Si bien a simple vista las chaquetillas de esgrima y las caretas de protección eran las mismas, los movimientos eran distintos, eran libres. Caminar en círculo, giros inesperados, empujar al adversario, incluso inmovilizar la espada del oponente con ayuda de la mano enguantada. Aquellas eran algunas de las técnicas habituales que, si bien no parecían muy ortodoxas, siglos atrás significaban la diferencia entre la vida y la muerte en un duelo al alba, en una batalla en Flandes o en una escaramuza en un callejón oscuro.

La mejor defensa era un buen ataque. Aquella era una premisa básica de los viejos tratados. Levantar el acero por encima de los hombros y atacar de arriba abajo con fuerza y celeridad. Directo a la cabeza del oponente. Y aquella era la estrategia que utilizaba el maestro de esgrima cuando el señor Salvador lo ponía en un compromiso. Y cada vez que lo hacía, el señor Salvador daba un paso atrás para detener el golpe. Sin embargo, después de un largo y último asalto, perdió la paciencia, y, cuando el maestro levantó la espada, el señor Salvador se lanzó y tiró de acero directo a la máscara del maestro.

No llegó a tiempo. El maestro le golpeó antes con su acero en la cabeza y se la hubiera partido como un melón si la espada hubiese tenido filo y si el señor Salvador no hubiera llevado puesta la careta

de protección.

Punto para el maestro. Murmullos en la sala, aplausos para los contrincantes.

—¿Qué te pasa, Martín? ¿Dónde estás? —dijo el espadachín mientras volvía al centro del gimnasio.

El maestro tenía razón; el señor Salvador no estaba allí, la cabeza seguía en la reunión de patrimonio histórico.

—Pensé que me daba tiempo… —dijo el señor Salvador.

—Te ha perdido la impaciencia… Concéntrate, respira y fluye.

Su compañero y maestro, un poco más joven y experimentado en el noble arte de la espada era todavía más certero con sus palabras. Se había precipitado con aquel ataque, igual que en la reunión de patrimonio histórico. No debería haber mostrado sus cartas. Aquella joven prepotente que no se había preocupado por su existencia ahora estaba prevenida y si tenía algo que ver con el dedo ya estaría un paso por delante de la investigación. Debía concentrarse y no impacientarse. Debía estudiar a su oponente. Investigar a aquella mujer, descubrir sus puntos débiles, su motivación y su implicación en el caso antes de volver a enfrentarse a ella. Concentrarse, respirar y fluir.

—En guardia —dijo el maestro.

—En guardia —dijo el señor Salvador saludando con su espada.

El silencio volvió a ser el protagonista de aquella nave industrial. Y justo en ese momento, cuando la calma precedía a la tempestad, cuando el señor Salvador había conseguido despejar de la mente la cara de aquella prepotente mujer, un ruido rompió la magia

del encuentro. Primero fue un zumbido lejano y, después, una melodía de móvil inconfundible y anticuada. Aquel ruido desconcentró a los contrincantes y al resto de espectadores que se giraron para mirar las taquillas del gimnasio.

—Es mi móvil —dijo el señor Salvador—. Es tarde y mi señora se debe estar impacientando…

—No te preocupes, lo dejamos en tablas… —dijo el maestro quitándose la máscara.

—Podemos continuar el sábado —dijo el señor Salvador dirigiéndose a la taquilla junto a algunos de los socios.

—Imposible, tengo que rodar una escena para la nueva temporada de *Ministerio del tiempo*… ¿Quieres venir? Vamos faltos de extras… —comentó el maestro mientras le acompañaba a las taquillas.

—No, gracias; es indignante tener que perder frente a patanes que no saben diferenciar entre un florete o una espada ropera.

—¿Puedes dar tú la clase entonces? —preguntó el maestro

—No faltaba más —contestó el señor Salvador mientras se quitaba los guantes de cuero para contestar al teléfono que no dejaba de sonar

—¿Dígame?

—¿Martín Salvador Casanova? —se oyó al otro lado del teléfono.

—¿Quién es?

—Mossos d`Esquadra, lo llamamos desde el hospital de la Vall d`Hebron; necesitamos que venga para identificar a la víctima de una agresión. Es urgente.

XVIII

La chica era una luchadora, se aferraba a la vida con todas sus fuerzas y, pese a todos los golpes que había recibido, pese a las fracturas y el dolor, había mantenido el puño cerrado. No abrió la mano hasta que llegó al hospital y la pusieron en la camilla, fue solo entonces cuando se dejó llevar y perdió el conocimiento.

La cara hinchada por los puñetazos, la mandíbula destrozada. Un pulmón perforado por una costilla rota. Heridas defensivas en las manos. Cortes en las plantas de los pies y arañazos en las piernas, según los expertos, por haber corrido medio desnuda y descalza por la montaña de Collserola. Se despeñó colina abajo. Lesión severa de columna y un fémur fracturado. Se la encontró una pareja que, con poca ropa y con vistas a la ciudad, aprovechaba el tiempo antes del toque de queda. La llevaron al hospital más cercano en cuanto aterrizó en el techo del coche. Pronóstico reservado. Cuando despertó, por muchos analgésicos y calmantes que le suministraron por vena, a duras penas podía dejar de llorar de dolor. Por eso los médicos decidieron inducirle el coma.

No pudo hablar para describir a su agresor, tampoco pudieron identificarla a ella. Llegó al hospital medio desnuda, sin documentación, ni objetos personales, ni tatuajes o marcas de nacimiento. Nadie había denunciado su desaparición.

Los Mossos d'Esquadra no quisieron darle mucha información al señor Salvador. Querían ver cómo reaccionaba al ver a la víctima. El

señor Salvador no se inmutó, ya tenía más de una identificación a sus espaldas, por lo general de cuerpos sin vida, pero eran otros tiempos. Antes de entrar en la UCI estaba bastante tranquilo, ya que, de camino al hospital, había llamado por teléfono a su mujer para asegurarse de que no era ella la que la esperaba al otro lado de la puerta. Su hija estaba en otro continente, así que no tenía la menor idea de quién podía ser la víctima. Tampoco la reconoció al entrar, pero se le removió un poco el estómago al ver que la muchacha podría ser su hija. Era mayor de edad, pero al señor Salvador le pareció una chiquilla al verla tan vulnerable. Estaba destrozada, irreconocible. La única pista que encontraron estaba en su mano. Se trataba de un pequeño papel arrugado manchado de sangre. También se podía ver parte del logotipo de una conocida empresa de transportes de la ciudad y tres palabras escritas a bolígrafo: Martín Salvador Casanova.

Aquella chica era Carlota López, la elegante y prepotente mediadora de la reunión de patrimonio histórico. Y, por algún extraño motivo, el señor Salvador tenía la impresión de que aquella chica estaba en la UCI por su culpa. Quizás por ese motivo se pasó toda la noche a su lado mientras los Mossos buscaban a algún pariente de la muchacha.

—Disculpe, pero en la empresa en la que usted trabaja nos han comunicado que no tienen a nadie con el nombre de Carlota López —comentó el agente más inmenso y barbudo de todo el cuerpo de los Mossos d'Esquadra.

—Me acaba de dejar usted de piedra —comentó el señor Salvador poniéndose en pie delante de la autoridad.

—¿Y dice usted que no la conocía de nada? —preguntó el agente.

—Tan solo me crucé una vez con ella en la empresa —contestó el señor Salvador.

—Pues lleva usted muchas horas aquí sentado para no conocerla de nada. ¿Dónde nos ha dicho que ha estado esta tarde? —preguntó el agente.

—Como ya le he comentado antes, después de la reunión con la señorita, fui a entrenar —dijo señalando la funda de plástico de su espada, molesto por la insinuación del agente.

—Esgrima, me comentó. ¿Puedo? —preguntó el agente refiriéndose a la funda de plástico—. Es una espada —afirmó al mirar en el interior.

«Este señor es un lince», pensó el señor Salvador.

—¿Tiene usted permiso para llevar este tipo de armas?

—Como ya le he comentado antes, me birlaron la cartera y con ella el DNI y el permiso para transportarla.

—¿Y suele ir con esta espada a todos los lados? —preguntó el agente.

—Solo para ir a entrenar; por lo general, este tipo de réplicas se suelen guardar en una armería en el club de esgrima, pero para mí tiene un gran valor sentimental y prefiero custodiarla en casa.

—Entonces, usted sabe usar esta arma blanca….

—Entreno con esta réplica, pero, sí, sé usarla… —corrigió el señor Salvador al agente.

—Tendremos que llevarnos el arma a comisaría para analizarla

—dijo el agente mientras hacía un gesto a su compañera para que se acercara.

—Se está confundiendo usted, disculpe; es una réplica de una espada ropera del siglo XVII, hecha a mano por un maestro artesano de Toledo; no tiene filo ni punta. Y no se la van a llevar ustedes para perderla durante meses en una sala de pruebas porque no saben diferenciar un arma blanca de una réplica.

—Eso tendrá que dictaminarlo un experto —dijo el agente.

—Disculpe, pero yo no pienso separarme de ella.

—Apártese del arma —ordenó el agente.

—No me da la gana —contestó el señor Salvador.

XIX

Ya era miércoles, pero todavía quedaban muchas horas para el amanecer. Oficialmente, el señor Salvador estaba en comisaría por resistencia a la autoridad, pero lo trataban como si fuera sospechoso de intento de asesinato, intento de violación o cualquier caso sin resolver que tuviesen guardando polvo en un cajón.

No era la primera vez que el señor Salvador se encontraba en una sala de interrogatorios, pero en contadas ocasiones había estado al otro lado del espejo y de la mesa. No tenía claro si les observaban, pero sabía que, de un momento a otro, alguien entraría por la puerta o llamaría por teléfono al enorme agente de los Mossos que lo estaba interrogando para decirle que aquella situación era insostenible.

—¿Dice usted que no tenía ninguna relación con esta mujer? —preguntó el agente mientras sacaba varias fotos de una carpeta y las ponía sobre la mesa.

El señor Salvador se tomó su tiempo antes de contestar. Primero, con su pañuelo de tela, comprobó que ya no le brotaba sangre de la herida del labio. Después, buscó en su americana las gafas para ver de cerca con la excusa de examinar las fotos con calma. Aquella parsimonia hacía que a su corpulento interrogador cada vez le temblase más la pierna izquierda. Treinta interminables segundos después, el señor Salvador contestó con una pregunta.

—¿Por qué estoy en esta sala?

—Dígamelo usted —respondió el agente esperando sacar alguna pista.

—La verdad, no me queda claro si estoy aquí por resistencia a la autoridad o por el intento de asesinato.

—Aquí nadie ha dicho nada de un intento de asesinato. ¿Quiere contarme algo más? —preguntó el agente.

—Les estoy intentando decir que, si estoy aquí por resistencia a la autoridad, no entiendo por qué me está usted preguntando por esta pobre chica, y, si estoy detenido por intento de homicidio, pues quizás debería solicitar el procedimiento de *habeas corpus*. Ya sabe, cuando se hace una detención ilegal sin pruebas y yo pido que me lleven ante el juez para que determine la legalidad de mi arresto… Creo que está reflejado en la Constitución —explicó el señor Salvador con condescendencia.

—No hace falta que me explique lo que es un *habeas corpus* —contestó el agente irritado.

—Sí, claro, no debe de ser la primera vez que se lo solicitan…

El inmenso agente miró hacia el espejo arrepintiéndose de haber llevado al sospechoso a aquella sala en lugar de a un rincón libre de cámaras y de testigos. Al otro lado, un caporal de los Mossos y el inspector, amigo del señor Salvador, ya llevaban unos incómodos minutos hablando mientras contemplaban aquel intento de interrogatorio.

—Cuando le hemos dicho al sospechoso que podía llamar a alguien, esperábamos que fuese a un abogado o a un familiar, pero no

a un inspector de la Policía Nacional —comentó el caporal.

—Salvador es un viejo amigo y está colaborando con nosotros en la búsqueda de un depredador sexual, y puede que ambos casos estén conectados. Es posible que estemos buscando a la misma persona —explicó el inspector.

—Su amigo ha agredido a unos agentes y es el principal sospechoso de la agresión a esa pobre chica —dijo el caporal refiriéndose a las fotos de la mesa de interrogatorios.

—Me parece imposible que haya cometido un acto así —dijo el inspector.

—Llevo más de veinte años en la profesión y he aprendido que uno no se puede fiar de nadie en esta vida —contestó el caporal.

—Ese señor del traje y yo estuvimos trabajando en la embajada de Marruecos muchos años y le aseguro que, si fuera el agresor, no habría ni cuerpo, ni pistas, ni una sola muestra de ADN… —dijo el inspector

—Entonces…, es capaz de hacerlo —apuntó el caporal.

—Le estoy diciendo que lo de la chica es obra de un chapucero.

—¿Y a qué se dedicaba este señor en la embajada?

—¿Sabe usted lo que es un agente de campo? —preguntó el inspector.

—¿CNI?

—A este señor lo llamaban cuando los agentes de campo la cagaban —explicó el inspector.

—¿No se supone que eso es información confidencial? —preguntó el caporal.

—Según la ley, está usted obligado a guardar el secreto, ya lo sabe —le recordó el inspector.

—¿Y qué espera que haga yo ahora con esta información? —preguntó el caporal.

—Para empezar, poner protección a la víctima, no sea que el que ha hecho esto quiera volver para terminar la faena —dijo el inspector—, y también creo que deberían soltar a mi amigo, se han equivocado de hombre…

—Esto no es Marruecos, aquí no se arreglan los problemas sobornando o haciendo llamadas. Tenemos unos protocolos, no puedo dejarlo salir por la puerta como si nada —continuó el caporal.

—Usted verá, pero puede que lo que le haya pasado a esta chica tenga algo que ver con el caso que estamos investigando y yo tengo que informar a la jueza y tiene mal despertar…, sobre todo cuando es por trabajo —dijo el inspector mirando la hora en su teléfono móvil.

—¿Me está usted amenazando?

—Le estoy advirtiendo. Si tengo razón, pronto lo llamarán para decirle que mi amigo tiene coartada, también le llamará la jueza que lleva el caso del depredador sexual para hablar con usted, y si continúa adelante con la detención por agresión a la autoridad, es posible que lo llamen hasta del Ministerio del Interior…

—¿Del Ministerio del Interior? ¿A mí? ¿*Als Mossos d`Esquadra de Catalunya*?

—Tiene usted toda la razón; llamarán a uno de sus superiores, al comisario o al mayor o a quien haga falta y, después, alguien lo

llamará a usted para preguntarle por qué los han despertado a las cuatro de la mañana por culpa de un prejubilado. ¿De verdad cree que agredieron a esa muchacha con una espada de esgrima sin filo y con punta roma? Creo que el señor Salvador me ha llamado a mí por deferencia hacia ustedes antes de llamar a un abogado y ponerlos a todos en evidencia, y, por cierto…, creo que mi amigo acaba de solicitar el *habeas corpus*…

Antes de que el caporal pudiera dar una respuesta, un agente entró en la sala para comunicarle que el señor Salvador era un excelente espadachín y que sus duelos magistrales estaban colgados en *YouTube* como, por ejemplo, el vídeo de la última lección, la de la coartada.

—¿Y qué hace su amigo trabajando en una empresa de transportes? —preguntó el caporal antes de llamar por teléfono al otro lado del espejo para decirle al corpulento agente que dejara de hacer el ridículo.

XX

El miércoles de madrugada, acompañado por su amigo el inspector, el señor Salvador salió por la puerta grande de la comisaría del barrio de les Corts cargando su enorme tubo de plástico.

—La que has liado por una espada —dijo el inspector mientras se encendía un cigarrillo.

—Me la regaló el coronel Pedraza cuando gané el campeonato de esgrima del ejército de tierra de 1996… Le tengo mucho cariño. Te debo una… —dijo el señor Salvador.

—No te preocupes… Encontremos al violador y te deberé un favor menos…

—¿Te han dado información sobre la chica? —preguntó el señor Salvador.

—No he querido forzar; lo único que sé es que Carlota López no consta en la base de datos de empleados de tu empresa. Por ahora, no han podido localizar a ningún familiar y todavía es pronto para que alguien denuncie su desaparición. Pero, si los casos están conectados, debería poner a un hombre a vigilar en el hospital hasta que el caporal se decida a poner a sus agentes —dijo el inspector.

—En la reunión de Patrimonio Histórico, cuando le pregunté por el dedo se puso nerviosa, puede que después fuera a ver a alguien…, al dueño del dedo tal vez…, y se la intentaron quitar de en medio... —elucubró en voz alta el señor Salvador.

—Es cuestión de tiempo que la chica despierte y pueda

identificar a su agresor.

—Pero no podemos quedarnos sentados esperando a que despierte… El agresor ha actuado a la desesperada y, cuando se entere de que la chica está viva, puede intentar escapar o, peor aún, cometer alguna locura… Tenemos que adelantarnos —dijo el señor Salvador.

—Vaya, ¿qué ha pasado con el señor que quería disfrutar de un trabajo tranquilo?

—Carlota López, eso es lo que ha pasado… Por cierto, ¿sabes a qué departamento de mi empresa llamaron para preguntar por los datos de la chica? —preguntó el señor Salvador llevándose la mano al costado.

—Al Departamento de Seguridad, de allí sacaron tu teléfono.

El señor Salvador se quedó pensativo, quizás su próximo paso era hacer una visita a su amigo Gabriel el sindicalista, o tal vez a Sallada, seguro que ellos podían averiguar algo sobre la chica, pero ya era muy tarde o muy temprano para continuar con la investigación.

—¿Te han dado fuerte? —preguntó el inspector al ver que su amigo empezaba a perder la compostura.

—Lo normal… Nada que no se cure con un *bourbon* y unas horas de sueño.

—Vamos, te llevo a casa —dijo el inspector.

—Muchas gracias, y así te puedo invitar a una copa por las molestias.

—No sé si prefiero volver a discutir con el caporal o tener que lidiar con tu mujer…

—Venga, hombre, que se levanta temprano y estará durmiendo.

La mujer del señor Salvador no estaba dormida y tampoco era doctora, pero a fuerza de convivir con él durante más de veinte años tenía un máster en primeros auxilios y remiendos. Por suerte, ni aquello era el tercer mundo, ni las heridas de su marido necesitaban mucho más que unas vendas. Y así fue, como en los viejos tiempos, en el salón de su casa, mientras el inspector preparaba tres copas de *bourbon*, ella curaba a su esposo.

—No me lo puedo creer —dijo ella mientras comprobaba la magnitud de las heridas—. ¿Te recuerdo por qué estamos aquí? Necesitábamos tener un perfil bajo y pasar inadvertidos, hasta mandamos a la «niña» a Australia…, y tú vas y te pegas con los Mossos… ¿Qué quieres, salir en *YouTube*? —exclamó.

—Ha sido un malentendido —dijo el señor Salvador resoplando.

—Sí, claro, cuando tú te peleas con un *mosso* es un malentendido, pero cuando yo me peleo con un policía marroquí soy una activista histérica.

—Mujer, eso pasó hace veinte años y te recuerdo que me costó sudor y lágrimas sacarte de aquella prisión de Tazmamart —replicó el señor Salvador.

—Yo no te pedí ayuda —le recordó ella.

—Estamos buscando a un depredador sexual, un violador. Creemos que trabaja en la empresa de tu marido —intentó explicar el inspector mientras les alcanzaba un par de copas de *bourbon*.

—¿Eso tiene algo que ver con el dedito asqueroso que había escondido en la nevera detrás de los yogures? —preguntó ella

aceptando el trago.

—¿Lo sabías? ¿Y no me dijiste nada? —preguntó el señor Salvador.

—Me encanta cuando el señor espía hace el idiota en casa… —dijo ella entre risas.

—Pues después tuve que rebuscar en la basura —dijo el señor Salvador con indignación ante la sorprendida mirada del inspector.

—Ni que fuera la primera vez que escarbas en la basura para buscar información —contestó ella mientras se aseguraba de que su marido no tenía más heridas en el torso.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo el Señor Salvador.

—Como cuando tus amiguitos del ministerio enchufaron a una agente en mi ONG haciéndose pasar por una cooperante…, la «universitaria» del orfanato…, aquello sí que fue un golpe bajo.

—Pero después no te quejas de las subvenciones que te llueven del cielo… —dijo el señor Salvador.

—Ya estamos con… —La mujer del señor Salvador intentó contraatacar, pero su marido la interrumpió.

—Claro… Quizás era una chica voluntaria…, una de prácticas…, era demasiado joven. Por eso su nombre no sale en la base de datos de los empleados; no es una trabajadora —dijo el señor Salvador refiriéndose a Carlota López—. ¡Ay! —Se quejó el señor Salvador llevándose la mano al costado.

—Perdona, cariño, ha sido un malentendido —dijo ella con una sonrisa mientras le «ajustaba» las vendas—. Yo me voy a la cama. Cuando encontréis a ese violador…, lo lleváis a comisaría o lo

enterráis en una zanja de la autopista…, pero en casa no lo quiero… —concluyó después de dar un beso de buenas noches a su marido.

—Qué bruta eres…—contestó el señor Salvador.

—Tenían que haberla reclutado a ella en lugar de a ti... —dijo el inspector en voz baja, cuando su mujer se perdió por el pasillo de la casa.

—Por eso me mandaron sacarla de aquella cárcel de Marruecos, pero no se dejó embaucar…; demasiado lista —dijo el señor Salvador antes de apurar su copa.

XXI

Aquella mañana de miércoles, en las oficinas de Montjuïc, el señor Salvador, con el cuerpo todavía dolorido por los golpes de la detención, con falta de sueño y dos copas de *bourbon* antes del desayuno, se sentía exultante. Había tomado la firme determinación de llegar al fondo del asunto. Pero si quería llevar la delantera no podía informar a Sallada de sus avances, ya que, si lo hacía, podía ponerla en un compromiso frente a una directiva de dudosas intenciones. El inspector era un gran investigador, pero no podía entrar en la empresa haciendo preguntas sin poner en alerta a todo el mundo. Debía trabajar solo, como en los viejos tiempos.

Después de explicarle a su amiga Ana durante el café que las heridas de guerra eran debidas a sus entrenamientos de esgrima, se dedicó a revisar sus escasos *e-mails.* Al comprobar que ninguno de los mensajes necesitaba una respuesta empezó a sospechar que era un elefante más en aquel cementerio. Así que, a las diez de la mañana, finalizadas todas las tareas del día, decidió volcarse en el caso. Tan solo necesitó un par de llamadas.

La primera fue al Departamento de Marketing. Llamó al azar y preguntó por Carlota López. Le contestaron que era una de las estudiantes universitarias en prácticas, pero que todavía no había llegado. Le comentaron que la chica no tenía teléfono de empresa y que, si necesitaba contactar con ella, le podía enviar un *e-mail* al correo genérico del departamento que utilizaban todos los estudiantes

de prácticas. Incógnita resuelta. Por eso la chica no salía en la base de datos de los empleados. No tenía pruebas, pero sí la certeza de que aquella pobre chica estaba relacionada con el dedo, y con eso ya tenía suficiente. Después de informar a su amigo el inspector con un escueto mensaje de teléfono, el señor Salvador llamó al Departamento de Atención al Cliente de Diagonal para preguntar por la señorita Justicia, su forense particular. Pero no estaba. Su compañera de batallas, la chica del pelo rizado que escribía libros para famosos en su tiempo libre, le comentó que la Justi trabajaba de tarde, que a ella la había encontrado de casualidad, pero que, si quería encontrarla, estaría en una reunión sindical.

—La verdad, no la quiero molestar —dijo el señor Salvador.

—No te preocupes, esas reuniones después de los diez minutos son un coñazo…

«Como todas», pensó el señor Salvador.

—Pero, si es por un tema como el del dedo, vete, que le darás una alegría; desde que te conoció, está como una moto con el tema de los muertos… —dijo la chica del pelo rizado.

Finalizada la divertida conversación telefónica y anotada la dirección, el señor Salvador recogió su carpeta de pruebas y salió de la oficina sin despedirse de nadie excepto Ernesto, que se lo encontró en el pasillo.

—¿Dónde vas, Salvador? —preguntó el supervisor pelirrojo mirando la carpeta de pruebas con recelo.

El señor Salvador decidió mentir con una verdad.

—Me has pillado, voy a una reunión sindical.

—¿Tú también? —preguntó Ernesto soltando una carcajada—, no te hacía yo de esos… —dijo Ernesto—. ¿Y dónde es la reunión? —preguntó reanudando su camino.

—En la estación de la calle Entença —respondió el señor Salvador leyendo un *post-it.*

—Qué peligro… —bromeó antes de entrar en su despacho.

Y así, sin más preguntas, sin dar más explicaciones, el señor Salvador salió de las oficinas preguntándose si era un elefante más en aquel cementerio y sin entender qué quería decir Ernesto con aquello de «peligro».

Quizás con aquella definición se refería al sindicato que organizaba la reunión, ya que era conocido por ser de los más guerreros e intransigentes con la empresa. Al señor Salvador le traían sin cuidado las siglas del sindicato y no le daba miedo entrar en la boca del lobo; sin embargo, cuando llegó a los pasillos que llevaban a la reunión sindical, empezó a sospechar que con aquello de peligro se refería al estado de las instalaciones.

Aquella estación, aunque cumplía su función, parecía haberse estancado en los años ochenta. Las puertas para el personal de servicio, tan deterioradas como las paredes, no tenían carteles que indicaran si llevaban a una reunión sindical o al mismísimo infierno. Por suerte, un empleado que se le adelantó a paso ligero con intenciones de ir al servicio no dudó en invitar al señor Salvador a entrar en aquel laberinto digno de una película de terror.

—Sigue las voces, le comentó el empleado antes de perderse en un lavabo que no se había renovado desde los juegos olímpicos de

1992.

El señor Salvador se aventuró solo en aquel entramado de pasillos plagados de cables y cañerías interminables que se perdían en oscuros recovecos. Cuando giró la primera esquina, tuvo la sensación de que el mundo había cambiado, era más lúgubre, más sucio y tan solo las voces de los sindicalistas que provenían de alguna sala perdida le recordaban que todavía estaba en la Barcelona de 2021. Sin embargo, encontrarlos no fue un camino fácil; para llegar a ellos tuvo que abrir varias puertas que no daban a ningún lado digno de ser recordado, también abrió otras en las que se encontró con miradas recelosas que quizás no estaban acostumbradas a ver a hombres con traje por allí.

Cuando por fin abrió la puerta correcta, se topó sin esperarlo con una decena de sindicalistas que se callaron y clavaron las miradas en sus zapatos, su traje, su chaleco a juego y su corbata.

Por suerte, la señorita Justicia saltó como un resorte de su aburrimiento sindical y salió al encuentro del señor Salvador en cuanto lo vio. Al ver que el señor del traje venía en son de paz, los sindicalistas volvieron a reanudar la reunión y el señor Salvador solicitó a la señorita Justicia un lugar tranquilo y discreto para mostrarle unas fotos.

—¿Cómo las has conseguido? —preguntó ella con asombro y en voz baja.

En las fotos, que llevaban el sello de los Mossos d`Esquadra, se podía ver el cuerpo de una joven que había sido víctima de una agresión.

—Mejor no se lo digo —dijo el señor Salvador.

XXII

Aquella sala inmensa y diáfana, aunque con fluorescentes, estaba bien iluminada si se comparaba con el lúgubre laberinto que había que recorrer para llegar hasta allí. Los altos techos de aquel lugar estaban decorados con los mismos cables y tuberías que recorrían los pasillos. Sin embargo, los miembros del sindicato se habían esmerado en darle un aspecto más amable al espacio. Las paredes gastadas estaban decoradas con *posters vintage* en los que se podían leer frases inspiradoras y anticapitalistas. Media docena de viejos escritorios, dispuestos por las paredes, rodeaban la sala dejando espacio libre en el centro para celebrar reuniones multitudinarias. En el fondo, frente a una pared de ladrillos, se encontraban los sindicalistas. Todos con mascarillas, con una distancia prudencial y ajenos a la pareja de investigadores que, en un rincón opuesto, en uno de los escritorios, alumbrados por un flexo, en voz baja y de espaldas al personal, examinaban unas fotos complicadas y de dudosa procedencia.

Complicadas, porque eran las fotos de una chica con la cara desfigurada y el cuerpo lleno de heridas y moratones. Y de dudosa procedencia, porque todas tenían el sello de los Mossos d`Esquadra. El señor Salvador se había hecho con ellas cuando su interrogador perdió los nervios discutiendo por teléfono con su caporal.

—Espero, señorita, que pueda ser discreta con estas fotos —dijo el señor Salvador en voz baja mirando de soslayo a los sindicalistas.

—¿Quién es la chica? —preguntó Justicia.

—Por ahora la Policía no lo tiene claro… ¿Qué me puede decir de las heridas? —preguntó el señor Salvador para evitar responder a la pregunta.

La señorita Justicia no contestó en seguida, se puso sus enormes gafas de pasta y después contempló las fotos con atención. Primero las de la cara, después las del cuerpo entero. También buscó una lupa por los cajones de los escritorios, pero al no encontrar nada de utilidad, usó la cámara de su teléfono móvil para ampliar algunas heridas. Para terminar, colocó en orden todas las fotos sobre la mesa y las observó desde lejos.

—La intentaron estrangular… —dijo Justicia señalando las marcas del cuello—. El agresor era más fuerte que ella, pero quizás tenía algún problema en la mano derecha. Fíjate, las marcas del lado izquierdo en el cuello son más fuertes…

—¿Podría ser zurdo? —preguntó el señor Salvador.

—No, yo creo que algo le impedía apretar con la mano derecha… Quizás le faltaba un dedo y tenía la mano vendada… —dijo Justicia sorprendiéndose a sí misma por la conclusión a la que acababa de llegar.

—Impresionante —dijo el señor Salvador.

Ella, sumergida en aquellas fotos, se limitó a asentir una y otra vez como si alguien le estuviera susurrando la solución al oído.

—No tiene marcas ni heridas en la parte interior de los muslos; si tuvo sexo, fue consentido, eso explica la foto de esta blusa con sangre, pero que no haya más ropa… ¿Estas son todas las fotos?

—Todas no, pero no había más fotos de ropa, solo la blusa —

contestó el señor Salvador.

—Yo creo que esta chica tuvo sexo consentido en un coche, quizás en la montaña o en un descampado… En esta foto se pueden ver heridas en la frente de la chica, como si la hubieran golpeado contra el salpicadero de un coche… Mira, se le ha quedado la marca de la salida del aire… El agresor no pudo estrangularla y ella se defendió —dijo señalando las heridas defensivas de las manos—. Consiguió huir descalza por algún bosque, entre los arbustos tal vez… —dijo ella señalando las heridas de las piernas y las heridas de las plantas de los pies—, y quizás después se cayó o la atropelló un coche y se fracturó las piernas.

El señor Salvador no dijo nada, se limitó a sentarse en una silla y dejar que su forense particular continuara hablando.

—Esta chica debe tener ADN de su agresor hasta en las orejas… Y me parece que ella se defendió —dijo señalando las manos lesionadas de la víctima—. Es posible que el agresor tenga alguna herida en la cara o en las manos —concluyó mirando con atención el corte del labio del señor Salvador.

—Esto me lo hice practicando esgrima —se excusó él con una sonrisa.

—Si hubieras sido tú, no creo que hubieras venido a verme con estas fotos, pero tampoco me creo que eso te lo hayas hecho practicando esgrima… He visto en YouTube tu último entrenamiento…

—¿Y cómo sabía usted lo de la esgrima?

—Me lo comentó Ana y te encontré en YouTube, no hay

muchos clubs de esgrima antigua en Barcelona…

—¿Acostumbra usted a buscar a las personas en internet?

—Solo a los que llevan dedos cortados en un táper… Bueno, la verdad, es un vicio que tengo...

El señor Salvador se quedó un momento mirando las fotos y después confesó.

—Esto me lo hizo el *mosso* al que le robé las fotos —dijo señalándose el labio.

—Qué fuerte me parece… —dijo Justicia volviendo a mirar las fotos.

—Si me guarda el secreto profesional y se quiere arriesgar a tener material robado, le dejo las fotos por si quiere estudiarlas con más detenimiento…

La cara de Justicia se iluminó y no pudo evitar abrazar agradecida al señor Salvador saltándose la distancia de seguridad con alevosía, pero con la mascarilla puesta.

—Señorita Justicia, ¿nunca ha pensado en presentarse a las plazas que van saliendo en el Departamento de Seguridad? Estoy convencido de que encajaría usted allí a la perfección —dijo el señor Salvador después del abrazo.

—Ya me he presentado varias veces, pero parece que no tengo experiencia… Eso me han dicho… o será que me ven pequeña o tal vez por ser mujer…

—Le aseguro que por ser mujer no será —dijo el señor Salvador pensando en Sallada—. Pero hágame usted un favor —continuó anotando un número de teléfono en un *post-it*—, cuando quiera usted

jugar con los mayores, llame a este teléfono y diga que viene de mi parte.

—Tal y como lo has dicho, podría ser la propuesta de un pervertido sexual o la de un espía de la CIA… —dijo ella leyendo con atención el número apuntado en pequeño papel amarillo.

XXIII

Aquella tarde, el ambiente en las oficinas estaba más calmado de lo habitual, pero el señor Salvador no le dio importancia, mucha pandemia, mucho teletrabajo y pocas ganas de trabajar, pensó. Además, estaba demasiado ocupado degustando un bocadillo de lomo con queso, no apto para su colesterol, pero sí para su espíritu. Con el trasiego del dedo y su breve estancia en la comisaría no tuvo tiempo ni ganas de prepararse la comida y mucho menos para guardarla en un táper. Así que, con el visto bueno de Ana, que estaba haciendo lo mismo, pero con una ensalada hawaiana, devoró su bocadillo en su mesa aprovechando que estaba a solas. Cuando terminó, tiró los restos del bocadillo y limpió la mesa con gel hidroalcohólico para no dejar restos de migas ni de covid. Fue entonces cuando se percató de que algo no cuadraba.

No habían vaciado su papelera. Patricia no estaba pululando como de costumbre empujando el carrito de la limpieza, ni cantando una canción o hablando con alguna amiga o familiar por el manos libres de su móvil mientras le sacaba brillo a las mesas.

Ana no supo qué decir cuando el señor Salvador preguntó por Patricia, así que, aburrido e inquieto, decidió buscarla por las oficinas. No tardó mucho en encontrarla. Estaba en el despacho de Ernesto y parecía nerviosa. La puerta estaba cerrada, pero la voz entrecortada de Patricia era inconfundible y se oía con nitidez desde el pasillo. Y la conversación debía de ser seria, ya que el pelirrojo de su jefe tan solo

cerraba aquella puerta para saltarse la ley antitabaco o tener conversaciones delicadas con algún empleado.

—Es que no entiendo cuál es el problema —dijo ella a punto de llorar.

—No es cosa mía, tu supervisora ha decidido cambiarte de oficina; no te puedo decir nada más —contestó Ernesto bajando la voz.

El señor Salvador, perro viejo y curioso, al escuchar aquello no pudo evitar poner una rodilla en el suelo para atarse un zapato que no tenía cordones y, de paso, pegar la oreja a la puerta para no perderse ningún detalle de aquella conversación

—Pero mi jefa me ha dicho que ha habido quejas sobre la limpieza. Y me gustaría saber qué es lo que hecho mal.

—No te hagas cruces, mujer; quizás sea por alguna de tus compañeras, ya me gustaría que todas fuesen como tú. Por nuestra parte, estamos más que satisfechos con tu trabajo. Si quieres, puedo hablar con dirección para que hable con tu empresa y ver si podemos conseguir que te quedes… —dijo él levantándose de la silla.

—Eso estaría genial, muchas gracias… —contestó ella poniéndose en pie.

El señor Salvador al escuchar el arrastrar de sillas, entendió que la conversación estaba terminando e intentó ponerse en pie, pero quizás la edad o los golpes nocturnos le hicieron perder el equilibrio y no tuvo más remedio que agarrarse al pomo de la puerta justo en el momento en el que ellos intentaban salir. Y, después de un pequeño forcejeo, la puerta se abrió y se encontraron todos frente a frente.

—¡Coño! ¡Salvador! ¿Qué haces aquí?

—Nada, quería decirte que ya había llegado, pero no sabía que estabas reunido —contestó mientras Patricia se escabullía nerviosa por el pasillo.

—Mira qué bien. Por cierto, tenemos que hablar… ¿Tienes un momento? —comentó Ernesto invitándolo a pasar.

—Por supuesto —contestó el señor Salvador entrando en el despacho.

—¿Cómo ha ido la reunión sindical? —preguntó Ernesto por cortesía.

«Esto va en serio», pensó el señor Salvador al ver que Ernesto cerraba la puerta del despacho.

—He conocido a gente interesante… Por cierto, ¿hay algún problema con Patricia? —preguntó el señor Salvador para cambiar de tema, no fuera que Ernesto le preguntase por una reunión sindical en la que había estado, pero no había prestado atención.

—¿Quién? —preguntó Ernesto tomando asiento en su escritorio.

—Patricia, la mujer de la limpieza… —respondió el señor Salvador un poco molesto al ver que ya se había olvidado de ella.

—¡Ah! Nada… Se ve que la del fin de semana lleva días sin ir a trabajar… y se han quejado… y aquí cuando dan problemas las subcontratadas, con tal de mantener los acuerdos y los contratos, no se andan con tonterías… Venga, vamos al grano. ¿Te dice algo el nombre de Carlota López? —preguntó Ernesto en voz baja leyendo el nombre de un papel.

—Me suena —respondió el señor Salvador.

—Ha fallecido esta mañana.

XXIV

El señor Salvador sintió una punzada en el estómago. Había visto a más de un compañero caer en acto de servicio; incluso, cuando algunos de ellos murieron en una emboscada en Irak en 2003 y él se salvó por casualidad, lo llevó con talante y dignidad. Gajes del oficio. Aunque le obligaron a ver a un psicólogo de la empresa durante dos meses. Sin embargo, con Carlota López había bajado la guardia y aquella sensación de culpabilidad le producía náuseas.

—Al parecer ayer por la noche alguien la atacó, le dieron una paliza, llegó al hospital con vida, pero hoy ha muerto en la UCI por una hemorragia interna... —explicó Ernesto al ver que el señor Salvador no reaccionaba, y no lo hacía porque estaba sumido en sus razonamientos autodestructivos.

Se había dejado llevar por los prejuicios y no por el pensamiento lateral que tanto le habían inculcado en su antiguo trabajo. No supo ver que, bajo aquella ropa elegante, el maquillaje y aquella prepotencia, se escondía una niña que podía tener la edad de su hija. «¿Cómo no me di cuenta? Si en cuanto le saqué el tema del dedo no supo qué contestar y salió corriendo… Pobre», pensó avergonzado.

—¡Era una niña! —dijo por fin el señor Salvador llevándose una mano a la frente.

—Una estudiante de prácticas… con toda la vida por delante…, una verdadera tragedia…

—¿Y cómo te has enterado? —preguntó el señor Salvador.

—Me han informado los de arriba, pronto saldrá en las noticias y están intranquilos con todo esto del empoderamiento feminista… Se va a liar gorda. Al parecer, según las investigaciones de Sallada, puede tener relación con el dedo que te encontraste y los de Dirección están bastante nerviosos, quieren hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Ahora… —contestó Ernesto—. ¿Vamos?

Antes de que el señor Salvador pudiese reaccionar, ya estaba sentado a la mesa de una pequeña sala de reuniones situada en aquel mismo pasillo. A pocos metros del acceso a la estación fantasma y con las puertas cerradas para evitar filtraciones. A su lado estaba Ana como siempre tomando nota de todo en su agenda, Ernesto presidiendo la mesa y, sobre ellos, en el techo, un proyector iluminaba una pantalla de tela que tapaba la pared del fondo.

—A ver qué quieren —dijo Ernesto mientras se conectaba a la sala virtual.

El señor Salvador, oculto bajo su mascarilla, tragó saliva. No era la primera vez que hacía una reunión virtual o en persona con supervisores y directivos con enormes egos y grandes sueldos que justificar. Por lo menos así era en su antiguo trabajo. Y si no iba con cautela y bajaba la guardia podía terminar siendo la cabeza del turco a la que culpar de todos los problemas. Pero, cuando se conectaron, la reunión ya había comenzado y estaban todos ocupados intentando justificar su sueldo y su puesto. Entre ellas Sallada que, para variar, sin chicle en la boca y sin palabras malsonantes, atendía como el resto

a las explicaciones de los participantes. Los del Departamento de Marketing negaron toda responsabilidad aduciendo que la chica, una excelente y prometedora estudiante en prácticas, se había presentado, primero en las oficinas del señor Salvador, según Ana, y después, en el Departamento de Seguridad, según Sallada, para buscar el dedo por iniciativa propia. Había utilizado el teléfono móvil de empresa de su supervisor. No tenía correo corporativo, y el *e-mail* genérico del Departamento de Marketing, con el que se había convocado la reunión con Patrimonio Histórico, tal vez por casualidad, se había borrado por completo. El Departamento de Transparencia explicó que ya se había puesto en contacto con los Mossos y el Departamento de Comunicación por su lado estaba preparando una breve nota de prensa y un artículo en la página web de la empresa en honor a la pobre chica. Los de Asesoría Jurídica instaron a que nadie se saltase los protocolos y que no se comunicase con los Mossos por iniciativa propia; aquello era trabajo del Departamento de Seguridad. Y aunque aquello era una directa para el señor Salvador, este no se sintió aludido porque estaba concentrado haciendo un croquis en un papel apuntando todos los nombres de los asistentes y el número de dedos que tenían en la mano. De los veinte asistentes, doce eran mujeres, y una de ellas, llamada Sonsoles, parecía que en lugar de estar en su casa se encontraba en una sala de trofeos de pádel. Tres de los asistentes masculinos tenían la cámara apagada y no decían gran cosa. El directivo que llevaba la voz cantante estaba ya pasado de peso y de años y, aunque no mostraba las manos, ni falta que hacía porque el dedo encontrado no correspondía con su índice de masa corporal. El

resto parecía tener las extremidades intactas, excepto uno de ellos. Se llamaba Ramiro, tenía el pelo engominado, hablaba mucho para no decir nada y era el único que se había puesto un traje y una corbata para conectarse a la reunión desde casa. Tampoco mostraba las manos. El candidato perfecto para ser sospechoso.

Diez minutos después, el señor Salvador ya estaba cansado de buscar dedos en la pantalla y de hacer círculos una y otra vez en el nombre de Ramiro. Media hora después, el señor Salvador, cansado de una reunión que no iba a ninguna parte, solicitó la palabra ante la cara de sorpresa de Ernesto.

—Disculpen —dijo interrumpiendo al directivo que parecía llevar la voz cantante—. ¿Son ustedes conscientes de que el asesino de Carlota López puede ser uno de nosotros?

XXV

Ernesto se llevó la mano a la frente y Sallada se quedó con la boca abierta mostrando media sonrisa de incredulidad. El directivo, aunque tardó unos segundos en reaccionar, no se amilanó con la pregunta del señor Salvador y contestó sin mirar a cámara.

—Lo tengo muy presente. Incluso por lo que he podido leer en los informes del Departamento de Seguridad —dijo el directivo ojeando unos papeles—, cualquiera podría ser el autor de semejante atrocidad. Tal vez alguien del equipo de Dirección, como usted insinúa, aunque también podría haber sido un mando intermedio o un empleado de Mantenimiento, hasta la mujer de la limpieza; incluso podría haber sido usted, por ejemplo… Pero, por ahora, le sugiero que tenga cuidado con ese tipo de insinuaciones sin las pruebas oportunas, ya que, siendo esta una reunión virtual susceptible de filtraciones o hackeos, cualquier cosa que digamos podría aparecer en las noticias. Por eso hemos acordado hablar de todos los detalles en persona el viernes a las diez en la central —concluyó el directivo.

El señor Salvador no contestó, estaba concentrado analizando las reacciones de todas las personas conectadas. Empezando por el señor Ramiro, que primero arqueó las cejas y después se aguantó la risa. Y, aunque no mostró las manos en ningún momento, no había nada que reprochar porque el resto de los asistentes habían tenido reacciones similares, sin contar a la tal Sonsoles, que estaba bebiendo agua cuando escuchó semejante acusación, se atragantó y para no

estucar la pantalla del ordenador tuvo que desaparecer un instante dejando ver en la estantería una foto suya posando con un famoso político en un torneo de pádel.

—Usted es… —continuó el director escrutando su pantalla.

—Martín Salvador Casanova —dijo acercando la boca a la cámara como si fuese un micrófono.

—Ah sí, usted fue el que por iniciativa propia investigó y recogió todo tipo de pruebas de la estación abandonada y las llevó directamente a la comisaría —afirmó el directivo sin querer nombrar el dedo—. Recuerde que, para otra ocasión, debe seguir los protocolos establecidos por la empresa —dijo con voz autoritaria.

—La verdad es que no creo que nuestros protocolos estén preparados para este tipo de situaciones —dijo el señor Salvador ante la mirada de desaprobación de Ernesto.

—Cuando se elabore un nuevo protocolo o creemos un departamento para situaciones excepcionales será usted el jefe del departamento, no lo dude —replicó el directivo.

Y, entonces, ya fuera por problemas técnicos o tal vez porque alguien les había echado adrede de aquella reunión virtual, se cortó la conexión.

—Creo que se ha molestado.

—¿Ah sí? No me jodas Salvador —bramó Ernesto levantándose de la mesa—. Ahora me toca esperar a que me llame el directivo de turno para preguntarme qué clase de personajes tengo trabajando en mi departamento —dijo saliendo de la sala de reuniones sin esperar respuesta alguna del señor Salvador que, sin inmutarse, volvió a

centrarse en sus anotaciones.

Durante unos segundos el silencio volvió a reinar en la pequeña sala de reuniones, que solo se interrumpió por el ruido de la impresora que Ana había conectado.

—Toma, pero yo no te he dado nada —dijo ella dándole un folio impreso de un pantallazo de los asistentes de la reunión—. Te envío el archivo a tu *e-mail*.

Ana, en medio de la reunión, entre acusaciones e indirectas, al ver que el señor Salvador estaba tomando todo tipo de detalles de los asistentes, como los nombres, los rasgos físicos, el cargo y el número de dedos, había tomado una instantánea de la reunión. Pulsando tres teclas había conseguido sorprender gratamente al señor Salvador, que se pasó el resto de la tarde en su mesa analizando los detalles de todas las imágenes de los asistentes. Primero sobre el papel y después en el ordenador.

—¿Me puedes imprimir una copia? En el sindicato tenemos la diana gastada ya de tanto usarla… —dijo Gabriel.

El señor Salvador salió de su estado de concentración y levantó la cabeza de la foto para encontrarse con la cara del sindicalista.

—Lo veo a usted mucho por aquí…

—Me acabo de enterar de lo de la pobre chica y de la reunión… Me han dicho que les has puesto finos… —dijo el sindicalista mirándose el tupé en el reflejo de la ventana.

—Vaya, las noticias vuelan —dijo el señor Salvador mirando a Ana, que estaba sentada a su mesa como de costumbre—, y yo que pensaba que había venido usted por el tema de Patricia.

—Eso también —contestó el sindicalista—, pero ya le he comentado que el tema está complicado; yo soy de transportes y ella está subcontratada…

—¿Y de verdad no puedes ayudar? ¿O llamar a alguien? —preguntó Ana con cara de pena desde su mesa.

—No puedo hacer gran cosa. Las compañeras de la limpieza deberían hacer una demostración de fuerza y plantarse con una huelga —dijo Gabriel antes de que el señor Salvador le interrumpiera…

—Eso es fácil de decir en nuestro trabajo con lo bien que cobramos y la seguridad que tenemos…

—Eso es demagogia —interrumpió de nuevo el sindicalista—. Nosotros cobramos lo que tenemos que cobrar, lo justo, lo que dice la ley. Son las empresas privadas las que se escudan utilizando todo tipo de triquiñuelas legales para pagar una mierda de sueldos. Explotan a sus empleados y los amenazan con despidos indirectos si hacen huelga para reclamar sus derechos…, y, claro, cuando nosotros paramos el transporte, por cierto, un derecho que tenemos en la Constitución, nosotros somos los malos y las privadas unas santas que se ven obligadas a echar a sus trabajadores por llegar tarde… Una mierda para las empresas privadas.

—Tiene usted una verborrea increíble y me ha convencido, pero ella mañana se irá a limpiar a otro sitio por un sueldo mileurista y nosotros seguiremos aquí disfrutando de nuestro merecido sueldo y usted de sus horas sindicales. ¡Venga, hombre! No me diga que no tiene ganas de ir a las oficinas de los jefes de Patricia y cantarles las cuarenta —dijo el señor Salvador.

Y después de unos segundos de duda, de mirar al señor Salvador y la cara de pena de Ana, Gabriel contestó.

—Está bien, pero solo si tú me acompañas.

—¿Por qué? ¿Le gusta a usted ponerme en evidencia?

—Por eso y porque llevas traje, compañero…

XXVI

El jueves a las diez menos cuarto de la mañana, en las oficinas de la empresa de limpieza, Gabriel, con su tupé superlativo, y el señor Salvador, con su habitual traje y con aromas de *after shave* asomando por su mascarilla, esperaban en una pequeña sala frente a la puerta del despacho de la supervisora de Patricia.

—Creo que me pasé al insinuar que uno de los directivos podía ser un asesino —comentó el señor Salvador observando desde la ventana parte de la fachada principal de la Sagrada Familia.

—¡Qué va! Eres un buenazo… Recuerdo una negociación en la que me lanzaron un bolígrafo a la cara… Además, una chica ha muerto, coño, y ellos preocupados por la imagen de la empresa. Creo que te quedaste corto —dijo Gabriel llevándose las manos a la nuca.

—Pues, ahora, con la jefa de Patricia, seamos diplomáticos y evitemos que nos lancen algún objeto del escritorio…

—Todavía se me hace raro estar aquí contigo luchando por los derechos de una compañera. ¿Qué me he perdido? —preguntó Gabriel.

—Algo me dice que el cambio de destino de Patricia está conectado con el caso del dedo… —explicó el señor Salvador.

—Y yo pensando que te estaba llevando por el buen camino, compañero.

—No me malinterprete, estamos aquí para ayudar a Patricia, pero espero que no se me ponga nervioso si encuentro alguna pista y

empiezo a tirar del hilo —dijo el señor Salvador.

—¿Nervioso? Yo lideré las huelgas de transporte del Mobile World Congress de 2016.

—¿Y le lanzaron algo?

—Por supuesto —respondió atusándose el tupé.

—Disculpad el retraso —interrumpió la supervisora de Patricia abriendo la puerta de su despacho—. Con esto de la pandemia, se nos ha triplicado el trabajo —dijo mirando con recelo a Gabriel—. ¿Decían que venían por…? —preguntó haciéndoles pasar.

—Por el tema del cambio de destino del personal de limpieza de Montjuïc —dijo el señor Salvador mientras esperaba a que ella tomara asiento.

La mujer, que vestía tejanos y una blusa blanca, después de sentarse, abrió una carpeta que aguardaba sobre la mesa.

—Ah, sí, recibimos una queja por el tema de la limpieza, y siguiendo nuestros protocolos… —dijo ella sin poder terminar la frase.

—Castigan a sus empleadas en lugar de averiguar los motivos de la queja y ver en qué se puede mejorar… —interrumpió el sindicalista.

—¿Perdón? Las hemos reubicado, es un procedimiento legal. ¿De dónde me han dicho que venían?

—Del sindicato, y no toleraremos este trato denigrante hacia las compañeras, ni cambios dictatoriales porque alguien que está todo el día chupando del bote se queje porque su papelera está sucia —dijo Gabriel.

—¿De qué sindicato? —preguntó la supervisora con altiveza.

—Del sindicato de le vamos a montar una huelga que van a salir hasta en el Sálvame. Si es necesario, pararemos todo el transporte de la ciudad para defender los derechos de las compañeras subcontratadas que estuvieron al pie del cañón durante la pandemia. Y ya verá entonces cuando mi empresa tenga que revisar su contrato de limpieza… —faroleó Gabriel, hablando de usted mientras el señor Salvador le miraba con una sonrisa discreta.

Por unos segundos la jefa de Patricia no supo qué contestar.

—Disculpe, mi nombre es Martín Salvador, y no pertenezco a ningún sindicato; yo vengo de la empresa de transportes, he hablado con mi supervisor y está de acuerdo conmigo en que no queremos perder a Patricia, es una excelente trabajadora…. —dijo calmando los ánimos.

La supervisora, un poco nerviosa y con los colores rebosando ya por su mascarilla, revisó sus papeles.

—Tiene razón. Patricia está bien valorada. Supongo que las quejas fueron por la empleada del fin de semana… El domingo al parecer no fichó la salida y el lunes no apareció en otra de las oficinas en las que limpia; después nos llamó y nos dijo que tenía covid, pero no tenía ni baja ni nada. Estábamos valorando el despido…

—¿Despedirla? Pero si está enferma, por el amor de dios —se quejó el sindicalista llevándose las manos a la cabeza.

—Eso decía ella, además, da igual porque ayer solicitó la baja voluntaria… —dijo la supervisora.

—¿Se ha despedido? ¿O la han obligaron a despedirse? —preguntó Gabriel levantando la barbilla.

—Un momento —interrumpió el señor Salvador antes de que volvieran a saltar las chispas—. Quizás podríamos hablar directamente con la persona que formuló la queja… Debe de ser alguien de nuestra empresa… ¿Verdad?

—Verdad, el *e-mail* lo envió… Sonsoles Cortés… —dijo la supervisora deseando terminar con la reunión.

—Pero Sonsoles no lleva el tema de la limpieza… —dijo Gabriel extrañado.

—Como ya he dicho, siempre intentamos solventar cualquier queja.

—¿Me podría dar el contacto de la empleada? —preguntó el señor Salvador.

—Por supuesto que no, la ley de protección de datos lo prohíbe totalmente. Además, ya se la he dado a uno de sus jefes —dijo la supervisora cerrando la carpeta dando por finalizada aquella reunión.

—¿Y qué pasa con la ley de protección de datos? Los directivos sí se pueden saltar la ley, ¿no? —preguntó Gabriel.

—Era una excepción, por un tema de covid, estaban rastreando posibles contagios… —contestó la mujer titubeante…

—¿Y se identificó? ¿Sabe quién la llamó? —preguntó el señor Salvador.

La supervisora no supo contestar.

—Esto es un cachondeo… ¿Acostumbra usted a dar los datos al primero que le llama por teléfono? —preguntó Gabriel indignado.

La reunión no dio para mucho más; la mujer se puso en pie y les indicó donde estaba la puerta de salida. Gabriel amenazó con una

denuncia y el señor Salvador fingió un mareo para terminar con aquella discusión.

—Seguro que cuando hablaba de reubicar quería decir despedir —dijo Gabriel cuando salieron a la calle.

—Averigüémoslo —dijo el señor Salvador sacando del bolsillo de la americana varios de los papeles que la jefa de Patricia había estado ojeando durante la reunión.

—Y yo preocupado porque pensaba que te había dado un bajón de azúcar.

—María Helena Zambrano… Calle Lima… —contestó el señor Salvador leyendo los papeles sin hacer caso a Gabriel.

XXVII

La reunión había sido corta. Todavía no habían dado las diez de la mañana y los dos sabuesos sin placa ya estaban en la terraza de un bar del barrio de la Eixample sin mascarillas esperando a que el camarero les llevara un par de bocadillos de jamón del país y algo de beber. Mientras el señor Salvador ojeaba los papeles que había hurtado de la mesa de la supervisora de Patricia, Gabriel el sindicalista, que ya había tenido el honor de negociar alguna vez con la tal Sonsoles, la llamó desde su móvil para preguntar por la queja que había hecho que reubicaran a las dos empleadas de la limpieza.

—Hasta luego, guapa —dijo Gabriel antes de colgar el teléfono.

El señor Salvador esperaba impaciente a que le explicara lo que Gabriel había averiguado, pero por lo poco que había podido escuchar ya sabía que no había conseguido gran cosa.

—Se lleva usted muy bien con la tal Sonsoles, para ser una directiva —comentó con sorna el señor Salvador mientras dejaba espacio al camarero para que les sirviera los bocadillos.

—Es una tía maja y legal. Siempre va directa al grano —contestó Gabriel dándole después las gracias al camarero.

Gabriel, muerto de hambre, antes de continuar con la conversación, le dio un mordisco a su bocadillo y continuó hablando con la boca llena.

—Lo malo es que lo que tiene de legal, lo tiene de corporativista y no me ha querido dar el nombre del directivo que se

quejó por la limpieza, pero al parecer le dijo que toda la sección daba pena… La queja se la hizo el lunes por la mañana.

—Entonces es posible que el mismo que formuló la queja esté relacionado con el dedo —elucubró el señor Salvador.

—La supervisora de Zambrano ha dicho que el domingo se marchó sin fichar —dijo Gabriel entre bocado y bocado—. Tú te encontraste el dedo el lunes por la mañana, el mismo día que un directivo tramitó la queja a través de Sonsoles para no dar la cara… Eso lo hacen mucho por aquí, las quejas que las haga otro por escrito… —continuó diciendo Gabriel.

—¿Pero por qué a la señora Sonsoles? Me comentó usted que ella no llevaba el tema de la limpieza…

—No puedes evitar hablarme de usted… ¿Verdad? —preguntó Gabriel con una sonrisa.

—Ni usted de llamarme *compañero*, pero ya hasta me he acostumbrado...

—La empresa es como *Juego de tronos* —explicó Gabriel volviendo al tema—, cada vez que cambian la cúpula, ruedan cabezas y cambian el organigrama… Sonsoles llevaba antes temas de servicios de limpieza y la persona que se quejó la llamó a ella, porque, si hubiera llevado la queja a la persona que lleva el tema ahora, le hubiera pedido un informe o un *e-mail*… Pero el listo manipuló a Sonsoles y ella trasladó la queja por *e-mail* a la empresa de limpieza… Esto pasa mucho… Unos se quejan, otros se mojan y al final pilla el que lo pone por escrito, para bien y para mal. Sonsoles me ha confesado que no tenía ni idea de lo del cambio de destino…, aunque

tampoco se ha escandalizado. Normal, al fin y al cabo, es una directiva… —dijo Gabriel bebiendo un trago de Coca-Cola—. ¿Y ahora qué hacemos?

El señor Salvador masticó, tragó, se limpió con una servilleta de papel y habló.

—¿Por dónde cae la calle Lima? —dijo revisando los papeles.

—Me parece que eso está por el centro comercial de la Maquinista… Todavía no me puedo creer que te hayas llevado esos documentos, no me he dado ni cuenta… Eres como el mago Pop…

—Para nada, ha sido suerte —dijo el señor Salvador riendo.

—¿Y pone algo más? —preguntó Gabriel.

—Aquí tenemos la ficha de la chica, una foto, el *e-mail* con la baja voluntaria, el del covid. Poca cosa… —dijo pasándole los papeles al sindicalista.

—Viene su número de teléfono, podríamos llamarla y así nos ahorramos el viaje… —dijo Gabriel otra vez con la boca llena.

—Me gusta hablar con la gente mirándola a los ojos… —comentó el señor Salvador.

Una hora más tarde, después de dos transbordos, la pintoresca pareja llegó a la dirección que aparecía en los papeles robados. La calle Lima parecía el límite de la frontera en el que los peatones cambiaban de paisaje con tan solo cruzar un paso de cebra. A un lado, una hilera de naves industriales con todo tipo de negocios; al otro lado, separado por una calle de dos sentidos de circulación, un pequeño paseo repleto de arbustos para proteger un humilde pero coqueto barrio obrero. Para evitar el trasiego de vehículos que

entraban y salían de las naves industriales, los investigadores cruzaron aquella calle al trote para pasar al otro lado de la frontera.

—Con lo bonito que es el coche y lo sucio que lo lleva —se quejó Gabriel después de obligar a un BMW negro a detenerse en el paso de cebra—. Claro, mucho coche, mucho coche y después no tienen dinero ni para limpiarlo, ni para pagar un *parking*, que casi se nos lleva por delante buscando aparcamiento… —bramó Gabriel haciendo gestos de desaprobación al coche.

—Y no será que le da un poco de envidia…

—Bueno, y ahora… ¿Picamos al timbre? ¿Y qué le decimos a la chica? —preguntó Gabriel sin responder a la pulla del señor Salvador —. Puede que tenga covid y yo todavía no estoy vacunado… —dijo Gabriel—. ¿Qué piso es? —preguntó cuando llegaron al portal.

El señor Salvador ojeó de nuevo los papeles. La dirección estaba justo al lado de la foto de la chica, que casualmente era idéntica a la mujer que estaba saliendo del portal con un niño de la mano y muchas prisas.

Aunque llevaba puesta la mascarilla quirúrgica, no había duda, era ella. Sus preciosos ojos color miel la delataban, también el uniforme de la empresa de limpieza que llevaba puesto. Según su ficha, tenía 35 años, pero aparentaba menos.

—Disculpe —dijo el señor Salvador—. ¿Es usted María Helena Zambrano?

—No, se equivocan —respondió ella acelerando el paso.

XXVIII

—Venimos de la empresa de transportes… —dijo Gabriel en son de paz.

—Lo siento, tengo prisa, llego tarde a limpiar una casa y tengo que llevar al niño a casa de una amiga... —dijo ella cogiendo a su hijo de la mano.

—Será solo un momento… —continuó Gabriel.

—Ahora no puedo, de verdad; si es por el uniforme, ya se lo devolveré la semana que viene… —dijo tirando del niño.

—Estamos aquí para ayudarte, compañera… Queremos saber por qué te has despedido —dijo Gabriel.

—¿Te han despedido, mamá? —preguntó el niño.

La mujer se detuvo y se giró.

—Miren, no quiero hablar ahora, me marché por que quise… y *más nada*.

—Disculpe usted… —dijo el señor Salvador sacando un bolígrafo de su americana—. Le dejo mi teléfono. —Continuó apuntando sus datos en un trozo de papel que acababa de romper de la ficha de la chica—. Es que andamos un poco perdidos. Hemos encontrado un dedo en las oficinas y queremos saber si usted sabía algo —dijo el señor Salvador sin contemplaciones.

Y, como si despertara de una pesadilla, ella abrió los ojos como platos, y a punto de llorar arrancó el trozo de papel de la mano del señor Salvador y se marchó.

Gabriel caminó un poco más al lado de la mujer para intentar hablar con ella, pero el señor Salvador prefirió quedarse observando la escena desde lejos para contestar a una llamada de móvil.

—¿Dígame?

—¿Salvador? Soy Justicia.

—¡Ah! Mi forense de confianza, muy buenos días. Pensaba que trabajaba usted de tarde.

—Hoy me cambié de turno, porque por la tarde tengo una entrevista de trabajo…

—Pues me alegro por usted, señorita. ¿Y a qué debo el honor de su llamada?

—Tengo buenas noticias, Salvador. Hemos encontrado tu cartera, con la tarjeta de la empresa, el carnet de conducir, la tarjeta del club de esgrima…

—Y me imagino que sin los dos billetes de cincuenta euros ni las tarjetas de crédito… —elucubró el señor Salvador mientras caminaba tranquilo para encontrarse con Gabriel que volvía sin haber conseguido sacar nada de María Helena Zambrano.

—Efectivamente… Seguro que el ladrón la tiró en cualquier esquina cuando consiguió lo que quería… —dijo ella—. Cuando quieras, puedes venir a buscarla o si quieres te la envío por correo interno a tu oficina.

—Mejor voy yo y de paso le pongo al día con el caso del dedo…

—¡Ah¡ ¡Sí! hablando del tema, por cierto… ¿Te acuerdas de la herida que tenía la chica en la cabeza? —preguntó Justicia.

—Sí, me comentó que podía ser de un golpe contra el salpicadero de un coche…

—Efectivamente y, después de buscar en internet y visitar un concesionario que me venía de camino a casa, bueno, tres, he averiguado la marca del vehículo, creo… Esos coches tienen una salida de aire peculiar… y las heridas que tenía la chica en la frente coinciden exactamente con la esquina del copiloto… Espera que te digo la marca… Por cierto…, me imagino que ya sabes que ha muerto… qué fuerte… Estamos investigando un caso de asesinato…

—¿Ha descubierto la marca del vehículo con tan solo unas fotos? Es usted impresionante.

—Mis amigos me llaman *friki*.

—¿Ha llamado ya al teléfono que le di?

—Por eso trabajo de mañana, esta tarde tengo una entrevista con ellos…, qué fuerte… Ah, mira, aquí está…: un BMW, un BMW Ix3… ¿Salvador? ¿Salvador?

Pero el señor Salvador, aunque continuaba con el teléfono pegado a la oreja, ya no estaba hablando con ella; estaba mirando hacia la carretera.

—No estaba buscando aparcamiento —pensó el señor Salvador en voz alta.

—Nada, la chica está asustada, no quiere hablar, quizás cuando vuelva… —dijo el sindicalista pensando que el señor Salvador había terminado de hablar por teléfono.

—¿Aquel coche tan sucio que hemos visto antes? ¿De qué marca era? —preguntó el señor Salvador mirando hacia la calzada.

—Un BMW Ix3 eléctrico, casi 500 km de autonomía, una virguería… ¿Por?

—Llama a la Policía —dijo el señor Salvador.

—¿Y qué les digo? —preguntó Gabriel mientras su compañero salía corriendo hacia María Helena y su hijo.

Gabriel, sin saber qué hacer, observó al señor Salvador que no dejaba de mirar hacia la carretera. Entre los arbustos pudo ver el sucio BMW que se dirigía en silencio y a poca velocidad hacia el paso de cebra.

Ella miró antes de cruzar. Los coches de ambos lados de la carretera se detuvieron en el paso de cebra. El BMW invadió el carril contrario. Nadie oyó el ruido de un motor eléctrico acelerando. Ni siquiera María Helena que, con el paso libre, dejó de centrarse en la carretera para mirar al otro lado de la calle. Un señor mayor con traje que no quitaba ojo a un vehículo negro confirmaba sus sospechas y hacía un *sprint* entre las mesas de la terraza de un bar para acortar camino mientras un joven con pinta de macarra lo perseguía.

Cuando el vehículo llegó al paso de cebra, el señor Salvador gritó para alertar a la mujer, que solo tuvo tiempo de girar la cabeza, quedarse petrificada y apretar con fuerza la mano de su pequeño.

El coche no aminoró la marcha, no hubo marcas de frenado, ni chirriaron los frenos, tan solo volvió a su carril después del impacto para huir a toda velocidad.

—¿Alguien ha tomado la matrícula? —preguntó el señor Salvador.

—No, la matrícula estaba llena de barro —dijo un testigo.

—Ya estoy mayor para esto —dijo el Señor Salvador poniéndose en pie.

Lo primero que hizo María Helena Zambrano cuando abrió los ojos fue buscar a su hijo. Por suerte, estaba a salvo. El señor del traje que la había abordado en el portal les había salvado la vida apareciendo de la nada para tirar de ellos en el último momento.

Con el niño resultó bastante sencillo; sin embargo, el señor Salvador, que ya no era un chaval, a ella no pudo sacarla de la zona de impacto por completo y el coche le dio a la mujer en una pierna. Fractura abierta de tibia y peroné, una brecha en la cabeza al caer contra el suelo y un susto de muerte. Cuando la mujer vio que su hijo estaba a salvo en brazos del hombre del tupé, se dejó llevar y perdió el conocimiento.

XXIX

Las restricciones pandémicas prohibieron a los héroes entrar en el hospital de la Vall d`Hebron, por lo que decidieron esperar en las escaleras de la entrada principal. Y mientras Gabriel le robaba una sonrisa al hijo de María Helena Zambrano con un donut de chocolate, el señor Salvador tenía una discreta conversación con su amigo el inspector.

—Martín, cada vez que le das tu teléfono a alguien termina en el hospital… O eres gafe o te estás acercando…

El señor Salvador tardó en contestar. Tenía los sentimientos encontrados. Por un lado, se sentía culpable, una joven había muerto, quizás no debería haberla presionado. Por otro lado, había salvado la vida de María Helena y la de su hijo. Estaba cerca de encontrar al asesino y se sentía exultante.

—¿Cómo está? —preguntó el señor Salvador.

—Todo ha ido bien, una herida fea en la pierna, pero está fuera de peligro. Cuando despierte hablaré con ella —contestó el inspector —. Ya ha llegado una familiar; se hará cargo del chaval —continuó diciendo mientras señalaba con la barbilla a una mujer que se acercaba acompañada de un agente.

—¿Habéis avanzado algo? —preguntó el señor Salvador.

—Poca cosa, el móvil de la chica sigue sin aparecer, en su portátil personal no encontramos nada y sus amigas dicen que tenía una relación con alguien de la empresa, alguien mayor, de buena posición, pero lo llevaban con discreción… Ni una sola foto…

—¿Y tú has descubierto algo? —preguntó el inspector.

—Algo pasó el fin de semana en la estación abandonada, eso está claro. Y creo que el asesino mandó a Carlota a por el dedo, pero yo me adelanté. Después intentaron entrar en la estación para buscar algo, pero no pudieron acceder a ella porque estaba cerrada con llave. El dedo no puede ser, porque ya sabían que lo tenía yo. En la reunión de Patrimonio Histórico, cuando presioné a la chica…, se puso nerviosa, quedó con su amante en el coche y él la mató. La herida de la cabeza coincide con la de un BMW como el que hoy ha intentado atropellar a la mujer. Que casualmente trabajó en la estación la noche anterior a la que apareció el dedo. Me imagino que ella sabe algo, pero tiene mucho miedo, tanto como para despedirse.

—Ahora que lo dices… Me han llamado los Mossos. Al parecer, el día que estuviste allí de visita perdieron unas fotos forenses… ¿Como en los viejos tiempos? —preguntó el inspector.

—¿No tienen copias?

—Seguramente, pero la policía no es tonta. No me los calientes más; si descubres algo, házmelo saber —dijo el inspector.

—¿Qué más quieres? Es posible que un directivo de mi empresa sea un asesino… Busca al que tenga un BMW negro y le falte un dedo…

—Estamos en ello, Martín, pero ya sabes cómo funciona esto… Vamos lentos y solo han pasado cuatro días desde que encontraste el dedo… Por ahora esto solo es un atropello con fuga… Lo de relacionar el coche con la víctima de una agresión por una herida en la cabeza… es cosa tuya… No podemos poner a todos los directivos contra la

pared y preguntarles si tienen un BMW…

—Yo a eso me apunto… —dijo Gabriel el sindicalista uniéndose a la conversación, mientras se despedía del niño que se marchaba contento con un donut en una mano y la mano de su tía en la otra.

—Quizás deberíamos echar un vistazo a las cámaras ocultas —dijo el señor Salvador.

—Si tienes razón y el asesino es un directivo, ya sabrá que hay cámaras ocultas, pero ya tenéis trabajo… Llamaré a Sallada para ponerla al día…, y ya me contaréis… Y ahora, voy a ver cómo le explico al caporal de los Mossos lo de que las heridas de la cabeza de la víctima coinciden con el salpicadero de un BMW…

—¿De verdad crees que habrá alguna pista en las grabaciones? —preguntó Gabriel de camino a las oficinas.

—El asesino está desesperado, puede que nos encontremos con alguna sorpresa.

Aquellas palabras se quedaron cortas. Fueron muchas sorpresas y, como dijo Sallada, para flipar. Por la tarde, en la misma sala en la que habían tenido la reunión virtual con los directivos, Sallada, Gabriel, el señor Salvador y Ernesto, a puerta cerrada analizaron en la pantalla de la pared las imágenes que habían grabado las cámaras espía. Lo primero que pudieron ver fue a un trabajador que, al no poder abrir la puerta, regresó minutos después con una llave y se puso a tocar el violín al lado del foso de la vieja estación abandonada. Y el sindicalista, para quitarle importancia, bromeó hablando de la acústica. Otro empleado del turno de noche se coló con otra llave para esconderse allí y fumarse lo que parecía un cigarro. Una empleada

entró con un compañero para tener una sesión de sexo de aquí te pillo y aquí te mato. Otra compañera entró para comerse una ensalada y ver tranquila una serie de Netflix en su móvil. Y Gabriel habló de la libertad del empleado de hacer lo que le viniera en gana en su tiempo de descanso. Uno de las oficinas de la planta superior también utilizó una llave para hacer meditación y, para terminar, un individuo primero abrió la puerta para dejar material de limpieza y un taladro. Horas más tarde volvió a entrar para esconderlo todo en una mochila y llevárselo a su casa. El sindicalista no dijo nada.

—Esto es un resumen de los dos días de grabación… —dijo Sallada con el chicle en la boca.

—Ya sabemos dónde están las llaves perdidas… Qué cabrones… —se quejó Ernesto—. Los de mantenimiento decían que querían todas las garantías para subir a trabajar, que si equipos de protección, máscaras integrales…, pero para fumar y tocar la «gaita» ningún problema…. —bramó.

—¿Y qué vamos a hacer con las llaves y con el ladrón? —preguntó Sallada.

—Nada, el acuerdo era no denunciar lo que no estuviese relacionado con el dedo, por eso estoy aquí… —recordó Gabriel—. También puede ser que lo haya tomado prestado.

—Sí, claro, el jabón y la lejía los ha tomado prestado, no te jode —bramó Sallada.

—Mucho me temo que denunciar un robo o un hurto descubierto por una cámara espía colocada para otro cometido nos traería problemas —dijo Ernesto.

—Sí, claro… ¿No será porque el ladrón es familiar de alguien? —preguntó Sallada indignada.

—Seguramente —dijo Ernesto mirando a Gabriel de soslayo.

—Flipo con vosotros —dijo Sallada con la mascarilla en la barbilla—. Pues yo paso de recoger el equipo… No lo pienso ni desconectar… que no es mi trabajo. Ya vendrá un técnico el lunes cuando deje de fumar porros o cuando vaya a tocar el violín… Qué vergüenza… —dijo saliendo de la oficina dando un portazo…

—Bueno, avisaré a los de arriba diciendo que no hemos descubierto nada y que finiquitamos el tema de las cámaras —dijo Ernesto.

XXX

El señor Salvador pasó el resto de la tarde en aquella sala de reuniones analizando las grabaciones. Tenía plena confianza en la profesionalidad de Sallada y estaba convencido de que, si ella no había encontrado nada, él tampoco lo haría. Sin embargo, no tenía nada más importante que hacer hasta el final de la jornada. Así que amplió, rebobinó, congeló y pasó las imágenes a cámara rápida y lenta durante toda la tarde. Después de unas horas, llegó a la conclusión de que había tres juegos de llaves que los empleados, al parecer, se iban pasando para colarse en la estación fantasma y que nadie había entrado con la intención de buscar nada en concreto excepto un poco de intimidad. Así que, antes de marcharse a casa, volvió a entrar en la vieja estación para ver si se le había pasado algo por alto. Antes de entrar, saludó a las cámaras para dejar constancia de su entrada, porque tenía claro qué, aunque Ernesto había avisado a los directivos de que la investigación no había dado frutos, todavía tardarían unos días hasta que algún técnico se dignara a llevarse el equipo.

Ya fuera porque no era la primera vez que había entrado allí en menos de una semana o porque estaba concentrado buscando pistas, aquella vieja estación ya no le daba tanto repelús. Le parecía mentira que en menos de una semana hubieran pasado tantas cosas. Y a medida que subía los escalones empezó a pensar que su investigación era una pérdida de tiempo, porque tarde o temprano la Policía atraparía a un asesino desesperado que, a cada nuevo movimiento que

hacía, dejaba un reguero de pistas. Sin embargo, tenía la horrible sensación de que, si no hacía nada, todavía podía aparecer otro cadáver y él no quería más muertes sobre su conciencia.

Allí arriba no había nada diferente a la última vez. Sangre seca y una lona de plástico de obra en el fondo del foso acumulando polvo. El señor Salvador intentó elucubrar una posible pelea o un ajuste de cuentas, pero no pudo llegar a ninguna conclusión. Se quitó la americana y se arremangó para bajar al foso. Se manchó las mangas de la camisa de polvo para descubrir que la lona de plástico tenía restos de sangre, o quizás de pintura roja. Cuando se cansó de jugar a los detectives, con las manos vacías y sucias, regresó a su despacho para recoger sus cosas y volver a casa. Allí en la soledad de una oficina en la que los pocos que no hacían teletrabajo ya hacía rato que se habían marchado a casa, se encontró con una joven prometedora que había pasado a verlo.

—Salvador.

—¡Señorita Justicia! ¡Qué sorpresa! ¿Ha venido a verme?

—Claro, como esta mañana me has dado plantón, he venido a traerte tu cartera.

—Pues lo siento mucho, la verdad; no hacía falta. Me sabe fatal, es que he tenido un imprevisto esta mañana. No debía haberse molestado —dijo el señor Salvador.

—¡Qué va! No pasa nada, he ido a la entrevista y me venía de camino… Bueno, la verdad es que no me venía de camino, pero estaba tan emocionada que te he traído un regalito…, una tontería… —dijo ofreciéndole una caja sin envolver—. Es que lo compré por Amazon y

pedí dos porque estaban de oferta. Es una linterna de luz negra, para detectar rastros de sangre —dijo con ilusión.

—Muchas gracias, no hacía falta. ¿Y qué tal ha ido la entrevista? —dijo encendiendo y apagando la linterna un par de veces.

—Genial, me han hablado de un proyecto nuevo…, pero no te puedo contar más… He firmado un contrato de confidencialidad…

—No me diga nada más, señorita… Me hago cargo… —dijo dejando la peculiar linterna sobre su mesa.

—¿Qué tal va la investigación del dedo?

—Pues, la verdad, estoy un poco estancado —dijo el señor Salvador sentándose a su mesa—. Tengo la sensación de que el hombre que buscamos es uno de estos… —dijo abriendo el archivo del ordenador que contenía la imagen de los directivos de la reunión virtual—. Estoy convencido de que a uno de ellos le falta un dedo y conduce un BMW negro…

—¿Un BMW? ¿He acertado? —preguntó ella ilusionada.

—Acertar no es la palabra, señorita. Lo suyo no es suerte, lo suyo es un don…

—Si quieres, envíame el archivo y le echo un vistazo… —dijo ella mirando la pantalla con atención…

—¿Por qué cree usted que he encendido el ordenador, señorita?

Después del intercambio de fotos, archivos e información, la despedida fue rápida. Ella se fue a investigar por su cuenta, y él, después de pasar por su casa para dar un paseo con su mujer, recogió su espada y se marchó a entrenar. Tenía mucho que pensar, mucho

estrés que desenfundar y muchas ganas de batirse en duelo con algún mozalbete y, con suerte, algún duelista de renombre. Pero después del *entreno*, el señor Salvador no tuvo bastante y continuó entrenando. Se quedó solo practicando ataques y estocadas contra una pared engomada.

—Cierras tú, pon la alarma… —dijo el maestro de esgrima antes de abandonar la nave industrial.

—Descuida, tengo las llaves —contestó el señor Salvador antes de atacar de nuevo la pared.

Media hora después, el señor Salvador todavía tenía fuerzas para bailar y zumbar la espada en el aire.

—Este gimnasio no se parece en nada a la choza que tenías en Casablanca para entrenar —dijo el inspector alzando la voz desde la puerta del gimnasio.

El señor Salvador dio un par de estocadas más contra la diana de la pared engomada antes de contestar.

—Muy importante tiene que ser para que te presentes aquí con la pistola debajo de la americana… —dijo el señor Salvador llevándose la mano al hombro derecho.

—María Helena Ramírez ha decidido hablar, pero dice que lo hará solo con un tal Martín Salvador…

—¿Y no podías haberme llamado por teléfono?

—¿A esa antigualla a la que nunca contestas? ¿Cuándo te vas a comprar un móvil con WhatsApp?

—Este móvil es imposible de hackear y de localizar… —respondió el señor Salvador

—No me extraña; anda, tira, que te llevo en coche y así vamos más rápido…

XXXI

Todavía era jueves por la noche y el señor Salvador estaba de nuevo en el hospital. Y aunque la juventud de menos de cuarenta años se reunía para hacer botellones, oficialmente, el país estaba navegando por la quinta ola de la pandemia de COVID-19 y por eso le obligaron a entrar a la habitación con doble mascarilla, visera de plástico, batas de protección, guantes de látex y un inspector a juego. Los efectos de la sedación por la operación en la pierna ya le habían pasado a María Helena Zambrano, que estaba dispuesta a declarar.

El señor Salvador no dudó en sentarse en el regazo de su cama.

—Hay un policía en la puerta. No debe temer nada —dijo el señor Salvador.

La mujer le apretó la mano y le dio las gracias.

—¿Qué pasó en la estación abandonada?

La mujer cerró los ojos y habló en voz baja.

—Estaba prevista una visita importante… la prensa… o algún político… No lo sé…, y me dijeron que me ocupara solo de limpiar la vieja estación, colillas, basura y esas cosas… Fue el domingo por la tarde, cuando estaba en el andén… Se presentó un hombre… Me dijo que le habían mandado para ver cómo iba la limpieza… Parecía simpático… Era amable…, hasta que… empezó a tocarme los pechos y a besarme… Yo le dije que parara, pero él me lanzó contra el suelo y… —dijo ella soltando una lágrima— intenté levantarme, pero él me sujetó de los pies, me arrastró hacia él y me bajó los pantalones…

Entonces alcancé la rasqueta con la que sacaba los chicles… y, cuando se estaba bajando los pantalones…, le pegué una patada… y cuando perdió el equilibrio intenté clavarle la rasqueta en cualquier lado… Yo solo quería huir…, pero se apartó… y se la clavé en la mano… Yo no quería que pasara eso… —dijo entre sollozos—… todo se llenó de sangre... Él empezó a dar alaridos y me golpeó… Me caí al foso, creo… La verdad es que no lo tengo muy claro… Lo siguiente que recuerdo es que desperté envuelta en un plástico y todo estaba oscuro… No sabía cuánto tiempo llevaba allí…, pero continuaba en el foso…, en un rincón… Salí de allí corriendo sin mirar atrás… Cuando me dijo esta mañana lo del dedo me asusté…

—¿Podría usted identificar a su agresor? —preguntó el inspector desde el fondo de la habitación.

—No, todo estaba en penumbra… y tampoco lo recuerdo bien…

El señor Salvador le apretó la mano para que se olvidara del inspector.

—Por eso no fue a la policía, por eso se despidió… Tenía miedo a lo que pudiera pasar… —dijo el señor Salvador.

Ella se sorbió los mocos.

—Esto ya le pasó a la anterior chica, la que yo estaba supliendo… y me avisó... Me dijo que tuviera cuidado… A ella la cambiaron de destino… y unos meses después la echaron por una tontería… Yo le he cortado un dedo… Es mi palabra contra la de un jefe… Estoy segura de que si decía algo podía acabar en la cárcel…

—¿Recuerda cómo se llamaba la chica que la avisó? —preguntó

el señor Salvador.

—Marta García o Gracia…, no recuerdo bien… Solo me dijo que se quejó a la supervisora y a vuestro jefe…, el pelirrojo, y que nadie la creyó…

—Ha hecho bien hablando con nosotros. Ese individuo es peligroso y no permitiremos que haga daño a nadie más… y gracias a usted, pronto caerá… Ahora no debe preocuparse por nada; tiene protección, ya está a salvo… Descanse…

La conversación no duró mucho más. Ella le dio las gracias entre lágrimas; la enfermera les pidió que la dejaran tranquila, y el señor Salvador y su amigo el inspector abandonaron el edificio.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector mientras esperaban al ascensor.

—Pues…, creo que después de que ella le cortara el dedo al violador, él la golpeó, la tiró al foso, la dio por muerta y la dejó allí arriba para coserse el dedo y volver más tarde…, pero cuando se enteró de que no había muerto… intentó deshacerse de ella atropellándola para que no lo identificara... —dijo el señor Salvador entrando en el ascensor.

—Es factible, pero seguimos igual… No tenemos identificado al agresor… Tendremos que buscar a la tal Marta García o Gracia, quizás ella pueda —dijo el inspector mirando sus notas.

—Si vas a ver a su supervisora, salúdala de mi parte. Yo mañana tendré una charla con Ernesto… —dijo el señor Salvador.

XXXII

El señor Salvador no tenía claro por qué no podía dormir, quizás los nervios o tal vez la próstata, así que después de un par de horas dando vueltas en la cama decidió servirse una copa de *bourbon*. Había quedado por la mañana con su peculiar socio de investigación, Gabriel el sindicalista. Lo había llamado después de la declaración de María Helena Zambrano en el hospital. Su intención era interrogar a Ernesto para preguntarle acerca de la antigua empleada que había sido acosada por alguien de la empresa. Y después de la última reunión con los directivos, en la que lo habían echado a patadas virtuales al insinuar que uno de ellos podía ser un asesino, no tenía claro si Ernesto le mandaría a casa a teletrabajar de una patada en el culo en cuanto empezara a preguntar por temas relacionados con su investigación casera. Por eso solicitó la ayuda de Gabriel, que todo lo que fuera hostigar a un supervisor le provocaba un placer extremo.

Si la tal Marta García o Gracia había sido acosada por un empleado, quizás se trataba de la misma persona que había atacado a María Helena Zambrano y tal vez podría identificarlo. Pero cuando abordaron a Ernesto en su despacho a primera hora de la mañana laboral, Ernesto se levantó de su silla con la excusa de que para lidiar con ellos necesitaba antes un café bien cargado.

—¿Queréis uno? —dijo desapareciendo por la puerta en dirección a la sala de descanso.

Tres minutos después, Gabriel, cansado de esperar, se levantó

de la silla y se asomó por la puerta.

—Parece que tiene para un rato —dijo mirando por el pasillo hacia la sala de descanso—. Está de palique con un mecánico.

El señor Salvador, al escuchar aquello, se levantó con naturalidad, rodeó la mesa y empezó a deslizar el ratón del ordenador de Ernesto ante la mirada de sorpresa de Gabriel.

—Tiene la sesión abierta…. —comentó mientras tomaba asiento y se ponía con tranquilidad las gafas de la presbicia.

Gabriel resopló y volvió a mirar por el pasillo.

—Vaya, este hombre sí que tiene trabajo… —dijo el señor Salvador refiriéndose a la cantidad de mensajes sin leer que tenía Ernesto en la bandeja de entrada de su ordenador.

Gabriel no respondió, estaba nervioso vigilando a ambos lados del pasillo mientras el señor Salvador tecleaba en el buscador del correo electrónico de Ernesto.

—Pues no tiene ningún *e-mail* en el que se hable de acoso o violación —dijo el señor Salvador levantando la voz para que le escuchara Gabriel.

—Normal, nunca pondrían nada así por escrito… Prueba con «queja», «problemas con la limpieza», cosas así… —dijo Gabriel en voz baja, histérico y acelerado.

—Toda la razón —dijo el señor Salvador—. Aquí hay un *e-mail* de Ernesto dirigido al departamento de… Riesgos Laborales… y también a la supervisora… con una queja de… la empleada de la limpieza… Marta Graciela Ledesma… Vaya nombrecito —comentó el señor Salvador mientras continuaba leyendo *e-mails*—. Hace seis

meses…, se quejó por el comportamiento de un empleado que le hacía sentir incómoda…, pero no explica nada más…

—Mucho es…, muy grave debía ser el tema para que Ernesto pusiera la queja por escrito, venga, espabila, que ya está en el pasillo…

—¿Ya viene?

—No, pero espabila, joder…

—Aquí hay e-mails cruzados…, uno de la supervisora recomendando un cambio de destino para que la empleada se sintiera más segura… Otro de Riesgos Laborales recomendando una encuesta anónima a los empleados… para…, vamos a ver…, ah, sí, para determinar si habían sido testigos de algo parecido y la magnitud del problema, otro de alguien que se quejaba de la trabajadora por su actitud… A ver… ese nombre me suena… —dijo deslizando sin pensar el ratón por la pantalla y cliqueando en el icono de impresión.

—Pero ¿qué haces? —dijo Gabriel poniendo los ojos como platos al ver que la impresora de Ernesto se ponía en funcionamiento —. ¡Que ya viene, coño! ¿Cuántos folios son? —preguntó gritando en voz baja.

El señor Salvador miró la pantalla del ordenador, pero prefirió no responder, treinta y dos folios eran demasiados hasta para él. Pero mientras ojeaba las hojas que iban saliendo, tenía más claro que había pulsado el icono correcto. Un tal Ramiro Malvín firmaba un *e-mail* en el que hablaba de la mala predisposición y actitud de una empleada de la limpieza, la misma que se quejó días después… Todo aquello sucedió seis meses atrás. Ramiro Malvín casualmente era uno de los

directivos que formaba parte de la reunión virtual en la que el señor Salvador había insinuado que alguno de ellos podía ser el asesino. Y sus dudas se disiparon por completo cuando intentando acelerar o detener el proceso de impresión vio aparecer un e-mail en la bandeja de entrada de Ernesto. Ramiro Malvín anunciaba a todo el mundo que había decidido abandonar la empresa para comenzar un nuevo proyecto personal.

—¡Ya está aquí! —dijo Gabriel histérico.

El señor Salvador no dijo nada; todavía quedaban diecisiete folios y estaba concentrado intentando averiguar el funcionamiento de la impresora.

Cuando Ernesto llegó a la puerta, Gabriel salió a su encuentro y le cantó las cuarenta para ganar tiempo.

—¿Tu qué? Te vas a tomar un café y no invitas, qué vergüenza, ni los directivos hacen eso… —dijo Gabriel en tono jocoso mientras el señor Salvador desenchufaba la impresora sin piedad.

—Pero, si os he preguntado… —dijo Ernesto riendo y negando con la cabeza.

—¿Ah sí?

—Venga… ¿De qué queríais hablar? —preguntó Ernesto antes de entrar en su despacho.

—He venido para preguntar cómo va eso del teletrabajo… —dijo el señor Salvador saliendo por la puerta con un montón de folios en la mano.

—¿Y para qué te has traído al señor del tupé? —preguntó Ernesto.

—Estoy aquí para defender los derechos de mi compañero y para exigir que se le pague parte de la factura de la línea telefónica…

—No será verdad… —dijo Ernesto con incredulidad.

—Totalmente —mintió Gabriel.

XXXIII

Por suerte para Ernesto, la absurda reunión fue bastante corta, porque, en cuanto sonó su teléfono, se escabulleron pidiendo unas disculpas que aceptó aliviado levantando el pulgar mientras contestaba a la llamada.

Después de pedirse unos cafés en la máquina, los investigadores se colaron en la pequeña pero efectiva sala de reuniones de siempre. El lugar perfecto para elaborar una teoría criminológica y cronológica con un sospechoso como protagonista: Ramiro Malvín.

—Según los *e-mails,* hace seis meses este señor formuló una queja sobre una empleada de la limpieza llamada Marta Graciela Ledesma. Días más tarde, Ernesto informó por escrito de un «malentendido» entre ella y un empleado desconocido —dijo el señor Salvador subiendo la pantalla del proyector que ocultaba una pizarra blanca.

—Y mandaron a la compañera a otra sección. Típico del patriarcado empresarial. El jefe se queda, la empleada se jode —dijo Gabriel mientras el señor Salvador trazaba una línea horizontal con un rotulador verde en la pizarra.

—Este domingo María Helena Zambrano, empleada de la limpieza, fue atacada en la estación fantasma y ella le seccionó un dedo con una rasqueta —dijo el señor Salvador apuntándolo en la pizarra.

—Poco le hizo a ese cabrón —dijo Gabriel.

—Al parecer, el violador, lleno de rabia, la empujó al foso y ella al caer se golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento… y, creo que pensando que había muerto, decidió ocultarla bajo una lona para intentar curarse el dedo con la intención de regresar más tarde para deshacerse del cadáver… —dijo el señor Salvador.

—Pero se le cayó el dedo y el lunes por la mañana Patricia lo encontró en el pasillo… —comentó Gabriel.

—Efectivamente, y ese mismo día Ramiro Malvín rescató un viejo informe sobre el amianto con el fin de que nadie entrara a la estación fantasma, pero le salió rana, porque cerramos la puerta con llave y cuando regresó por la noche no pudo entrar —continuó elucubrando el señor Salvador.

—Vale, pero aquí hay un *e-mail* de Sonsoles quejándose de la limpieza… Del domingo por la noche, para ser exactos…. Y otro del mismo lunes por la mañana de la supervisora de la limpieza informando que la empleada tenía covid… Por lo que, si el violador era el tal Ramiro, ya sabía que no había cadáver… —dijo Gabriel leyendo la información en los *e-mails*—. ¿Estaría buscando otra cosa?

—O tal vez quería asegurarse… —dijo el señor Salvador escribiendo un interrogante en la pizarra—. Continuemos, vamos a ver… Patricia encuentra el dedo, me lo entrega a mí, yo se lo doy a Ernesto y él envía un mensaje a todo el mundo.

—Entonces aparece la chica de prácticas… —dijo Gabriel.

—Chica con la que Ramiro tiene una relación —apuntó el señor Salvador—, a la que manipula para que recupere el dedo. Pero, al no conseguirlo, envía a la chica a la reunión de Patrimonio Histórico para

que averigüe qué sucede con la estación fantasma… Discutimos y ella quizás empezó a sospechar y quedó con él para pedirle explicaciones o tal vez le amenazó con ir a la Policía…

—Y el malnacido la mató a golpes —dijo Gabriel mientras el señor Salvador apuntaba el nombre de la chica y la marca del coche.

—Eso del BMW te lo dijo la tal Justicia, ¿verdad? ¿Es de fiar?

—Más que usted.

—No lo dudo… —dijo Gabriel sonriendo.

—Sigamos —dijo el señor Salvador—. El tal Ramiro consigue la dirección de María Helena e intenta atropellarla para evitar que lo reconozca…

—Demasiado arriesgado, ¿no? Además, podría ser cualquiera de los otros directivos, en estos *e-mails* cruzados, salen los correos de todos ellos… —comentó Gabriel.

—Es una corazonada —dijo el señor Salvador—. Ramiro Malvín acaba de anunciar que abandona la empresa… Yo creo que está desesperado y sabe que tarde o temprano sus compañeros se darán cuenta de que tiene un dedo menos.

—¿Y cuál es el plan? ¿Reunirlos a todos para que nos enseñen las manos?

—Pues ahora mismo están todos en la central y con que nos muestren la mano derecha ya nos sirve… —dijo el señor salvador mirando la hora en su reloj.

—¿Y a qué esperamos? —preguntó Gabriel con una sonrisa.

No tardaron mucho en recoger los bártulos y tomar un taxi para llegar a la reunión a tiempo. Durante el trayecto, el señor Salvador

revisaba los papeles.

—Me estaba preguntando… —dijo el señor Salvador—. ¿A qué se dedica el tal Ramiro en la empresa? ¿Qué hace? No me queda claro…

—Operaciones e instalaciones… Dicen los rumores que empezó siendo un despacho sin nombre y sin trabajo para un antiguo directivo al que no querían pagarle el finiquito, pero con el tiempo empezaron a pasarle todos los marrones y ahora ese departamento maneja el cotarro… Son como un enlace entre el resto de los departamentos…

—¿Pero exactamente qué hacen? —dijo el señor Salvador sin entender nada.

—Chupar del bote, compañero… Ya estamos llegando… ¿Preparado?

—¿Y nos dejarán entrar? —preguntó el señor Salvador.

—Por la puerta principal será sencillo, somos de la casa…

—¿Y en la planta trece? Imagino que allí será más complicado —dijo el señor Salvador.

—Yo me ocupo de que nos dejen entrar en la reunión y tú te encargas de desenmascarar al asesino —dijo Gabriel a punto de echarse a reír.

—Entonces repasemos los papeles....

Tal y como había vaticinado el sindicalista, cuando llegaron al enorme edificio de la empresa de transportes situado en un páramo plagado de naves industriales, la entrada fue fácil, pero, trece pisos más arriba, el único recepcionista que había les impidió el paso.

—¿Dónde van? —preguntó un joven desde la mesa de

recepción sin levantar la mirada del móvil.

Gabriel antes de responder esperó unos segundos para crear un poco de misterio y cuando tuvo la atención que necesitaba señaló al señor Salvador con la cabeza.

—Este es el inspector Clouseau y yo soy su ayudante, llegamos tarde a una reunión de Dirección.

El recepcionista, pensativo, los miró con el ceño tan fruncido que le debía doler.

—¿Clouseau? ¿Como el de los dibujos animados?

—Efectivamente —dijo el señor Salvador con dignidad.

—Síganme —dijo el muchacho con seriedad.

—Luego le explicas a los compañeros del túnel que no hay dinero para subirles el sueldo porque se lo han gastado todo contratando a lumbreras como este… —susurró el sindicalista ante la mirada de asombro del inspector Clouseau.

—¿Y no hay nadie aquí que supervise a este individuo? —preguntó el señor Salvador en voz baja.

— La que se ganó la plaza por méritos propios, pero creo que está de baja por depresión.

—No me extraña —contestó el señor Salvador.

XXXIV

El imponente e insulso edificio de oficinas parecía estar en el lugar equivocado. Situado en el polígono sur de la ciudad, estaba rodeado de autopistas, carreteras y naves industriales. Y, aunque no había edificación que le hiciera sombra, las vistas de la ciudad por lo general estaban intoxicadas por la contaminación. No había muchos comercios en la zona, ni parques, ni jardines por los que pasear a la sombra. Aquello era un páramo y los empleados que, con permiso de la empresa y para evitar el sedentarismo, decidían dar un paseo se dedicaban a dar vueltas alrededor del edificio como si fueran presos en una cárcel de mínima seguridad. Quizás por ese motivo cuando llegó la pandemia todo el mundo que pudo se aferró al clavo ardiendo del teletrabajo dejando al personal mínimo en aquel lugar. Quizás por aquel motivo al inspector Clouseau y a su ayudante les resultó tan sencillo acceder a la decimotercera planta y caminar por sus pasillos forrados de madera añeja. Allí, excepto las vistas, todo era diferente. Los techos parecían más altos y las plantas olían a verde. Se notaba que los arquitectos y diseñadores se habían esmerado en dejar claro que los empleados que pululaban por aquellas dependencias trabajaban y cobraban más que el resto de los currantes o al menos lo aparentaban. Allí el silencio era tenso y artificial. No se oían conversaciones altas, ni murmullos, ni carcajadas. Se respiraba una calma tensa que daba la falsa sensación de que todo estaba controlado. Una armonía que tan solo se resquebrajaba por el ruido de

los zapatos del recepcionista, el inspector Clouseau y, por encima de todo, por la goma de las zapatillas de Gabriel el sindicalista, que parecía disfrutar de cada paso que daba.

—Ya hemos llegado —dijo el ayudante delante de las puertas dobles de la sala de reuniones.

—Todavía está usted a tiempo de retirarse —comentó el señor Salvador mientras daba una última ojeada a los papeles.

—No me perdería esto por nada del mundo… —dijo Gabriel mientras se arreglaba el tupé antes de que el recepcionista abriera las puertas de la sala de reuniones.

Para decepción de Gabriel, la sala no era ostentosa, no estaba revestida de madera noble ni tenía poltronas en lugar de sillas. La mesa era alargada y funcional y las doce personas sentadas a su alrededor estaban ocupadas, trabajando, concentradas y atentas a las indicaciones de Sallada. Les estaba dando una lección de Derecho Penal sin mascarilla, sin chicle y sin decir una sola palabra malsonante. Sin embargo, cuando el recepcionista abrió la boca, todos dirigieron sus miradas hacia la puerta.

—El inspector Clouseau y su ayudante ya están aquí —dijo en voz alta el recepcionista antes de abandonar la sala.

—No me lo puedo creer —dijo el corpulento directivo que el día anterior había desconectado al señor Salvador de la reunión virtual.

—Yo tampoco —dijo el señor Salvador—. Personalmente, Hércules Poirot me hubiera gustado más —dijo mientras escrutaba la sala de reuniones.

Quizás el tamaño de aquella sala era inmenso para las personas que estaban allí reunidas, pero era el tamaño ideal para que pudieran estar separadas sin posibilidad de contagio. Las ventanas estaban abiertas para airear la estancia, las luces apagadas para dar mayor visibilidad a la pantalla de proyección y por la expresión de los ojos de los participantes de la reunión era obvio que debajo de sus mascarillas, todos tenían la boca abierta.

Y, para deleite del señor Salvador, todos tenían los dedos en su sitio, aunque para cerciorarse de aquello tuvo que dar unos pasos por la sala de reuniones.

—Disculpen el retraso —dijo el señor Salvador para ganar tiempo mientras observaba las manos de los allí reunidos.

—Me parece recordar que no estaba usted convocado a la reunión —dijo el corpulento directivo que presidía la mesa.

—Pues la verdad es que no, pero me he tomado el lujo de presentarme, porque tengo información urgente y confidencial sobre el caso de la chica de prácticas asesinada —dijo el señor Salvador volviendo al lado de Gabriel.

Cuando se puso a su lado, el sindicalista, que ya estaba preparado, mostró al señor Salvador el folio con la imagen de la reunión virtual del día anterior.

—¿Y cuál es esa información tan importante que no puede esperar? —preguntó el inmenso directivo que presidía la mesa.

El señor Salvador no contestó, estaba discrepando en voz baja con Gabriel quién era quién en aquella reunión. Estaba Sonsoles con cara de alucinada y varios de los directivos que en la reunión anterior

habían tenido las cámaras apagadas. Todos sentados, todos expectantes y todos con los dedos en su sitio. Tan solo faltaba una persona. Ramiro Malvín. Y Gabriel se lo confirmó señalando la foto con el dedo.

—Disculpen… ¿Cuál es esa información tan importante que no puede esperar? —dijo el directivo con incredulidad llamando la atención del inspector Clouseau y de su ayudante.

—Estamos aquí porque tenemos la certeza de que un miembro de su equipo es un asesino —sentenció el señor Salvador.

XXXV

Ya lo habían planeado en el taxi de camino a la central, aquellos peces gordos estaban acostumbrados a lidiar en reuniones y negociaciones todos los días. No debían dejarles reaccionar. Por ese motivo Gabriel dejó caer los papeles con contundencia sobre la mesa de reuniones y funcionó porque los pilló a todos desprevenidos. Entonces el señor Salvador comenzó su discurso. Y lo contó todo. Empezando con el primer caso de acoso seis meses atrás. Evitó nombrar a Ramiro Malvín hasta el final. También explicó como María Helena Zambrano le cortó el dedo al supuesto violador. Tampoco quiso decir que Sallada le había ayudado a tomar la decisión de llevar el dedo a la comisaría por iniciativa propia para no comprometerla. Explicó que el homicida era un hombre y aseguró que le faltaba el dedo anular de la mano derecha. Que estaba seguro de que había tenido una aventura con la estudiante fallecida y que la marca del vehículo en el que la había atacado era un BMW, y era de la misma marca y color que el coche que había intentado atropellar a María Helena Zambrano.

Y mientras contaba y enumeraba sus certezas, el señor Salvador caminaba de un lado para otro a lo largo de la sala de reuniones como si se tratara del detective Hércules Poirot en los últimos capítulos de *Muerte en el Nilo*. Y no le importaba lo más mínimo la cara de incredulidad del peso pesado del directivo, la cara de alucinada de Sallada y la de Sonsoles que con cada detalle que escuchaba más se horrorizaba.

—Un momento —interrumpió uno de los directivos bastante emocionado—. ¿Esto de la marca del vehículo? ¿De dónde ha sacado el informe? —preguntó con verdadera inquietud ante la mirada de desaprobación del corpulento directivo que lideraba la reunión.

Al ver que había captado la atención de los asistentes, el Señor Salvador se vino arriba y explicó la teoría de su forense particular y de paso recomendó con pasión su traslado al Departamento de Seguridad.

Otra de las asistentes levantó la mano con escepticismo mientras revisaba algunos de los *e-mails* que Gabriel el sindicalista les había ido pasando

—Estas atrocidades… —dijo ella ojeando los *e-mails* sin querer pronunciar la palabra homicidio—. ¿Está diciendo que las ha cometido un miembro del equipo directivo? La verdad, me parece una acusación con poco fundamento. Para empezar, aquí en esta sala no son todos miembros del equipo de dirección, también hay mandos intermedios y jefes de sección… El autor de estos hechos podría ser cualquiera.

Gabriel el sindicalista soltó el principio de una carcajada que evitó terminar llevándose la mano a la mascarilla. Para él todos eran iguales.

—Tiene toda la razón —respondió el señor Salvador—, pero tan solo un miembro del equipo directivo tenía acceso a toda la información, tan solo una persona podía tener contacto con todos ustedes, y en todos y cada uno de los *e-mails* que tienen sobre la mesa, en todas las respuestas y los envíos y los reenvíos se repite el mismo nombre. La misma persona que se quejó de una empleada acosada

hace seis meses, la misma persona que envió el informe del amianto de la estación abandonada, la misma que aceptó la instalación de las cámaras espías, la misma persona que reenviaba algunos de sus *e-mails* con copia al correo genérico del Departamento de Marketing, cuenta usada por la fallecida joven de prácticas, por no decir asesinada.

—Ramiro Malvín —susurró Sonsoles sin creérselo mientras ojeaba algunos de los papeles.

—Y con semejante información… ¿Por qué no ha acudido a la Policía en vez de perder el tiempo aquí con nosotros? —preguntó el corpulento directivo.

—Pues, la verdad, los cuerpos y fuerzas de seguridad son muy eficientes y no tengo duda alguna de que atraparán al asesino tarde o temprano, pero la burocracia es lenta y cuando emitan una orden de detención seguramente ya estará en algún país sin orden de extradición… Además —dijo el señor Salvador con una sonrisa—, he querido seguir los protocolos como usted me indicó en la reunión y he querido informar de todo primero al Departamento de Seguridad de la empresa —dijo mirando a Sallada.

—Entonces, según su teoría, el culpable de todo esto es nuestro querido Ramiro Malvín —dijo el directivo leyendo alguno de los *e-mails* por encima—. Sin embargo, no me consta que este señor tenga un BMW. De hecho, me parece recordar que tiene o tenía una moto y que había tenido un accidente; por eso no puede acompañarnos en esta reunión.

—Una prueba más. Pretende ocultar que ha perdido un dedo y ha solicitado la baja en la empresa —dijo el señor Salvador con total

seguridad.

—Muy bien… Pues ante una acusación de tal calibre, no estaría de más darle su derecho a réplica —dijo el directivo pulsando el botón de un pequeño teclado que tenía sobre la mesa…

El señor Salvador evitó poner cara de asombro y se limitó a arquear las cejas.

—Justo antes de entrar ustedes, habíamos terminado la reunión, y Sallada nos estaba aclarando unos conceptos de derecho penal mientras nos conectábamos con nuestro colega Ramiro Malvín para despedirnos —dijo el directivo mientras se encendía la pantalla del proyector—, y, si no me equivoco, creo que ha sido partícipe de su tremendo discurso y acusación —concluyó.

La cara de Ramiro Malvín apareció en primer plano en la pantalla del proyector.

XXXVI

Ramiro Malvín era un hombre atractivo, seguro de sí mismo y estaba encantado de haberse conocido. A pesar de estar de baja por covid, se había tomado la molestia de engominarse el pelo y ponerse una corbata estridente con nudo italiano para la reunión. Y pudiera ser que de cintura para abajo estuviera en calzoncillos, pero no cabía duda que la imagen que daba delante de la cámara era impoluta.

—Ante todo, buenos días —dijo Ramiro con una sonrisa en la cara—, y, después de escuchar a nuestro compañero Salvador, ¿qué puedo decir? Estoy asombrado.

—No lo dude, aquí estamos todos igual —dijo el directivo que dirigía la reunión.

—Antes de llamar a mi abogado —dijo Ramiro en tono jocoso —, deseo afirmar que efectivamente tengo un vehículo marca BMW, pero lamento comunicarle, sin ánimo de fastidiarle su apasionante historia…, que lo que poseo es una moto de gran cilindrada. Yo no tengo coche, que ya me gustaría, la verdad, pero la mitad de mi pensión se la lleva mi exmujer, y Lourdes, mi actual mujer, tiene que conformarse con un Seat Ibiza, la pobre. —Algunos de los asistentes masculinos de la reunión sonrieron y Ramiro Malvín continuó—, así pues, sin más dilación, creo que lo que ahora están esperando todos los asistentes es que les muestre la mano derecha.

Después de decir aquello, el señor Ramiro Malvín con una

sonrisa levantó la mano y la mostró a la pantalla para que todo el mundo pudiera ver que tenía los cinco apéndices intactos.

—Pues qué contrariedad —comentó en voz baja el señor Salvador a Gabriel.

En la sala de reuniones se pudieron escuchar algunos murmullos ininteligibles para el señor Salvador. También algún suspiro, incluso alguna expresión de decepción, pero sobre todo se pudieron escuchar algunas risas apagadas cuando el señor Ramiro Malvín cerró los dedos de la mano para hacerle al señor Salvador durante un instante lo que parecía una peineta.

—¿Y la otra mano? ¿Nos la puede mostrar? —preguntó el señor Salvador.

—¡Bueno! Ya está bien —dijo el jefe de los directivos cansado de todo aquello—. Está claro que su teoría cojea por muchos lados. Y le agradecemos su iniciativa y su esfuerzo —dijo con condescendencia —, pero debería dejar trabajar a los profesionales y volver a su puesto —dijo pulsando una tecla de la pequeña consola de su mesa.

Antes de que el señor Salvador pudiese reaccionar o replantearse su teoría, las puertas dobles de la sala de reuniones se volvieron a abrir. El muchacho de la recepción volvió a aparecer y el peso pesado de los directivos habló.

—El inspector Clouseau y su ayudante ya se marchan. —Y las carcajadas y las mofas inundaron la sala de reuniones, con excepción de Sallada y Sonsoles, que prefirieron bajar la mirada.

—¿Pero este payaso de dónde ha salido? —preguntó uno de los directivos cuando el señor Salvador y Gabriel abandonaron la sala de

reuniones.

—Martín Salvador es un empleado de la sección de Montjuïc. Trabajó durante treinta años para el Ministerio del Interior y es un gran profesional —dijo Sallada con seriedad.

—¿Y qué es lo que hace exactamente en esa sección? —preguntó el peso pesado.

—Revisa protocolos de seguridad antes de que los validen los departamentos pertinentes…

—¿Revisa informes que no son suyos para que los aprueben otros empleados? —preguntó otro directivo entre risas—. Ahora entiendo qué hace en esa sección. El que lo contrató se cubrió de gloria.

—Y que lo diga —dijo el directivo que dirigía la reunión—, y me estoy arrepintiendo de haber contratado a otros también, como el que enchufó al lumbreras de la puerta… —sentenció con mirada asesina.

Y después de decir aquello, se acabaron las mofas y las risillas, y el silencio artificial de costumbre volvió a reinar durante unos segundos en la sala de reuniones.

—Hace un año me llamaron del Ministerio del Interior para recomendarme a un hombre y le pasé el asunto al Departamento de Recursos Humanos; la verdad, no me miré el expediente. Y quizás era un profesional en otros tiempos, pero parece que está oxidado —dijo el corpulento directivo mientras se masajeaba la frente con los dedos.

—Bueno, me imagino que los del Ministerio del Interior se lo querían quitar de encima… —dijo uno de los asistentes para quitarle

culpa a su jefe y de paso hacerle un poco la pelota.

—No se lo quitaron de encima —interrumpió Sallada—. Al parecer, sus datos personales y privados se filtraron y decidió dejar el trabajo para no poner en peligro a su familia.

—No dudo de que las intenciones de este señor sean honorables y rectas, pero lo que me pregunto es qué vamos a hacer con él y con todo este asunto, aparte de darle toda esta información a la Policía.

—Perdón —dijo Ramiro Malvín mostrando una sonrisa perfecta —. Se me ocurre una idea.

XXXVII

Al señor Salvador no le dejaron ni recoger los papeles, pero tampoco le importó. Estaba tan incómodo con la situación que, por mucho que se lo pidiera el cuerpo, ni siquiera quiso visitar el lavabo antes de abandonar aquella planta. Gabriel tampoco tuvo ganas de encararse con los vigilantes de seguridad privada que se habían acercado a la entrada principal para cerciorarse de que el inspector Clouseau y su ayudante abandonaban el edificio.

Aquello no había sido una derrota; era tan solo un contratiempo. El señor Salvador tenía la certeza de que Ramiro Malvín era el asesino, pero algo se le escapaba; quizás se había confundido de mano, imposible, Justicia era infalible. Su plan podía estar equivocado, pero su nueva amiga y forense, no. Otro tema por tratar era el hecho de que no tuviera un BMW, pero aquel era un tema menor. Podía haberlo alquilado o robado o tal vez se lo había pedido a un amigo. Lo que estaba claro era que se habían precipitado y habían subestimado a sus oponentes. Y aquel fue el tema de conversación de Gabriel y el señor Salvador mientras huían de aquel polígono industrial con el rabo entre las piernas, pero con la cabeza bien alta. Así que siendo empleados que disfrutaban de un horario europeo en el que los viernes salían a las tres y, a pocas horas de finalizar su jornada laboral, Gabriel el liberado sindical y el señor Salvador del cementerio de elefantes decidieron comer en un restaurante chino.

—¿Y si nos equivocamos de mano? —preguntó Gabriel mientras intentaba comerse un arroz tres delicias con unos palillos de madera.

—¿Y si nos hemos equivocado de persona? —preguntó el señor Salvador—. Quizás nos hemos obcecado con lo de que el asesino es un directivo.

—¿Y quién si no? Un mecánico no hubiera tenido problema alguno para entrar en la estación fantasma, además no suelen estar tan informados… Alguien de las oficinas… ¿De verdad crees que alguno de esos dinosaurios habría podido tener una aventura con la chica de prácticas?

—¡Hombre, gracias! —dijo el señor Salvador en broma.

—Ya me entiendes, compañero…. Que el culpable sea un directivo lo explicaría todo...

—¿Y un sindicalista? —preguntó el señor Salvador demostrando una maestría absoluta en el arte de comer con palillos.

—Sí, la verdad es que también damos el perfil, estamos en todos los lados y lo sabemos todo, pero el único que conozco que podía estar relacionado lo tienes delante y tiene todos los dedos en la mano… Pero si quieres vamos al lavabo y te doy una muestra de ADN… —dijo Gabriel un poco achispado.

—Y quien no le dice a usted que ya conseguí hace unos días esa muestra… —dijo el señor salvador apurando el vino.

—Tiene usted traje y alma de directivo —dijo Gabriel entre risas…

—No sé si tomarme eso como un cumplido.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gabriel.

—Por ahora pedir una botella de vino y olvidarnos un poco del caso —dijo el señor Salvador haciendo gestos al camarero para que se acercara.

Después del arroz, llegaron los rollitos, un plato de pollo al limón y todo regado con una botella de vino tinto elegida por el señor Salvador. Un par de chupitos de licor, invitación de la casa, dos de carajillos y para terminar un *bourbon* para el señor Salvador y un orujo de hierbas para el sindicalista… Antes de pedir la cuenta, repitieron la operación de *bourbon* y hierbas. Y cuando pagaron a medias por imperativo de Gabriel, en aquel restaurante chino, sin clientes ni mascarillas ya no importaba ni el cambio climático, ni la pandemia, ni Messi, ni el maldito dedo, ni la llamada entrante que no dejaba de sonar en el teléfono *vintage* del señor Salvador. Tres veces tuvieron que llamar para que el señor Salvador dejara de tutear a Gabriel y contestara al teléfono.

—Si… comiendo… Cuándo… —El señor Salvador miró su reloj de pulsera—. Allí estaré…

La conversación fue corta y sencilla.

—Me han convocado a una reunión urgente a las cuatro en la central…

—¿Dónde? —preguntó Gabriel.

—En el Departamento de Personal.

—¡Qué cabrones! No creo que se atrevan a abrirte un expediente…, pero mejor te acompaño —dijo el sindicalista apurando su orujo.

—No hace falta. Muchas gracias —dijo el señor Salvador un poco tocado por el alcohol—. Ya te he arrastrado bastante —dijo con dignidad—, pero, creo que necesito un café…

—Te acompaño, joder…

Después de tres cafés, una discusión con Gabriel y un autobús de regreso al polígono industrial, el señor Salvador, sin acompañante, entró de nuevo en el edificio que cada vez parecía más soso y triste. Esta vez no tenía prisa; tampoco se hizo pasar por ningún inspector, simplemente se identificó en la recepción y le enviaron directamente a la oficina de Personal. Allí en una pequeña sala de la tercera planta le esperaba Sallada, sin mascarilla, con el chicle en la boca y un montón de papeles sobre la mesa.

—¿Inspector Clouseau? ¡Con dos cojones, sí, señor! No me lo puedo creer… De verdad, para mear y no echar gota —dijo Sallada entre risas.

El señor Salvador miró hacia todos los lados esperando encontrar a alguien acompañando a Sallada en aquella pequeña sala de reuniones, pero allí no había nadie más, tan solo ella y un montón de papeles que no parecían estar relacionados con el caso del dedo. Así que, sospechando que podían haberlo convocado para despedirlo, expedientarlo o ponerle una querella criminal por injurias y calumnias, fue directamente al grano.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el señor Salvador.

Sallada dejó de reírse y repasó los papeles.

—Siéntate, compañero.

El señor Salvador se sentó con resignación y respiró hondo

antes de recibir el golpe. Sallada le entregó unos papeles.

—Felicidades, Salvador, los has dejado tan asombrados con tu investigación, tu currículum y tu discurso allí arriba que han decidido promocionarte y enviarte al Departamento de Seguridad.

XXXVIII

Aquello sí que no se lo esperaba el señor Salvador. En menos de cinco días, había encontrado un dedo en las oficinas, había tenido un altercado con la autoridad, había pasado la noche en comisaría, una chica había muerto y había salvado a una mujer y a su hijo de morir atropellados. Había robado documentos oficiales y correos electrónicos extraoficiales. Se había colado en las oficinas de los directivos y había acusado sin éxito a uno de ellos de asesinato. Y, como colofón, en lugar de una carta de despido, le habían dado un ascenso.

—Increíble —dijo el señor Salvador ojeando el contrato que tenía que firmar.

—Sí, ¿verdad? Los pones verdes y te ascienden; parece que les va la marcha —dijo Sallada pasándole un bolígrafo para que firmara —. Ahora tendrás que seguir las normas y los protocolos y no ir a lo James Bond por la vida, aunque la verdad me vino de perlas que llevases el dedo a la Policía…

—No, no, me refiero a la celeridad. ¿No debería haber una convocatoria?

—Sí, claro… Una vez firmes, sacarán la convocatoria… —dijo Sallada quitándole importancia.

—¿Eso es legal?

—No sé si será legal, pero lo que no es justo es estar haciendo el trabajo de varios compañeros y un jefe ausente sin que te lo

reconozcan. Así me tiré yo un año, y, cuando por fin me subieron de categoría, el día que tenía que firmar el nuevo contrato, me encontré en la sala a diez personas que estaban convocadas para mi plaza. Hasta intentaron que hiciera el paripé con ellos haciendo un examen…, y los pobres no tenían ni idea de que la plaza ya me la habían dado a mí… Me dio tanta rabia que saqué los papeles del bolso y se los tiré en la mesa a los jefes… Este lunes mismo fue… Tú por lo menos estás solo…

Y en ese momento, como si se tratara de una descarga eléctrica, el señor Salvador abrió los ojos. Ahora era él el que le estaba robando la plaza a su compañera Ana, la plaza que le habían denegado a la señorita Justicia. Lo estaban enchufando en un puesto que no se merecía. Tal vez había acertado de pleno y se lo querían quitar de en medio para que no molestara. ¿Pero por qué? Ramiro Malvín había ganado y a estas alturas de la partida ya estaría volando a Cancún.

—Lo siento, pero no voy a firmar, este puesto es una farsa.

—No me jodas, Salvador; algunos de los directivos querían abrirte un expediente…

—¿Y de quién ha sido la idea de promocionarme?

—La verdad es que ha sido idea de Ramiro Malvín y ha convencido a todos los directivos —dijo Sallada—. Todavía estoy flipando.

—Yo lo que creo es que quieren comprar mi silencio. Que siga los protocolos y les deje en paz… Quiere ganar tiempo…

—¿Y qué más da? Acepta la plaza, no seas tonto, mejor sueldo y un trabajo más interesante. Además, ya he hecho un informe para el

inspector. Gracias a tu investigación, pronto atraparán al culpable…

—Pero esto es enchufismo… No pienso participar en esta pantomima —dijo el señor Salvador poniéndose en pie.

—No me jodas, Salvador —volvió a bramar Sallada—. ¿Cómo crees que entraste a trabajar en esta empresa?

El señor Salvador se quedó callado. Y en medio del silencio empezó a escucharse el politono de su teléfono móvil. Era la señorita Justicia y seguramente tenía información importante para él, pero rechazó la llamada. Estaba demasiado indignado con la situación.

—Pero yo entonces… —El señor Salvador no quiso terminar la frase.

Quería decirle a Sallada que quizás en el fondo cuando aceptó la plaza sabía que era un enchufado, pero pensaba que se lo merecía… «Como todo el mundo», seguramente le hubiera dicho su amigo el sindicalista… Al final el del tupé tenía razón… Pensó en decirle que no quería formar parte de aquel circo y que había cambiado, que debería dimitir y dejar el trabajo, pero por otro lado podía luchar contra el sistema desde dentro… o quizás en el fondo no tenía edad para quedarse en el paro y mucho menos para volver a trabajar para el Ministerio del Interior…, y no le dijo nada a Sallada porque ni él tenía claro lo que sentía… Y, mientras intentaba aclararse en aquel huracán de ideas, la señorita Justicia volvió a llamar.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Sallada esperando una respuesta.

—Dígale a los de arriba que el inspector Clouseau ha rechazado el ascenso… Muchas gracias, Sallada. Me tengo que ir —dijo el señor

Salvador antes de contestar a la llamada de Justicia

—Con dos cojones, sí señor —dijo Sallada cuando se quedó sola —. Con dos cojones…

El señor Salvador bajó por las escaleras de la central. No quería encontrarse con ningún directivo ni perder la cobertura. Y a cada escalón que bajaba más seguro y pletórico se sentía con la decisión que acababa de tomar.

—Señorita Justicia, disculpe que le haya colgado antes el teléfono, pero estaba en una reunión.

—¡Salvador! ¡Ya era hora! Tenía la cámara configurada al revés —dijo Justicia acelerada.

—¿Cómo dice? —preguntó el señor Salvador continuando su descenso hacia la salida.

—Ramón Malvín, el directivo… Tiene la cámara configurada al revés, la derecha es la izquierda y la izquierda es la derecha… Cuando le enseñó la mano derecha, les estaba enseñando la izquierda…

El señor Salvador se detuvo en medio de las escaleras.

—Un momento, y usted cómo sabe lo que pasó en la reunión…

—Me lo contó Ana por teléfono, hablamos mucho, somos *coleguis*… A ella se lo contó Gabriel esta tarde…

—Veo que las noticias vuelan —dijo el señor Salvador.

—Sois la comidilla de la empresa, sois unos héroes… Pero vamos al lío… Cuando me lo contó Ana caí en la cuenta… El jueves cuando fui a llevarte la cartera me pasaste el pantallazo de la reunión virtual con los directivos… En la foto, Ramón Malvín tiene la cámara configurada al revés, cualquiera buscando en YouTube o descargando

algún programa lo puede conseguir, configurarlo ya depende de la destreza de cada uno y del ordenador… Me di cuenta por el bolsillo de la americana, pero no le di importancia… Pensé que era un *boomer* que no sabía configurar el portátil de su hijo, y entonces lo entendí… Por eso tenía puesto el filtro del fondo de pantalla activado… Lo tenía todo planeado para despistar…

El señor Salvador llegó al exterior del edificio a paso ligero. La conversación con Justicia le había puesto de nuevo en el caso. Tenía las pruebas y la certeza. Tenía rabia en el cuerpo, pero necesitaba pensar. Así que respiró profundamente y, antes de tomar una decisión, Sonsoles, la directiva que casi se atraganta en la reunión virtual, la jugadora de pádel, la que había sido la primera en deducir que Ramón Malvín era el asesino, llegó corriendo a su encuentro y, compungida, le dijo mirando con recelo hacia los lados:

—El BMW es mío…

XXXIX

No le fue sencillo al señor Salvador deshacerse de Gabriel, que, como buen sindicalista, insistió una y otra vez en acompañarle a la reunión sorpresa con el Departamento de Personal. Finalmente acordaron que el señor Salvador lo llamaría en cuanto tuviera noticias. Gabriel, mientras tanto, un poco tocado por el alcohol y sin ganas de terminar con aquella aventura, lo esperó en las oficinas de Montjuïc. Pero cuando llegó no quedaba nadie. Ni siquiera estaba Ana, a la que no dudó en llamar para contarle lo bien que se lo había pasado en la reunión en la central, y cuando terminó de darle la brasa se quedó solo ante el peligro y tremendamente aburrido.

Cuando quedaban diez minutos para las cuatro de la tarde, Gabriel ya estaba subiéndose por las paredes. Había intentado entrar al ordenador del señor Salvador para revisar las pruebas, pero la sesión estaba cerrada y lo único que encontró en los cajones fue una lámpara de luz negra, cortesía de la señorita Justicia. Así que, aburrido y sin nada que perder, decidió subir a la estación fantasma para buscar una aguja en un pajar. Abrir la puerta le resultó más sencillo de lo que esperaba, tan solo le tuvo que pedir la llave al primer compañero que pasó por delante de la puerta.

—Compañero, ¿me puedes abrir?

—No, lo siento, no tengo la llave; es de las antiguas.

—¿Y quién es el que te abre cuando vienes aquí a tocar el violín?

La conversación terminó en el mismo momento en el que se abrió la puerta. Después de aquello, el violinista se marchó por el pasillo y Gabriel subió por las escaleras para empezar su investigación con una lámpara que solo funcionaba con la luz apagada. Le resultó bastante tedioso y complicado subir los cincuenta escalones a oscuras y creyó encontrar alguna gota de sangre que no llevaba a ningún lado. Cuando llegó al andén, se dedicó a imaginar la agresión guiándose por las manchas que había descubierto el señor Salvador días atrás. Efectivamente, según el manual de instrucciones de la linterna, se trataba de algún fluido humano.

Se puso en cuclillas como si se tratara de un auténtico experto forense para analizar la escena del crimen. Según las manchas que se iluminaban con la luz negra, la declaración de María Helena Zambrano cuadraba y, según unas pequeñas gotas de sangre que se iluminaron a un lado de la mancha, algún objeto había salido despedido hasta una esquina del andén fantasma. Así que siguió el camino de pequeñas gotas hasta llegar a algo que parecía brillar en un recoveco de la estación. Con un cuidado excesivo lo iluminó con la linterna de su teléfono móvil, pero primero tuvo que rechazar la llamada del señor Salvador ya que aquella prueba podía cambiarlo todo. Recordó los muchos capítulos de series de detectives y para no dañar la escena del crimen, recogió la prueba con su mascarilla. Poco higiénico y fiable, pero no se le ocurrió otra manera de hacerlo. Levantó la mano para poner el objeto a la altura de los ojos y alumbró con el móvil. Era un anillo de boda manchado de sangre y en su interior se podía leer: Ramiro & Lourdes 29-11-2014. Después alguien

le golpeó en la cabeza con un tubo de acero y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, alguien lo estaba arrastrando por los pies. Estaba tan aturdido que ni siquiera intentó zafarse de su agresor que, al ver que había vuelto en sí, le empezó a hablar.

—Gracias por encontrar mi anillo. Llevo buscándolo como un loco toda la semana… —le comentó despreocupado.

—Suéltame… —balbuceó Gabriel.

—Enseguida, camarada… —dijo mientras lo arrastraba hacia las empinadas escaleras de la estación fantasma.

XL

El señor Salvador estaba desconcertado y aturdido por tanta información. Ramiro Malvín había modificado la configuración de la cámara de su ordenador mostrando a todos una imagen espejo. Por lo que cuando levantó la mano izquierda todos pensaron que se trataba de la derecha. Todos menos la señorita Justicia, que también había conectado las heridas de la fallecida con las marcas de un coche que pertenecía a Sonsoles Vázquez. Sin embargo, todavía no tenía tomada una decisión. Por un lado, sabía que debía llamar a su amigo el inspector para que diera la orden de buscar y capturar a Ramiro Malvín, pero por otro lado necesitaba asegurarse del grado de implicación de Sonsoles en aquel caso, ya que cualquier paso en falso podía poner al inspector en un compromiso.

—El coche es mío, bueno, en realidad es el de mi marido… —explicó Sonsoles al ver que el señor Salvador no reaccionaba—. Cuando Ramiro me dijo que había tenido un accidente de moto, yo me presté a dejarle el coche de mi marido. Él casi no lo utiliza con esto del teletrabajo…

—La verdad, hubiera agradecido que hubiera comentado esta información en la reunión de esta mañana —dijo el señor Salvador…

—Lo siento mucho —dijo ella compungida—. En la reunión até cabos. Cuando le presté el coche, se inventó una excusa para no verme y tuve que dejarle las llaves en su despacho. Me imagino que no quería que le viera la mano… Después de la reunión, lo llamé… No

me lo quería creer… Entonces… me dijo que estaba loca y que si comentaba algo… —Sonsoles miró hacia todos lados antes de seguir hablando—. Me dijo que si continuaba con aquella idea llamaría a mi marido para explicarle algo que pasó entre nosotros hace mucho tiempo…, pero… esa pobre chica… —dijo a punto de llorar—, y no sé qué hacer…

—Entiendo —dijo el señor Salvador—. Quizás uno de los policías que llevan el caso, gran amigo mío, podría omitir esa información —elucubró el señor Salvador en voz alta—. Por otro lado…, ¿no sabrá por casualidad dónde podemos encontrar al señor Ramiro?

—Creo que ha ido a las oficinas de Montjuïc —dijo Sonsoles—. Ha mandado una circular solicitando que todo el personal que no fuera indispensable abandonara las oficinas con la excusa de una limpieza de amianto… Es absurdo…, además esta semana me preguntó por las llaves de la estación abandonada… No son difíciles de conseguir… Me imagino que ya habrá conseguido alguna…

—¿Cómo ha venido usted? —preguntó el señor Salvador

—En mi coche…, es un Opel…

El señor Salvador insistió en conducir hasta las oficinas y ella, mientras, apretaba los pies contra el suelo y la espalda contra el asiento. Siguiendo las instrucciones del señor Salvador, intentaba sin éxito ponerse en contacto con las oficinas. Tampoco consiguió hablar con Gabriel.

—Ha rechazado la llamada —dijo Sonsoles asustada por la conducción temeraria del señor Salvador—. Así nos detendrá la

Policía —dijo Sonsoles.

—Esa es la idea —dijo el señor Salvador cruzando el paseo de la Zona Franca con el semáforo en rojo.

Diez minutos después, el señor Salvador pisó el freno y dejó el coche en doble fila, justo detrás del BMW del marido de Sonsoles.

—Espere aquí —dijo, marcando un número de teléfono en su móvil—. Estoy llamando a mi amigo el inspector. Cuando conteste, explíqueselo todo… —dijo el señor Salvador pasándole el teléfono a Sonsoles—. Y no salga del coche —dijo antes de salir del vehículo para cruzar la calle en dirección a las oficinas.

XLI

Lo primero que vio Gabriel cuando volvió en sí fueron aquellos cincuenta peldaños que descendían hasta el pasillo de las oficinas. Lo segundo, la cara de Ramiro que, después de arrastrarlo hasta allí desde el viejo andén, intentaba ponerlo en pie delante de aquellas empinadas escaleras.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Ramiro dejando a Gabriel de nuevo en el suelo—. Estas escaleras son muy peligrosas, pero quizás no sean mortales —comentó mientras caminaba hacia el tubo de acero que, momentos antes, había sacado de una estantería a medio montar —. Mejor me aseguro de…

Al señor Ramiro Malvín no le dio tiempo a terminar la frase. Cuando se agachó para recuperar el tubo ensangrentado del suelo, Gabriel se abalanzó sobre él en un acto de lucidez y desesperación. Lo hizo con todas sus fuerzas. Sabía que no tendría otra oportunidad. Así, en el pequeño pasillo en penumbra, comenzó una pelea a muerte. Sin embargo, aunque Ramiro tenía parte de la mano derecha vendada, consiguió ponerse a horcajadas sobre él con las manos en su cuello. Gabriel, todavía aturdido y con una brecha en la cabeza, a duras penas podía levantar las manos para protegerse. Y, poco a poco, Gabriel volvió a perder el conocimiento. Cuando dejó de moverse, Ramiro recuperó el tubo de acero y se arrodilló al lado del sindicalista con la intención de darle el golpe de gracia.

Por suerte, antes de que el tubo de acero cayera de nuevo sobre

la cabeza de Gabriel, se encendieron las luces del sucio pasillo y Ramiro cesó su ataque.

Alguien había encendido los fluorescentes de la estación abandonada. Primero se iluminaron las escaleras, después el pasillo. El ruido de los interruptores había resonado por el techo abovedado. Después, antes de que se iluminara el acceso a la estación subterránea, los fluorescentes chisporrotearon de uno en uno, pero Ramiro Malvín no se percató de aquello hasta que se iluminó la luz que tenía encima de la cabeza porque estaba demasiado ocupado intentando matar a Gabriel.

Cuando se giró, no había nadie en el pasillo superior, pero pudo escuchar el eco de los pasos de alguien subiendo por las escaleras de la vieja estación.

Era el señor Salvador que, al encontrarse con la puerta abierta y las luces apagadas, pulsó los interruptores por inercia y después se arrepintió porque le pareció oír al alguien allí arriba. Las opciones que se le ocurrieron eran muchas; por ejemplo, que fuera Gabriel jugando a los detectives, o quizás un empleado escaqueándose o incluso trabajando, pero lo que más le inquietaba era la idea de que le estuviera esperando Ramiro Malvín, así que antes de subir aquellas escaleras buscó algo con lo que poder defenderse. Tan solo encontró una escoba que desenroscó del cepillo a medida que subía por los escalones.

Cuando le quedaba un peldaño para alcanzar la cima, el señor Ramiro Malvín le atacó con el tubo de acero. Intentó darle en la cabeza, pero el señor Salvador pudo parar el golpe sujetando el palo

de la escoba por ambos extremos. El tubo se quedó a escasos centímetros de la frente. Ramiro Malvín empujó con todas sus fuerzas con la intención de tirar al señor Salvador escaleras abajo, pero el viejo aguantó la embestida. Sin embargo, sabía que el palo no resistiría otro ataque, así que, con todo en contra, en desventaja por estar un escalón por debajo de su oponente decidió intentar un golpe imposible. El ganador del Campeonato de Esgrima del Ejército de Tierra de 1996 hizo lo que siempre le había desaconsejado el maestro de esgrima. Cuando Ramiro Malvín levantó el tubo para golpearle de nuevo, el señor Salvador, en lugar de defenderse, subió el último escalón con las pocas fuerzas que le quedaban y le lanzó una estocada con el palo de la escoba. Le dio de lleno en la boca y le partió los incisivos. Quizás no fue un golpe muy ortodoxo, pero aquello era un duelo a muerte y su arma era un palo de escoba.

Después de aquello, el señor Salvador no esperó a que su elegante y engominado oponente se recuperara. Una vez ganada la posición, le lanzó otra estocada en la frente. En la rodilla le golpeó para obligarle a perder el equilibrio, en la mano para desarmarlo y el golpe en la sien fue tan fuerte que el palo de la escoba se partió en dos. Cuando el señor Ramiro apenas podía mantenerse en pie, el señor Salvador lo mandó de un puñetazo contra la mesa de trabajo improvisada y se la llevó por delante. Terminó en el suelo debajo de una tabla y un montón de herramientas.

Finalizado el duelo, el señor Salvador se giró para ayudar al maltrecho Gabriel que había conseguido recuperar el resuello y, sentado en el suelo, aplaudía con lentitud la victoria de su amigo.

Había sobrevivido, pero necesitaba una radiografía y una docena de puntos con urgencia.

El señor Salvador lo ayudó a ponerse en pie, pero, cuando parecía que todo había terminado, Ramiro Malvín, desesperado, lleno de ira y armado con una pistola de clavos disparó contra la espalda del señor Salvador a pocos centímetros de distancia. No le hizo falta apuntar, ni siquiera el hecho de apretar el «gatillo» con la mano izquierda lo hizo fallar. El señor Salvador no pudo evitar arrodillarse debido al dolor punzante que sintió en la espalda. Y, antes de recibir un segundo clavo en la cabeza, Gabriel se puso delante e intentó sujetar la pistola con las manos. Recibió un clavo en el pecho. Ambos quedaron de rodillas a merced de Ramiro Malvín que, con menos dientes y más despeinado que de costumbre, sonreía saboreando la victoria y su propia sangre. Y el señor Salvador, en un último intento de ganar tiempo para salir de allí con vida, consiguió a duras penas ponerse en pie y hablar.

—¿Cree usted que es una buena idea? —preguntó el señor Salvador poniéndose bien la corbata.

—Me parece una idea excelente, no es un *win-win*, pero las pérdidas son aceptables —dijo Ramiro apuntándole a la cabeza con una sonrisa sangrienta.

—Yo se lo pregunto por el tema de las cámaras —continuó el señor Salvador—. Las cámaras espías que pusimos para la investigación, está todo en los correos… ¿Recuerda?

El señor Ramiro por un momento bajó la pistola de clavos, pero después de unos segundos sonrió.

—Esas cámaras se retiraron el jueves —dijo Ramiro Malvín con condescendencia.

—No, el jueves se dieron órdenes de retirarlas y se cerró la investigación, pero las cámaras vendrán a desconectarlas el lunes por la mañana… Ya sabe, Sallada es una mujer de carácter…, y la burocracia es lenta… Ande, salude… Creo que tiene una cámara justo a su lado… —dijo el señor Salvador con una sonrisa.

A Ramiro Malvín se le torció todavía más el gesto y, desconcertado, bajó el arma. Y Gabriel el sindicalista, poniéndose en pie con ayuda del señor Salvador y también con la intención de ganar tiempo, abrió la boca.

—Tanto máster MBA y al final se te ha jodido el plan, eh, listillo…

Y quizás no fue lo que dijo lo que provocó la ira de Ramiro Malvín, si no quien lo dijo: un sindicalista con una brecha en la cabeza y un clavo en el pecho parecía reírse del ejecutivo ejecutor.

—No tenéis ni idea de con quién os habéis metido. Yo estoy por encima de vosotros. ¿Creéis que me dan miedo las cámaras? Después de mataros, las desconectaré y borraré las imágenes… Tengo toda la información en mi poder… Pensarán que os habéis matado entre vosotros… Y, cuando encuentren vuestros cadáveres, yo ya estaré en las Bahamas comiéndome un entrecot —dijo levantando de nuevo la pistola de clavos.

—Cómete esto —dijo Sonsoles asestándole en la cabeza con el tubo de acero el mejor de sus golpes de pádel.

Después del tremendo impacto, el excelentísimo Ramiro Malvín

fue dando tumbos por las paredes con la intención de escapar de allí, pero tropezó con las herramientas y cayó por las escaleras. Cincuenta escalones, del primero al último. Murió antes de llegar abajo. No hicieron falta muchas declaraciones, las cámaras lo grabaron todo, desde que Gabriel encontró el anillo, hasta que el cuerpo de Ramiro apareció en el pasillo de las oficinas dejándolo todo perdido.

—Te lo dije, no te puedes fiar de los directivos… —dijo Gabriel con una sonrisa mientras los miembros del equipo de emergencia le hacían las primeras curas.

—Pues una directiva nos ha salvado la vida —dijo el señor Salvador mientras una doctora la ayudaba a incorporarse.

—Y seguro que me lo recuerda en cada negociación…

XLII

El señor Salvador, hombre elegante y de la vieja escuela, solicitó el alta en cuanto le quitaron el clavo de la espalda, pero no le dejaron salir del hospital y le operaron de la próstata. Gabriel necesitó cirugía para que le extrajeran el clavo del pecho y lo tuvieron una semana en observación por el tremendo golpe en la cabeza.

A ambos les entregaron una ambigua carta de agradecimiento firmada por un peso pesado de la empresa y les dieron trescientos euros de gratificación.

La noticia de que habían acabado con un violador en serie llegó a los medios de comunicación, pero, por mucho bombo y platillo que le dieron los sindicatos para demonizar a todos los directivos, no trascendió más allá de Twitter, las secciones de crímenes de los programas matutinos y Cuarto Milenio. Afganistán, la pandemia, la subida de la luz y las noticias relacionadas con niños y muerte pronto sepultaron el caso del dedo. De Gabriel y del señor Salvador nadie habló oficialmente, y la empresa, por su parte, agradeció con una breve nota de prensa la profesionalidad de su Departamento de Seguridad. Ramiro Malvín falleció dentro de las instalaciones de la empresa sin haber firmado los papeles de renuncia; accidente laboral e indemnización para la desconsolada e incrédula cónyuge.

Para cuando le dieron el alta al señor Salvador, todo había terminado. Las pruebas y los testigos fueron determinantes. Las huellas de Ramiro Malvín aparecieron en todas partes: en casos de

violación sin cerrar, en el foso de la estación, en el coche del marido de Sonsoles, en un dedo amputado… El ADN lo encontraron en una rasqueta y debajo de las uñas de la fallecida Carlota López.

Según María Helena Zambrano, el domingo a última hora de la tarde, en un servicio especial de limpieza en la estación fantasma, un señor con corbata, que decía venir de Dirección, intentó agredirla sexualmente. Ella se defendió con uñas, dientes y una rasqueta. Y aquella versión coincidía con los informes médicos de una clínica privada y un parte de accidente de los Mossos d`Esquadra.

La clínica Quirón estaba lejos de la estación abandonada, al otro lado de la ciudad. Allí, según el informe médico, Ramiro Malvín llegó por sus propios medios con la mano envuelta en un trapo ensangrentado aduciendo que había sufrido un accidente de motocicleta, pero afirmaba no recordar con exactitud ni el lugar ni las causas del siniestro. Y lo único que podía explicar era que había buscado el dedo por todas partes, pero que no lo había encontrado. Al parecer se había preocupado de salvar el meñique, que presentaba un severo corte en el lado izquierdo y parecía que se iba a desprender de la mano en cualquier momento.

Las imágenes de las cámaras de seguridad de la entrada de la clínica demostraron que Ramiro Malvín había llegado en taxi. Y el chófer, semanas después, pudo confirmar que lo había recogido en la ciudad, cerca de la carretera de acceso a la montaña de Montjuïc. La que llegaba a la avenida de Miramar pasando por la famosa curva. Atestiguó que el sospechoso, con la mano derecha envuelta en un trapo o una toalla llena de sangre, le explicó que había tenido un

accidente casero y que prefería ir a su mutua privada.

El parte de accidente de los Mossos d'Esquadra testificaba que el martes por la mañana localizaron y recuperaron la motocicleta de Ramiro Malvín. Se había despeñado exactamente por la curva más cerrada y famosa de la carretera de Miramar. Sin embargo, por mucho que los agentes buscaron, no encontraron ni huellas de frenada, ni dedo anular.

Según la teoría de la Científica y la Policía Judicial, Ramiro Malvín, dando por muerta a la señora Zambrano, se hizo un vendaje rudimentario con un trapo y escondió a duras penas el cuerpo de la supuesta víctima en el foso de la vieja estación con la intención de curarse y regresar más tarde. Intentó limpiar sin éxito la escena del crimen y, al huir de las oficinas, perdió el dedo amputado. Hecho del que no se percató posiblemente al estar en estado de *shock*. Cuando salió del edificio, aprovechó el escaso tráfico y la pendiente de la avenida para conducir o empujar su motocicleta automática hasta el número 17 de la carretera de Miramar. Allí, en la famosa curva, lanzó el vehículo montaña abajo y se presentó, horas más tarde, en la clínica Quirón fingiendo haber sufrido un accidente de tráfico.

En una conversación privada y extraoficial con un caporal de los Mossos, el inspector se enteró de que la noche del supuesto accidente los agentes se presentaron en la clínica para tomar parte del siniestro. Y que, siguiendo el protocolo, le realizaron las pruebas pertinentes a Ramiro Malvín, que dio negativo en alcohol y positivo en cocaína. Pero, siendo un directivo de una gran empresa de transportes, sin antecedentes penales y habiendo ya perdido un dedo,

tan solo se le impuso una multa de seiscientos euros y le retiraron seis puntos del carnet.

Como el informe psiquiátrico preliminar no detectó en Ramiro Malvín comportamientos suicidas, los médicos que le cosieron el meñique en plena quinta ola de la pandemia aceptaron la solicitud del paciente de regresar a casa el lunes por la mañana para dejar el box libre.

El Departamento Tecnológico de la Policía consiguió recuperar los mensajes borrados del móvil de Ramiro Malvín, en los que se pudo confirmar su relación extraconyugal con la fallecida Carlota López y su manipulación para que recuperara el dedo y que coordinara una reunión urgente con Patrimonio Histórico con el fin de garantizar la imagen de la empresa y ganar puntos para que la contrataran.

El departamento de la Científica de los Mossos d'Esquadra, confirmó que Carlota López fue agredida en el coche del marido de Sonsoles Vázquez.

Y la Policía Judicial confirmó que ambos, Sonsoles y su marido, estuvieron en el cine a varios kilómetros de distancia el día de la agresión mortal y jugando a pádel el día que intentaron atropellar a María Helena Zambrano, por lo que a Sonsoles no le hicieron más preguntas sobre su relación con el asesino ya que las pruebas contra Ramiro Malvín eran abrumadoras.

Según la jueza, que también aceptó como prueba las imágenes registradas en la estación fantasma, el señor Salvador y Gabriel actuaron en legítima defensa y Sonsoles Vázquez no tuvo más remedio que actuar para salvar sus vidas. Ramiro Malvín, sin embargo, un

depredador sexual, asesino y chapucero no sufrió lo suficiente al matarse en aquellas escaleras. Aunque esto último no se pudo leer en el sumario porque se lo dijo la jueza al inspector en una conversación privada en su casa a altas horas de la madrugada.

Pero de todo aquello poco se supo porque permaneció bajo secreto sumarial durante mucho tiempo. Al señor Salvador le informó de los pormenores del caso su amigo el inspector. Se lo contó cuando salió del hospital, delante de un pincho de tortilla y una copa de vino en el bar del Gallego. De lo que no le avisó fue de lo que se iba a encontrar al reincorporarse a su trabajo en las oficinas de Montjuïc.

EPÍLOGO

LUNES

Patricia volvió a su puesto de trabajo, al igual que María Helena Zambrano, que fue contratada de nuevo debido a las presiones sindicales. Sin embargo, solicitó un destino lejos de la estación fantasma y en su lugar pusieron a un señor con bigote para evitar malentendidos. Y todos continuaron teniendo un sueldo mileurista. De la empleada que acosaron seis meses atrás y despidieron más tarde nadie se acordó. Todo aquello se lo contó Patricia al señor Salvador en el pasillo de las oficinas. Fue una conversación rápida que finalizó con Patricia empujando el carrito de la limpieza mientras tarareaba una canción que sonaba igual que la melodía del violín que se intuía al otro lado de la puerta de la estación fantasma. Como siempre, continuaba abierta, pero ahora un enorme cartel amarillo obligaba a los empleados que osasen entrar a llevar un equipo de protección completo para no despeñarse por las escaleras. Después de deleitarse con la música de aquel violín lejano, el señor Salvador continuó su camino hasta las oficinas. Antes de llegar, siguiendo los protocolos, quiso rendir pleitesía y saludar a Ernesto, pero, ocupado como siempre al teléfono, lo saludó desde la mesa de su despacho y le hizo gestos con la mano para indicarle que hablaría más tarde con él. A Ana se la encontró por el pasillo, estaba liada de reunión en reunión y quedó con ella para ponerse al día a la hora del café. Lo que más le extrañó fue que al despedirse ella le dijo: «Hasta luego, jefe».

Y en las oficinas, como de costumbre, los pocos empleados que no teletrabajaban no le hicieron mucho caso, un saludo, una sonrisa y un volver a perderse en las pantallas de sus ordenadores. Tan solo una persona se ilusionó con la llegada del señor Salvador. Era nueva en las oficinas y se abalanzó sobre él para darle un abrazo saltándose los protocolos covid.

—Salvador, qué bien que hayas vuelto —dijo ella con alegría.

—Señorita Justicia, ¿qué hace usted aquí?

—Ya ves, me han trasladado y parece que vas a ser mi jefe —dijo con una sonrisa.

—Pues no sé si felicitarla a usted o darle el pésame…

—Felicitarme, claro, este proyecto es un reto —comentó Justicia con una sonrisa.

—Hablando de retos, me tiene que volver a explicar eso de que la imagen de la videoconferencia del difunto Ramiro Malvín estaba configurada al revés. Yo pensaba que siempre mostraban una imagen opuesta… Aunque, la verdad, a mi edad, estos temas me suenan a magia…

—Todo depende del sistema operativo o del dispositivo, no todos son iguales, pero, tranquilo, luego te lo explico, que ya tengo experiencia con tu amigo el inspector, que me miraba como si fuera una bruja cuando le ayudé con el informe tecnológico… —dijo Justicia.

—Por cierto… ¿Y de la entrevista que me comentó? ¿Cómo le fue?

—Por ahora, estoy aquí —dijo ella guiñándole un ojo antes de

regresar a su mesa para contestar una llamada.

El señor Salvador, desconcertado, se sentó frente a su escritorio para revisar sus *e-mails*. Después de más de dos semanas de baja, esperaba tener la bandeja de su correo con decenas de informes para revisar, pero en su lugar encontró varios *e-mails* de lo más variopintos. En uno de ellos le informaban que había ruidos extraños en Gaudí, una estación abandonada que jamás había dado servicio. En otro *e-mail* un empleado le decía que unos miembros de una secta pululaban por la estación abandonada de Correos. Y una empleada de Fontana estaba convencida de que el señor que tocaba el acordeón en el vestíbulo de la estación era un espía ruso.

Todo aquello al señor Salvador le parecía una broma de mal gusto. Un año atrás había sido un empleado del Ministerio del Interior, y en menos de una semana había desenmascarado a un asesino y violador en serie. Sin embargo, en aquel momento tenía la sensación de ser el hazmerreír de la empresa. Y, mientras decidía si continuar leyendo correos o marcharse de allí para siempre, descubrió un nuevo mensaje urgente enviado por uno de los pesos pesados de los directivos.

«Estimado señor Salvador, le comenté que le avisaría cuando se creara un Departamento para Situaciones y Protocolos Excepcionales, y lo prometido es deuda. Espero que tenga mucha suerte en su nueva etapa laboral en nuestra empresa».

Y mientras el señor Salvador intentaba digerir lo que significaban aquellas palabras, empezó a pensar que los *e-mails* no eran una tomadura de pelo y se trataba de problemas excepcionales

que no entraban en ningún protocolo en concreto o que quizás entraban en muchos y nadie se quería hacer cargo. Y, antes de que pudiera reaccionar, contempló asombrado como Gabriel el sindicalista entraba en las oficinas, saludaba a la señorita Justicia, que continuaba hablando por teléfono, y se sentaba a la mesa de al lado.

—¿Ya te han soltado? Ya era hora… Y que sepas que yo paso de llamarte *jefe* como el resto… y sigo siendo liberado sindical… —le dijo Gabriel mientras encendía su ordenador.

—Salvador, Salvador… —interrumpió Justicia desde su mesa—. Te paso una llamada urgente…

—¿Quién es? —preguntó el señor Salvador intentando no parecer desubicado…

—Una compañera de la línea tres, aquí al lado, que dice que haciendo unas reformas en uno de los pasillos abandonados los operarios se han encontrado una calavera con un agujero en el cráneo…

El señor Salvador no pudo evitar sonreír con sorpresa.

—Dígale que llame a Seguridad y que pregunte por Sallada… Seguramente se habrán encontrado con restos de la Guerra Civil…

—Dice que ya lo ha hecho y que la tal Sallada le ha dicho que somos nosotros los que nos encargamos de los temas raritos… —contestó Justicia.

El señor Salvador, antes de responder, volvió a mirar la pantalla de su ordenador y leyó de nuevo la última frase del *e-mail*: «espero que tenga mucha suerte en su nueva etapa laboral en nuestra empresa».

—Páseme la llamada, señorita Justicia —dijo el señor Salvador mientras ella pulsaba una tecla del teléfono y colgaba el auricular con una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy Salvador, dígame… ¿Una calavera? Entiendo… Hagamos una cosa… ¿Tiene un cubo a mano? Sí… Una papelera también irá bien… Vacíe el contenido y cubra la calavera con ella… Después siéntese encima y espere… Vamos para allá… Llegamos en diez minutos….

Fin

Los personajes y hechos retratados en esta historia son ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

¡Muchas gracias por leerme!, has llegado hasta el final y confío en que te hayas divertido tanto como yo cuando escribí este libro.

Los autores y las autoras independientes atesoramos cada reseña y comentario. Tu opinión en las redes sociales nos ayuda a llegar al público y nos dibuja una sonrisa en la cara. También nos anima a seguir escribiendo y a mejorar.

Me encantará leer tus comentarios en Amazon, en Goodreads, en tus redes sociales y hasta en la puerta del baño de tu lavabo de confianza.

DIMAS TAMUREJO



Barcelonés de toda la vida desde que llegó a Barcelona hace ya más de cuarenta años. Graduado en Criminología y en Investigación Privada por la Universidad de Barcelona, tiene un máster en Pericia Caligráfica Judicial por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha ganado varios premios de relatos cortos, ha publicado en diferentes antologías y participa como jurado en certámenes literarios.

TÍTULOS PUBLICADOS

Los asesinatos del complejo Brava, Parnass Ediciones, 2019. (Thriller policiaco)

Cronowoman, autopublicado, 2021 (Ciencia-ficción)

¿Por qué no se cuela la gente en el metro? Autopublicación Tagus, 2017 (Breve estudio criminológico sobre el fraude en el transporte público)

ÍNDICE